

Dracula

B
R
A
M

S
T
O
C
K
E
R





EL HUÉSPED DE DRÁCULA Y OTROS CUENTOS

EDITORIAL DIGITAL
www.imprentanacional.go.cr
COSTA RICA

823.8
S874h Stocker, Bram autor(a)
El huésped de Drácula y otros cuentos [recurso electrónico]
/ Bram Stocker. – Primera edición. – San José, Costa Rica :
Imprenta Nacional, 2018
1 recurso en línea (99 páginas) : pdf ; 876 kb

ISBN 978-9977-58-495-9

1. Cuentos ingleses. I. Título.

SINABI/UT 18-81

Coordinación editorial: Vinicio Piedra Quesada
Diseño de portada: Felipe Rodríguez Bolaños

Primera edición: octubre de 2018

Fuente: Ciudad Seva



Editorial Digital de la Imprenta Nacional

Teléfono 2296-9570, extensión 301
editorialdigital@imprenta.go.cr
www.imprentanacional.go.cr

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE

El Huésped de Drácula.....	7
La Casa del Juez.....	17
La Squaw	33
La Profecía Gitana	43
El Regreso de Abel Behenna.....	53
El Entierro de las Ratas.....	69
El Sueño de las Manos Rojas.....	89

EL HUÉSPED DE DRÁCULA

Cuando iniciamos nuestro paseo, el sol brillaba intensamente sobre Múnich y el aire estaba repleto de la alegría propia de comienzos del verano. En el mismo momento en que íbamos a partir, Herr Delbrück (el maitre d'hôtel del Quatre Saisons, donde me alojaba) bajó hasta el carruaje sin detenerse a ponerse el sombrero y, tras desearme un placentero paseo, le dijo al cochero, sin apartar la mano de la manija de la puerta del coche:

-No olvide estar de regreso antes de la puesta del sol. El cielo parece claro, pero se nota un frescor en el viento del norte que me dice que puede haber una tormenta en cualquier momento. Pero estoy seguro de que no se retrasará -sonrió-, pues ya sabe qué noche es.

Johann le contestó con un enfático:

-Ja, mein Herr.

Y, llevándose la mano al sombrero, se dio prisa en partir.

Cuando hubimos salido de la ciudad le dije, tras indicarle que se detuviera:

-Dígame, Johann, ¿qué noche es hoy?

Se persignó al tiempo que contestaba lacónicamente:

-Walpurgis Nacht.

Y sacó su reloj, un grande y viejo instrumento alemán de plata, tan grande como un nabo, y lo contempló, con las cejas juntas y un pequeño e impaciente encogimiento de hombros. Me di cuenta de que aquella era su forma de protestar respetuosamente contra el innecesario retraso y me volví a recostar en el asiento, haciéndole señas de que prosiguiese. Reanudó una buena marcha, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. De vez en cuando, los caballos parecían alzar sus cabezas y olisquear suspicazmente el aire. En tales ocasiones, yo miraba alrededor, alarmado. El camino era totalmente anodino, pues estábamos atravesando una especie de alta meseta barrida por el viento. Mientras viajábamos, vi un camino que parecía muy poco usado y que aparentemente se hundía en un pequeño y serpenteante valle. Parecía tan invitador que, aun arriesgándome a ofenderlo, le dije a Johann que se detuviera y, cuando lo hubo hecho, le expliqué que me gustaría que bajase por allí. Me dio toda clase de excusas, y se persignó con frecuencia mientras hablaba. Esto, de alguna forma, excitó mi curiosidad, así que le hice varias preguntas. Respondió evasivamente, sin dejar de mirar una y otra vez su reloj como protesta. Al final, le dije:

-Bueno, Johann, quiero bajar por ese camino. No le diré que venga si no lo desea, pero cuénteme por qué no quiere hacerlo, eso es todo lo que le pido.

Como respuesta, pareció zambullirse desde el pescante por lo rápidamente que llegó al suelo. Entonces extendió sus manos hacia mí en gesto de súplica y me imploró que no fuera. Mezclaba el suficiente inglés con su alemán como para que yo entendiese el hilo de sus palabras. Parecía estar siempre a punto de decirme algo, cuya sola idea era evidente que le aterrorizaba; pero cada vez se echaba atrás y decía mientras se persignaba:

-Walpurgis Nacht!

Traté de argumentar con él, pero era difícil discutir con un hombre cuyo idioma no hablaba. Ciertamente, él tenía todas las ventajas, pues, aunque comenzaba hablando en inglés, un inglés muy burdo y entrecortado, siempre se excitaba y acababa por revertir a su idioma natal... y cada vez que lo hacía miraba su reloj. Entonces los caballos se mostraron inquietos y olisquearon el aire. Ante esto, palideció y, mirando a su alrededor de forma asustada, saltó de pronto hacia adelante, los aferró por las bridas y los hizo avanzar unos diez metros. Yo lo seguí y le pregunté por qué había hecho aquello. Como respuesta, se persignó, señaló al punto que había abandonado y apuntó con su látigo hacia el otro camino, indicando una cruz y diciendo, primero en alemán y luego en inglés:

-Enterrados..., estar enterrados los que matarse ellos mismos.

Recordé la vieja costumbre de enterrar a los suicidas en los cruces de los caminos.

-¡Ah! Ya veo, un suicida. ¡Qué interesante!

Pero a fe mía que no podía saber por qué estaban asustados los caballos.

Mientras hablábamos, escuchamos un sonido que era un cruce entre el aullido de un lobo y el ladrido de un perro. Se oía muy lejos, pero los caballos se mostraron muy inquietos, y le llevó bastante tiempo a Johann calmarlos. Estaba muy pálido y dijo:

-Suenan como lobo..., pero no hay lobos aquí, ahora.

-¿No? -pregunté inquisitivamente-. ¿Hace ya mucho tiempo desde que los lobos estuvieron tan cerca de la ciudad?

-Mucho, mucho -contestó-. En primavera y verano, pero con la nieve los lobos no mucho lejos.

Mientras acariciaba los caballos y trataba de calmarlos, oscuras nubes comenzaron a pasar rápidas por el cielo. El sol desapareció, y una bocanada de aire frío sopló sobre nosotros. No obstante, tan sólo fue un soplo, y más parecía un aviso que una realidad, pues el sol volvió a salir brillante. Johann miró hacia el horizonte haciendo visera con su mano, y dijo:

-La tormenta de nieve viene dentro de mucho poco.

Luego miró de nuevo su reloj, y, manteniendo firmemente las riendas, pues los caballos seguían manoteando inquietos y agitando sus cabezas, subió al pescante como si hubiera llegado el momento de proseguir nuestro viaje.

Me sentía un tanto obstinado y no subí inmediatamente al carruaje.

-Hábleme del lugar al que lleva este camino -le dije, y señalé hacia abajo.

Se persignó de nuevo y murmuró una plegaria antes de responderme:

-Es maldito.

-¿Qué es lo que es maldito? -inquirí.

-El pueblo.

-Entonces, ¿hay un pueblo?

-No, no. Nadie vive allá desde cientos de años.

Me devoraba la curiosidad:

-Pero dijo que había un pueblo.

-Había.

-¿Y qué pasa ahora?

Como respuesta, se lanzó a desgranar una larga historia en alemán y en inglés, tan mezclados que casi no podía comprender lo que decía, pero a grandes rasgos logré entender que hacía muchos cientos de años habían muerto allí personas que habían sido enterradas; y se habían oído ruidos bajo la tierra, y cuando se abrieron las fosas se hallaron a los hombres y mujeres con el aspecto de vivos y las bocas rojas de sangre. Y por eso, buscando salvar sus vidas (¡ay, y sus almas!... y aquí se persignó de nuevo), los que quedaron huyeron a otros lugares donde los vivos vivían y los muertos estaban muertos y no... no otra cosa. Evidentemente tenía miedo de pronunciar las últimas palabras. Mientras avanzaba en su narración, se iba excitando más y más, parecía como si su imaginación se hubiera desbocado, y terminó en un verdadero paroxismo de terror: blanco el rostro, sudoroso, tembloroso y mirando a su alrededor, como si esperase que alguna horrible presencia se fuera a manifestar allí mismo, en la llanura abierta, bajo la luz del sol. Finalmente, en una agonía de desesperación, gritó: «Walpurgis Nacht!», e hizo una seña hacia el vehículo, indicándome que subiera. Mi sangre inglesa hirvió ante esto y, echándome hacia atrás, dije:

-Tiene usted miedo, Johann... tiene usted miedo. Regrese, yo volveré solo; un paseo a pie me sentará bien. -La puerta del carruaje estaba abierta. Tomé del asiento el bastón de roble que siempre llevo en mis excursiones y cerré la puerta. Señalé el camino de regreso a Múnich y repetí: Regrese, Johann... La noche de Walpurgis no tiene nada que ver con los ingleses.

Los caballos estaban ahora más inquietos que nunca y Johann intentaba retenerlos mientras me imploraba excitadamente que no cometiera tal locura. Me daba pena el pobre hombre, parecía sincero; no obstante, no pude evitar el echarme a reír. Ya había perdido todo rastro de inglés en sus palabras. En su ansiedad, había olvidado que la única forma que tenía de hacerme comprender era hablar en mi idioma, así que chapurreó su alemán nativo. Comenzaba a ser algo tedioso. Tras señalar la dirección, exclamé: «¡Regrese!», y me di la vuelta para bajar por el camino lateral, hacia el valle.

Con un gesto de desesperación, Johann volvió sus caballos hacia Múnich. Me apoyé sobre mi bastón y lo contemplé alejarse. Marchó lentamente por un momento; luego, sobre la cima de una colina, apareció un hombre alto y delgado. No podía verlo muy bien a aquella distancia. Cuando se acercó a los caballos, éstos comenzaron a encabritarse y a patear, luego relincharon aterrorizados y echaron a correr locamente. Los contemplé perderse de vista y luego busqué al extraño, pero me di cuenta de que también él había desaparecido.

Me volví con ánimo tranquilo hacia el camino lateral que bajaba hacia el profundo valle que tanto había preocupado a Johann. Por lo que podía ver, no había ni la más mínima razón para esta preocupación; y diría que caminé durante un par de horas sin pensar en el tiempo ni en la distancia, y ciertamente sin ver ni persona ni casa alguna. En lo que a aquel lugar se refería, era una verdadera desolación. Pero no me di cuenta de esta particularidad hasta que, al dar la vuelta a un recodo del camino, llegué hasta el disperso lindero de un bosque. Entonces me di cuenta de que, inconscientemente, había quedado impresionado por la desolación de los lugares por los que acababa de pasar.

Me senté para descansar y comencé a mirar a mi alrededor. Me fijé en que el aire era mucho más frío que cuando había iniciado mi camino: parecía rodearme un sonido susurrante, en el que se oía de vez en cuando, muy en lo alto, algo así como un rugido apagado. Miré hacia arriba y pude ver que grandes y densas nubes corrían rápidas por el cielo, de norte a sur, a una gran altura. Eran los signos de una tormenta que se aproximaba por algún lejano estrato de aire. Noté un poco de frío y, pensando que era por haberme sentado tras la caminata, reinicié mi paseo.

El terreno que cruzaba ahora era mucho más pintoresco. No había ningún punto especial digno de mención, pero en todo él se notaba cierto encanto y belleza. No pensé más en el tiempo, y fue sólo cuando empezó a hacerse notar el oscurecimiento del sol que comencé a preocuparme acerca de cómo hallar el camino de vuelta. Había desaparecido la brillantez del día. El aire era frío, y el vuelo de las nubes allá en lo alto mucho más evidente. Iban acompañadas por una especie de sonido ululante y lejano, por entre el que parecía escucharse a intervalos el misterioso grito que el cochero había dicho que era de un lobo. Dudé un momento, pero me había prometido ver el pueblo abandonado, así que proseguí, y de pronto llegué a una amplia extensión de terreno llano, cerrado por las colinas que lo rodeaban. Las laderas de éstas estaban cubiertas de árboles que descendían hasta la llanura, formando grupos en las suaves pendientes y depresiones visibles aquí y allá. Seguí con la vista el serpentear del camino y vi que trazaba una curva cerca de uno de los más densos grupos de árboles y luego se perdía tras él.

Mientras miraba noté un hálito helado en el aire, y comenzó a nevar. Pensé en los kilómetros y kilómetros de terreno desguarnecido por los que había pasado, y me apresuré a buscar cobijo en el bosque de enfrente. El cielo se fue volviendo cada vez más oscuro, y a mi alrededor se veía una brillante alfombra blanca cuyos extremos más lejanos se perdían en una nebulosa vaguedad. Aún se podía ver el camino, pero mal, y cuando corría por el llano no quedaban tan marcados sus límites como cuando seguía las hondonadas; y al poco me di cuenta de que debía haberme apartado del mismo, pues dejé de notar bajo mis pies la dura superficie y me hundí en tierra blanda. Entonces el viento se hizo más fuerte y sopló con creciente fuerza, hasta que casi me arrastró. El aire se volvió totalmente helado, y comencé a sufrir los efectos del frío a pesar del ejercicio. La nieve caía ahora tan densa y giraba a mi alrededor en tales remolinos que apenas podía mantener abiertos los ojos. De vez en cuando, el cielo era desgarrado por un centelleante relámpago, y a su luz sólo podía ver frente a mí una gran masa de árboles, principalmente cipreses y tejos completamente cubiertos de nieve.

Pronto me hallé al amparo de los mismos, y allí, en un relativo silencio, pude oír el soplar del viento, en lo alto. En aquel momento, la oscuridad de la tormenta se había fundido con la de la noche. Pero su furia parecía estar abatiéndose: tan solo regresaba en tremendos resoplidos o estallidos. En aquellos momentos el escalofriante aullido del lobo pareció despertar el eco de muchos sonidos similares a mi alrededor.

En ocasiones, a través de la oscura masa de las nubes, se veía un perdido rayo de luna que iluminaba el terreno y que me dejaba ver que estaba al borde de una densa masa de cipreses y tejos. Como había dejado de nevar, salí de mi refugio y comencé a investigar más a fondo los alrededores. Me parecía que entre tantos viejos cimientos como había pasado en mi camino, quizá hallase una casa aún en pie que, aunque estuviese en ruinas, me diese algo de cobijo. Mientras rodeaba el perímetro del bosquecillo, me di cuenta de que una pared baja lo cercaba y, siguiéndola, hallé una abertura. Allí los cipreses formaban un camino que llevaba hasta la cuadrada masa de algún tipo de edificio. No obstante, en el mismo momento en que la divisé, las errantes nubes oscurecieron la luna y atravesé el sendero en tinieblas. El viento debió de hacerse más frío, pues noté que me estremecía mientras caminaba; pero tenía esperanzas de hallar un refugio, así que proseguí mi camino a ciegas.

Me detuve, pues se produjo un repentino silencio. La tormenta había pasado y, quizá en simpatía con el silencio de la naturaleza, mi corazón pareció dejar de latir. Pero eso fue tan sólo momentáneo, pues repentinamente la luz de la luna se abrió paso por entre las nubes, mostrándome que me hallaba en un cementerio, y que el objeto cuadrado situado frente a mí era una enorme tumba de mármol, tan blanca como la nieve que lo cubría todo. Con la luz de la luna llegó un tremendo suspiro de la tormenta, que pareció reanudar su carrera con un largo y grave aullido, como el de muchos perros o lobos. Me sentía anonadado, y noté que el frío me calaba hondo hasta parecer aferrarme el corazón. Entonces mientras la oleada de luz lunar seguía cayendo sobre la tumba de mármol, la tormenta dio muestras de reiniciarse, como si quisiera volver atrás. Impulsado por alguna especie de fascinación, me aproximé a la sepultura para ver de quién era y por qué una construcción así se alzaba solitaria en semejante lugar. La rodeé y leí, sobre la puerta dórica, en alemán:

CONDESA DOLINGEN DE GRATZ
EN ESTIRIA
BUSCÓ Y HALLÓ LA MUERTE
EN 1801

En la parte alta del túmulo, y atravesando aparentemente el mármol, pues la estructura estaba formada por unos pocos bloques macizos, se veía una gran vigueta o estaca de hierro.

Me dirigí hacia la parte de atrás y leí, esculpida con grandes letras cirílicas:

Los muertos viajan de prisa

Había algo tan extraño y fuera de lo usual en todo aquello que me hizo sentir mal y casi desfallecí. Por primera vez empecé a desear haber seguido el consejo de Johann. Y en aquel momento me invadió un pensamiento que, en medio de aquellas misteriosas circunstancias, me produjo un terrible estremecimiento: ¡era la noche de Walpurgis!

La noche de Walpurgis en la que, según las creencias de millones de personas, el diablo andaba suelto; en la que se abrían las tumbas y los muertos salían a pasear; en la que todas las cosas maléficas de la tierra, el mar y el aire celebraban su reunión. Y estaba en el preciso lugar que el cochero había rehuido. Aquél era el pueblo abandonado hacía siglos. Allí era donde se encontraba la suicida; ¡y en ese lugar me encontraba yo ahora solo..., sin ayuda, temblando de frío en medio de una nevada y con una fuerte tormenta formándose a mi alrededor! Fue necesaria toda mi filosofía, toda la religión que me habían enseñado, todo mi coraje, para no derrumbarme en un paroxismo de terror.

Y entonces un verdadero tornado estalló a mi alrededor. El suelo se estremeció como si millares de caballos galopasen sobre él, y esta vez la tormenta llevaba en sus gélidas alas no nieve, sino un enorme granizo que cayó con tal violencia que parecía haber sido lanzado por los míticos honderos baleáricos... Piedras de granizo que aplastaban hojas y ramas y que negaban la protección de los cipreses, como si en lugar de árboles hubieran sido espigas de cereal. Al primer momento corrí hasta el árbol más cercano, pero pronto me vi obligado a abandonarlo y buscar el único punto que parecía ofrecer refugio: la profunda puerta dórica de la tumba de mármol. Allí, acurrucado contra la enorme puerta de bronce, conseguí una cierta protección contra la caída del granizo, pues ahora sólo me golpeaba al rebotar contra el suelo y los costados de mármol.

Al apoyarme contra la puerta, ésta se movió ligeramente y se abrió un poco hacia adentro. Incluso el refugio de una tumba era bienvenido en medio de aquella despiadada tempestad, y estaba a punto de entrar en ella cuando se produjo el destello de un relámpago que iluminó toda la extensión del cielo. En aquel instante, lo juro por mi vida, vi, pues mis ojos estaban vueltos hacia la oscuridad del interior, a una bella mujer, de mejillas sonrosadas y rojos labios, aparentemente dormida sobre un féretro. Mientras el trueno estallaba en lo alto fui atrapado como por la mano de un gigante y lanzado hacia la tormenta. Todo aquello fue tan repentino que antes de que me llegara el impacto, tanto moral como físico, me encontré bajo la lluvia de piedras. Al mismo tiempo tuve la extraña y absorbente sensación de que no estaba solo. Miré hacia el túmulo. Y en aquel mismo momento se produjo otro cegador relámpago, que pareció golpear la estaca de hierro que dominaba

el monumento y llegar por ella hasta el suelo, resquebrajando, desmenuzando el mármol como en un estallido de llamas. La mujer muerta se alzó en un momento de agonía, lamida por las llamas, y su amargo alarido de dolor fue ahogado por el trueno. La última cosa que oí fue esa horrible mezcla de sonidos, pues de nuevo fui aferrado por la gigantesca mano y arrastrado, mientras el granizo me golpeaba y el aire parecía reverberar con el aullido de los lobos. La última cosa que recuerdo fue una vaga y blanca masa movediza, como si las tumbas de mi alrededor hubieran dejado salir los amortajados fantasmas de sus muertos, y éstos me estuvieran rodeando en medio de la oscuridad de la tormenta de granizo.

Gradualmente, volvió a mí una especie de confuso inicio de consciencia; luego una sensación de cansancio aniquilador. Durante un momento no recordé nada; pero poco a poco volvieron mis sentidos. Los pies me dolían espantosamente y no podía moverlos. Parecían estar dormidos. Notaba una sensación gélida en mi nuca y a todo lo largo de mi espina dorsal, y mis orejas, como mis pies, estaban muertas y, sin embargo, me atormentaban; pero sobre mi pecho notaba una sensación de calor que, en comparación, resultaba deliciosa. Era como una pesadilla..., una pesadilla física, si es que uno puede usar tal expresión, pues un enorme peso sobre mi pecho me impedía respirar normalmente.

Ese período de semiletargo pareció durar largo rato, y mientras transcurría debí de dormir o delirar. Luego sentí una sensación de repugnancia, como en los primeros momentos de un mareo, y un imperioso deseo de librarme de algo, aunque no sabía de qué. Me rodeaba un descomunal silencio, como si todo el mundo estuviese dormido o muerto, roto tan sólo por el suave jadeo de algún animal cercano. Noté un cálido lametón en mi cuello, y entonces me llegó la consciencia de la terrible verdad, que me heló hasta los huesos e hizo que se congelara la sangre en mis venas. Había algún animal recostado sobre mí y ahora lamía mi garganta. No me atreví a agitarme, pues algún instinto de prudencia me obligaba a seguir inmóvil, pero la bestia pareció darse cuenta de que se había producido algún cambio en mí, pues levantó la cabeza. Por entre mis pestañas vi sobre mí los dos grandes ojos llameantes de un gigantesco lobo. Sus aguzados caninos brillaban en la abierta boca roja, y pude notar su acre respiración sobre mi boca.

Durante otro período de tiempo lo olvidé todo. Luego escuché un gruñido, seguido por un aullido, y luego por otro y otro. Después, aparentemente muy a lo lejos, escuché un «¡hey, hey!» como de muchas voces gritando al unísono. Alcé cautamente la cabeza y miré en la dirección de la que llegaba el sonido, pero el cementerio bloqueaba mi visión. El lobo seguía aullando de una extraña manera, y un resplandor rojizo comenzó a moverse por entre los cipreses, como siguiendo el sonido. Cuando las voces se acercaron, el lobo aulló más fuerte y más rápidamente. Yo temía hacer cualquier sonido o movimiento. El brillo rojo se acercó más, por encima de la alfombra blanca que se extendía en la oscuridad que me rodeaba. Y de pronto, de detrás de los árboles, surgió al trote una patrulla de jinetes llevando antorchas. El lobo se apartó de encima de mí y escapó por el cementerio. Vi cómo uno de los jinetes (soldados, según parecía por sus gorras y sus largas capas militares) alzaba su carabina y apuntaba. Un compañero golpeó su brazo hacia arriba, y escuché cómo la bala zumbaba sobre mi cabeza. Evidentemente me había tomado por el lobo. Otro divisó al animal mientras se alejaba, y se oyó un disparo. Luego, al galope, la patrulla avanzó, algunos hacia mí y otros siguiendo al lobo mientras éste desaparecía por entre los nevados cipreses.

Mientras se aproximaban, traté de moverme; no lo logré, aunque podía ver y oír todo lo que sucedía a mi alrededor. Dos o tres de los soldados saltaron de sus monturas y se arrodillaron a mi lado. Uno de ellos alzó mi cabeza y colocó su mano sobre mi corazón.

-¡Buenas noticias, camaradas! -gritó-. ¡Su corazón todavía late!

Entonces vertieron algo de brandy entre mis labios; me dio vigor, y fui capaz de abrir del todo los ojos y mirar a mi alrededor. Por entre los árboles se movían luces y sombras, y oí cómo los hombres se llamaban los unos a los otros. Se agruparon, lanzando asustadas exclamaciones, y las luces centellearon cuando los otros entraron amontonados en el cementerio, como posesos. Cuando los primeros llegaron hasta nosotros, los que me rodeaban preguntaron ansiosos:

-¿Lo hallaron?

La respuesta fue apresurada:

-¡No! ¡No! ¡Vámonos... pronto! ¡Éste no es un lugar para quedarse, y menos en esta noche!

-¿Qué era? -preguntaron en varios tonos de voz.

La respuesta llegó variada e indefinida, como si todos los hombres sintiesen un impulso común por hablar y, sin embargo, se vieran refrenados por algún miedo compartido que les impidiese airear sus pensamientos.

-¡Era... era... una cosa! -tartamudeó uno, cuyo ánimo, obviamente, se había derrumbado.

-¡Era un lobo..., sin embargo, no era un lobo! -dijo otro estremeciéndose.

-No vale la pena intentar matarlo sin tener una bala bendecida -indicó un tercero con voz más tranquila.

-¡Nos está bien merecido por salir en esta noche! ¡Desde luego que nos hemos ganado los mil marcos! -espetó un cuarto.

-Había sangre en el mármol derrumbado -dijo otro tras una pausa-. Y desde luego no la puso ahí el rayo. En cuanto a él... ¿está a salvo? ¡Miren su garganta! Vean, camaradas: el lobo estaba echado encima de él, dándole calor.

El oficial miró mi garganta y replicó:

-Está bien; la piel no ha sido perforada. ¿Qué significará todo esto? Nunca lo habríamos hallado de no haber sido por los aullidos del lobo.

-¿Qué es lo que ocurrió con ese lobo? -preguntó el hombre que sujetaba mi cabeza, que parecía ser el menos aterrorizado del grupo, pues sus manos estaban firmes, sin temblar. En su bocamanga se veían los galones de suboficial.

-Volvió a su cubil -contestó el hombre cuyo largo rostro estaba pálido y que temblaba visiblemente aterrorizado mientras miraba a su alrededor-. Aquí hay bastantes tumbas en las que puede haberse escondido. ¡Vámonos, camaradas, vámonos rápido! Abandonemos este lugar maldito.

El oficial me alzó hasta sentarme y lanzó una voz de mando; luego, entre varios hombres me colocaron sobre un caballo. Saltó a la silla tras de mí, me sujetó con los brazos y dio la orden de avanzar; dando la espalda a los cipreses, cabalgamos rápidamente en formación.

Mi lengua seguía rehusando cumplir con su función y me vi obligado a guardar silencio. Debí de quedarme dormido, pues lo siguiente que recuerdo es estar de pie, sostenido por un soldado a cada lado. Ya casi era de día, y hacia el norte se reflejaba una rojiza franja de luz solar, como un sendero de sangre, sobre la nieve. El oficial estaba ordenando a sus hombres que no contaran nada de lo que habían visto, excepto que habían hallado a un extranjero, un inglés, protegido por un gran perro.

-¡Un gran perro! Eso no era ningún perro -interrumpió el hombre que había mostrado tanto miedo-. Sé reconocer un lobo cuando lo veo.

El joven oficial le respondió con calma:

-Dije un perro.

-¡Perro! -reiteró irónicamente el otro. Resultaba evidente que su valor estaba ascendiendo con el sol y, señalándome, dijo-: Mírele la garganta. ¿Es eso obra de un perro, señor?

Instintivamente alcé una mano al cuello y, al tocármelo, grité de dolor. Los hombres se arremolinaron para mirar, algunos bajando de sus sillas, y de nuevo se oyó la calmada voz del joven oficial:

-Un perro, he dicho. Si contamos alguna otra cosa, se reirán de nosotros.

Entonces monté tras uno de los soldados y entramos en los suburbios de Múnich. Allí encontramos un carruaje al que me subieron y que me llevó al Quatre Saisons; el oficial me acompañó en el vehículo, mientras un soldado nos seguía llevando su caballo y los demás regresaban al cuartel.

Cuando llegamos, Herr Delbrück bajó tan rápidamente las escaleras para salir a mi encuentro que se hizo evidente que había estado mirando desde dentro. Me sujetó con ambas manos y me llevó solícito al interior. El oficial hizo un saludo y se dio la vuelta para alejarse, pero al darme cuenta insistí en que me acompañara a mis habitaciones. Mientras tomábamos un vaso de vino, le di las gracias efusivamente, a él y a sus camaradas, por haberme salvado. Él se limitó a responder que se sentía muy satisfecho, y que Herr Delbrück ya había dado los pasos necesarios para gratificar al grupo de rescate; ante esta ambigua explicación el maître d'hôtel sonrió, mientras el oficial se excusaba, alegando tener que cumplir con sus obligaciones, y se retiraba.

-Pero Herr Delbrück -interrogué-, ¿cómo y por qué me buscaron los soldados?

Se encogió de hombros, como no dándole importancia a lo que había hecho, y replicó:

-Tuve la buena suerte de que el comandante del regimiento en el que serví me autorizara a pedir voluntarios.

-Pero ¿cómo supo que estaba perdido? -le pregunté.

-El cochero regresó con los restos de su carruaje, que resultó destrozado cuando los caballos se desbocaron.

-¿Y por eso envió a un grupo de soldados en mi busca?

-¡Oh, no! -me respondió-. Pero, antes de que llegase el cochero, recibí este telegrama del boyardo de que es usted huésped -y sacó del bolsillo un telegrama, que me entregó y leí:

BISTRITZ

«Tenga cuidado con mi huésped: su seguridad me es preciosa. Si algo le ocurriera, o lo echasen a faltar, no ahorre medios para hallarle y garantizar su seguridad. Es inglés, y por consiguiente aventurero. A menudo hay peligro con la nieve y los lobos y la noche. No pierda un momento si teme que le haya ocurrido algo. Respaldaré su celo con mi fortuna. - Drácula.

Mientras sostenía el telegrama en mi mano, la habitación pareció girar a mi alrededor y, si el atento maître d'hôtel no me hubiera sostenido, creo que me hubiera desplomado. Había algo tan extraño en todo aquello, algo tan fuera de lo corriente e imposible de imaginar, que me pareció ser, en alguna manera, el juguete de enormes fuerzas..., y esta sola idea me paralizó. Ciertamente me hallaba bajo alguna clase de misteriosa protección; desde un lejano país había llegado, justo a tiempo, un mensaje que me había arrancado del peligro de la congelación y de las mandíbulas del lobo.

LA CASA DEL JUEZ

Próxima la época de exámenes, Malcolm Malcolmson decidió ir a algún lugar solitario donde poder estudiar sin ser interrumpido. Temía las playas por su atractivo, y también desconfiaba del aislamiento rural, pues conocía desde hacía mucho tiempo sus encantos. Lo que buscaba era un pequeño pueblo sin pretensiones donde nada le distrajera del estudio. Refrenó sus deseos de pedir consejo a algún amigo, pues pensó que cada uno le recomendaría un sitio ya conocido donde, indudablemente, tendría amigos. Malcolmson deseaba evitar las amistades, y todavía tenía menos deseos de establecer contacto con los amigos de los amigos. Así que decidió buscar por sí mismo el lugar. Hizo su equipaje, tan sólo una maleta con un poco de ropa y todos los libros que necesitaba, y compró un billete para el primer nombre desconocido que vio en los itinerarios de los trenes de cercanías.

Cuando al cabo de tres horas de viaje se bajó en Benchurch, se sintió satisfecho de lo bien que había conseguido borrar sus pistas para poder disponer del tiempo y la tranquilidad necesarios para proseguir sus estudios. Acudió de inmediato a la única fonda del pequeño y soñoliento lugar, y tomó una habitación para la noche. Benchurch era un pueblo donde se celebraban regularmente mercados, y una semana de cada mes era invadido por una enorme muchedumbre; pero durante los restantes veintiún días no tenía más atractivos que los que pueda tener un desierto.

Al día siguiente de su llegada, Malcolmson buscó una residencia aún más aislada y apacible que una fonda tan tranquila como «El Buen Viajero». Sólo encontró un lugar que satisfacía realmente sus más exageradas ideas acerca de la tranquilidad. Realmente, tranquilidad no era la palabra más apropiada para aquel sitio; desolación era el único término que podía transmitir una cierta idea de su aislamiento. Era una casa vieja, anticuada, de construcción pesada y estilo jacobino, con macizos gabletes y ventanas, más pequeñas de lo acostumbrado y situadas más alto de lo habitual en esas casas; estaba rodeada por un alto muro de ladrillos sólidamente construido. En realidad, daba más la impresión de un edificio fortificado que de una simple vivienda. Pero todo esto era lo que le gustaba a Malcolmson. «He aquí -pensó- el lugar que estaba buscando, y sólo si lo consigo me sentiré feliz.» Su alegría aumentó cuando se dio cuenta que estaba sin alquilar en aquel momento.

En la oficina de correos averiguó el nombre del agente, que se sorprendió mucho al saber que alguien deseaba ocupar parte de la vieja casona. El señor Carnford, abogado local y agente inmobiliario, era un amable caballero de edad avanzada que confesó con franqueza el placer que le producía el que alguien deseara alquilar la casa.

-A decir verdad -señaló-, me alegraría mucho, por los dueños, naturalmente, que alguien ocupase la casa durante años, aunque fuera de forma gratuita, si con ello el pueblo pudiera acostumbrarse a verla habitada. Ha estado vacía durante tanto tiempo que se ha levantado una especie de prejuicio absurdo a su alrededor, y la mejor manera de acabar con él es ocuparla..., aunque sólo sea -añadió, alzando una astuta mirada hacia Malcolmson- por un estudiante como usted, que desea quietud durante algún tiempo.

Malcolmson juzgó inútil pedir detalles al hombre acerca del «absurdo prejuicio»; sabía que sobre aquel tema podría conseguir más información en cualquier otro lugar. Pagó pues por adelantado el alquiler de tres meses, se guardó el recibo y el nombre de una señora que posiblemente se comprometería a ocuparse de él, y se marchó con las llaves en el bolsillo. De ahí fue directamente a hablar con la dueña de la fonda, una mujer alegre y bondadosa a la que pidió consejo acerca de qué clase y cantidad de víveres y provisiones necesitaría. Ella alzó las manos con estupefacción cuando él le dijo dónde pensaba alojarse.

-¡En la Casa del Juez no! -exclamó, palideciendo.

Él respondió que ignoraba el nombre de la casa, pero le explicó dónde estaba situada. Cuando hubo terminado, la mujer contestó:

-¡Sí, no cabe duda..., no cabe duda que es el mismo sitio! Es la Casa del Juez.

Entonces él le pidió que le hablase de la casa, por qué se llamaba así y qué tenía ella en contra. La mujer le contó que en el pueblo la llamaban así porque hacía muchos años (no podía decir exactamente cuántos, puesto que ella era de otra parte de la región, pero debían ser al menos unos cien o quizá más) había sido el domicilio de cierto juez que en su tiempo inspiró gran espanto a causa del rigor de sus sentencias y de la hostilidad con la que siempre se enfrentó a los acusados en su tribunal. Acerca de lo que había en contra de la casa no podía decir nada. Ella misma lo había preguntado a menudo, pero nadie la supo informar. De todos modos, el sentimiento general era que allí había algo, y ella por su parte no aceptaría ni todo el dinero del Banco de Drinkwater si a cambio se le pedía que permaneciera una sola hora a solas en la casa. Luego se excusó ante Malcolmson ante la posibilidad que sus palabras pudieran preocuparle.

-Es que esas cosas, señor, no me gustan nada, y además el que usted, un caballero tan joven, se vaya, y perdone que se lo diga, a vivir allí tan solo... Si fuera hijo mío, y perdone que se lo diga, no pasaría usted allí ni una sola noche, aunque tuviera que ir yo misma en persona y hacer sonar la gran campana de alarma que hay en el tejado.

La pobre mujer hablaba de buena fe, y con tan buenas intenciones, que Malcolmson, además de regocijado, se sintió conmovido. Le expresó cuánto apreciaba el interés que se tomaba por él y luego, amablemente, añadió:

-Pero mi querida señora Witham, le aseguro que no es necesario que se preocupe por mí. Un hombre que, como yo, estudia matemáticas superiores, tiene demasiadas cosas en la cabeza para que pueda molestarle ninguno de esos misteriosos «algos»; por otra parte, mi trabajo es demasiado exacto y prosaico como para permitir que algún rincón de mi mente preste atención a misterios de cualquier tipo. ¡La progresión armónica, las permutaciones, las combinaciones y las funciones elípticas son ya misterios suficientes para mí!

La señora Witham se encargó amablemente de suministrarle provisiones, y él fue en busca de la vieja que le habían recomendado para «ocuparse de él». Cuando, al cabo de unas dos horas, regresó con ella a la Casa del Juez, se encontró con la señora Witham, que le esperaba en persona, junto con varios hombres y chiquillos portadores de diversos paquetes, e incluso de una cama que habían transportado en una carreta, puesto que, como dijo ella, aunque era posible que las sillas y las mesas estuvieran todas muy bien conservadas y fueran utilizables, no era bueno ni propio de huesos jóvenes descansar en una cama que no había sido oreada desde hacía por lo menos cincuenta años.

La buena mujer sentía a todas luces curiosidad por ver el interior de la casa, y recorrió todo el lugar, pese a manifestarse tan temerosa de los «algos» que al menor ruido se aferraba a Malcolmson, del cual no se separó ni un solo instante.

Tras examinar la casa, Malcolmson decidió ocupar el gran comedor, que era lo suficientemente espacioso como para satisfacer todas sus necesidades; y la señora Witham, con ayuda de la señora Dempster, la asistenta, procedió a ordenar las cosas. Una vez desempaquetados los bultos, Malcolmson vio que, con mucha y bondadosa previsión, la mujer le había enviado de su propia cocina provisiones suficientes para varios días. Antes de marcharse, la mujer expresó toda clase de buenos deseos y, ya en la misma puerta, se volvió para decir:

-Quizá, señor, puesto que la habitación es grande y con muchas corrientes de aire, puede que no le venga mal instalar uno de esos biombos grandes alrededor de la cama por la noche... Pero, la verdad sea dicha, yo me moriría de miedo si tuviera que quedarme aquí encerrada con toda esa clase de..., ¡de «cosas» que asomarán sus cabezas por los lados o por encima del biombo y se pondrán a mirarme!

La imagen que acababa de evocar fue excesiva para sus nervios y huyó precipitadamente.

La señora Dempster, con aires de superioridad, lanzó un despectivo resoplido cuando se hubo ido la otra mujer y afirmó categóricamente que ella por su parte no se sentía en absoluto inclinada a atemorizarse ni ante todos los duendes del mundo.

-Le diré a usted lo que pasa, señor -dijo-. Los duendes son toda clase de cosas..., ¡menos duendes! Ratas, ratones y escarabajos; y puertas que crujen, y tejas caídas, y tiradores de cajones que aguantan firmes cuando usted tira de ellos y luego se caen solos en medio de la noche. ¡Observe el zócalo de la habitación! ¡Es viejo..., tiene cientos de años! ¿Cree usted que no va a haber ratas y escarabajos ahí detrás? ¡Claro que sí! ¿E imagina usted que no va a verlos? ¡Claro que no! Las ratas son los duendes, se lo digo yo, y los duendes son las ratas..., ¡y no crea otra cosa!

-Señora Dempster -dijo gravemente Malcolmson con una pequeña inclinación de cabeza-, ¡sabe usted más que un catedrático de matemáticas! Permítame decirle que, en señal de mi estima hacia su indudable salud mental, cuando me vaya le daré la posesión de esta casa y le permitiré que resida aquí usted sola durante los dos últimos meses de mi alquiler, puesto que las cuatro primeras semanas bastarán para mis propósitos.

-¡Muchas gracias por su amabilidad, señor! -respondió ella-. Pero no puedo dormir ni una noche fuera de mi dormitorio: vivo en la Casa de Caridad Greenhow, y si pasara una sola noche fuera de mis habitaciones perdería todos los derechos de seguir viviendo allí. Las reglas son muy estrictas, y hay demasiada gente esperando una vacante para que yo me decida a correr el menor riesgo. Si no fuera por esto, señor, vendría con mucho gusto a dormir aquí para atenderle durante su estancia.

-Mi buena señora -dijo apresuradamente Malcolmson-, he venido aquí con el propósito de estar solo, y créame que le estoy profundamente agradecido al difunto señor Greenhow por haber organizado su casa de caridad, o lo que sea, de forma tan admirable que me vea privado por la fuerza de la oportunidad de tan terrible tentación. ¡San Antonio en persona no habría podido ser más rígido al respecto!

La vieja se rio secamente.

-¡Ah! -dijo-, ustedes los señoritos jóvenes no se asustan de nada. Puede estar seguro que encontrará aquí toda la soledad que desea.

Y se puso a trabajar en la limpieza y, al anochecer, cuando Malcolmson regresó de dar su paseo (siempre llevaba uno de sus libros para estudiar mientras paseaba), se encontró con la habitación barrida y aseada, un fuego ardiendo en la chimenea y la mesa servida para la cena con las excelentes provisiones de la señora Witham.

-¡Esto sí es comodidad! -dijo mientras se frotaba las manos.

Tras terminar de cenar y poner la bandeja con los restos de la cena al otro extremo de la gran mesa de roble, volvió a sus libros: echó más leña al fuego, despabiló la lámpara y se sumergió en su duro trabajo. No hizo ninguna pausa hasta más o menos las once, cuando suspendió su tarea durante unos momentos para avivar el fuego y despabilar de nuevo la lámpara y hacerse una taza de té.

Siempre había sido muy aficionado al té; durante toda su vida universitaria solía quedarse estudiando hasta muy tarde, y siempre tomaba té y más té hasta que dejaba de estudiar. El descanso era un lujo para él, y lo disfrutaba con una sensación de delicioso y voluptuoso desahogo. El fuego reavivado saltó y chisporroteó y proyectó extrañas sombras en la vasta y antigua habitación y, mientras tomaba a sorbos el té caliente, gozó con la sensación de aislamiento de sus semejantes. Fue entonces cuando notó por primera vez el ruido que hacían las ratas.

«Seguro que no han hecho tanto ruido durante todo el tiempo que he estado estudiando -pensó-. ¡De lo contrario me hubiera dado cuenta!» Luego, mientras el ruido iba en aumento, se tranquilizó diciéndose que aquellos rumores eran realmente nuevos. Resultaba evidente que al principio las ratas se habían asustado por la presencia de un extraño y por la luz del fuego y de la lámpara, pero a medida que transcurría el tiempo se habían ido volviendo más atrevidas, y ya se hallaban entretenidas de nuevo en sus ocupaciones habituales.

¡Y eran realmente activas! ¡Subían y bajaban por detrás del zócalo que revestía la pared, por encima del cielo raso, por debajo del suelo, se movían, corrían, bullían, roían y arañaban!

Malcolmson sonrió al recordar las palabras de la señora Dempster: «los duendes son las ratas y las ratas son los duendes». El té empezaba a hacer su efecto estimulante sobre nervios e intelecto, y el estudiante vio con alegría que tenía ante sí una nueva inmersión en el largo hechizo del estudio antes que terminase la noche, cosa que le proporcionó tal sensación de comodidad que se permitió el lujo de echar una ojeada por la habitación. Tomó la lámpara en una mano y recorrió la estancia, preguntándose por qué una casa tan original y hermosa como aquella había permanecido abandonada durante tanto tiempo. Los paneles de roble que recubrían las paredes estaban finamente labrados, y el trabajo en madera de puertas y ventanas era hermoso y de raro mérito. Había algunos cuadros viejos en las paredes, pero estaban tan densamente cubiertos de polvo y suciedad que no pudo distinguir ningún detalle a pesar que levantó la lámpara todo lo posible para iluminarlos. Aquí y allá, en su recorrido, topó con alguna grieta o agujero bloqueados por un momento por la cabeza de una rata, cuyos brillantes ojos relucían a la luz, pero al instante la cabeza desaparecía, con un chillido y un rumor de huida. Sin embargo, lo que más intrigó a Malcolmson fue la cuerda de la gran campana de alarma del tejado, que colgaba en un rincón de la estancia, a la derecha de la chimenea. Arrastró hasta cerca del fuego una gran silla de roble tallado y respaldo alto y se sentó para tomar su última taza de té. Cuando hubo terminado, avivó el fuego y volvió a su trabajo, sentado en la esquina de la mesa, con el fuego a su izquierda. Durante un buen rato las ratas perturbaron su estudio con su continuo rebullir, pero acabó por acostumbrarse al ruido, del mismo modo que uno se acostumbra al tic-tac de un reloj o al rumor de un torrente; y así se sumergió de tal forma en el trabajo que nada en el mundo, excepto el problema que estaba intentando resolver, hubiera sido capaz de hacer mella en él.

Pero de pronto, sin haber conseguido resolverlo aún, levantó la cabeza: en el aire notó esa sensación tan peculiar que precede al amanecer y que tan temible resulta para los que llevan vidas dudosas. El ruido de las ratas había cesado. Desde luego, tenía la impresión que había cesado hacía tan sólo unos instantes, y que precisamente había sido este repentino silencio lo que le había obligado a levantar la cabeza. El fuego se había ido apagando, pero todavía arrojaba un profundo y rojo resplandor. Al mirar en esa dirección, y a pesar de toda su sang froid, sufrió un sobresalto.

Allí, sobre la silla de roble tallado y alto respaldo, a la derecha de la chimenea, había una enorme rata que le miraba fijamente con sus tristes ojillos. Hizo un gesto para ahuyentarla, pero la rata no se movió. Ante lo cual hizo ademán de arrojarle algo. Tampoco se movió, sino que le mostró encolerizada sus grandes dientes blancos; a la luz de la lámpara, sus crueles ojillos brillaban con una luz de venganza.

Malcolmson se asombró, y, tomando el atizador de la chimenea, corrió hacia la rata para matarla. Pero antes que pudiera golpearla, ésta, con un chillido que parecía concentrar todo su odio, saltó al suelo y, trepando por la cuerda de la campana de alarma, desapareció en la oscuridad donde no llegaba el resplandor de la lámpara, tamizado por una pantalla verde. Al instante, y eso fue lo más extraño, el ruidoso bullicio de las ratas tras los paneles de roble se reanudó.

Esta vez Malcolmson no consiguió sumergirse de nuevo en el problema; pero, cuando el gallo cantó afuera anunciando la llegada del alba, se fue a la cama a descansar.

Durmió tan profundamente que ni siquiera se despertó cuando llegó la señora Dempster para arreglar la habitación. Sólo lo hizo cuando la mujer, una vez barrida la estancia y preparado el desayuno, golpeó discretamente en el biombo que ocultaba la cama. Aún se sentía un poco cansado de su duro trabajo nocturno, pero una cargada taza de té lo despejó pronto y, tomando un libro, salió a dar su paseo matutino, llevándose consigo unos bocadillos por si no le apetecía volver hasta la hora de la cena. Encontró un sendero apacible entre los olmos, y allí pasó la mayor parte del día estudiando su Laplace. A su regreso pasó a saludar a la señora Witham y a darle las gracias por su amabilidad. Cuando ella le vio llegar a través de una ventana de su sanctasanctórum, emplomada con rombos de vidrios de colores, salió a la calle a recibirle y le pidió que pasase. Una vez dentro, le miró inquisitivamente y negó con la cabeza al tiempo que decía:

-No debe trabajar tanto, señor. Esta mañana está usted más pálido que otras veces. Estar despierto hasta tan tarde y con un trabajo tan duro para el cerebro no es bueno para nadie. Pero dígame, señor, ¿cómo ha pasado la noche? Espero que bien. ¡No sabe cuánto me alegré cuando la señora Dempster me dijo esta mañana que le había encontrado tan profundamente dormido cuando llegó!

-Oh, sí, todo ha sido estupendo -repuso él con una sonrisa-; todavía no me han molestado los «algos». Sólo las ratas. Tienen montado un auténtico circo por todo el lugar. Había una, de aspecto diabólico, que hasta se atrevió a subirse a mi propia silla, junto al fuego, y no se habría marchado de no haberla yo amenazado con el atizador; entonces trepó por la cuerda de la campana de alarma y desapareció allá arriba, por encima de las paredes o el techo; no pude verlo bien debido a la oscuridad.

-¡Dios nos asista! -exclamó la señora Witham-. ¡Un viejo diablo, y sobre una silla junto al fuego! ¡Tenga cuidado, señor! ¡Tenga mucho cuidado! A veces hay cosas muy verdaderas que se dicen en broma.

-¿Qué quiere usted decir? Palabra que no la comprendo.

-¡Un viejo diablo! El viejo diablo, quizá. ¡Oh, señor, no se ría usted! -pues Malcolmson había estallado en una franca carcajada-. Ustedes, la gente joven, creen que es muy fácil reírse de cosas que hacen estremecer a los viejos. ¡Pero no importa, señor! ¡No haga caso! Quiera Dios que pueda usted continuar riendo todo el tiempo. ¡Eso es lo que le deseo!

Y la buena señora rebotó de nuevo alegre simpatía, olvidados por un momento todos sus temores.

-¡Oh, perdóneme! -dijo entonces Malcolmson-. No me juzgue descortés, es que la cosa me ha hecho gracia..., eso que el viejo diablo en persona estaba anoche sentado en mi silla...

Y al recordarlo se rio de nuevo. Luego se fue a su casa a cenar.

Aquella noche el rumor de las ratas empezó más temprano; con toda seguridad se había iniciado ya antes de su regreso, y sólo dejó de oírse unos momentos mientras les duró el susto causado por su imprevista llegada. Después de cenar se sentó un momento junto al fuego a fumar y, tras limpiar la mesa, empezó de nuevo su trabajo como otras veces. Pero esa noche las ratas le distraían más que la anterior. ¡Cómo correteaban de arriba abajo, por detrás y por encima! ¡Cómo chillaban, roían y arañaban! ¡Y cómo, más atrevidas a cada instante, se asomaban a las bocas de sus agujeros y por todas las grietas y resquebrajaduras del zócalo, con sus ojillos brillantes como lámparas diminutas cuando se reflejaba en ellos el fulgor del fuego! Pero para el estudiante, habituado sin duda a ellos, esos ojos no tenían nada de siniestro; por el contrario, sólo veía en ellos un aire travieso y juguetón.

A menudo, las más atrevidas hacían incursiones por el suelo o a lo largo de las molduras de la pared.

Una y otra vez, cuando empezaban a molestarle demasiado, Malcolmson hacía un ruido para asustarlas, golpeaba la mesa con la mano o emitía un fiero «Ssssh, ssssh» para que huyesen inmediatamente a sus escondrijos.

Así transcurrió la primera mitad de la noche; luego, a pesar del ruido, Malcolmson fue sumergiéndose cada vez más en el estudio.

De repente, alzó la vista, como la noche anterior, dominado por una súbita sensación de silencio. No se oía ni el más leve ruido de roer, chillar o arañar. Era un silencio de tumba. Entonces recordó el extraño suceso de la noche anterior, e instintivamente miró a la silla que había junto a la chimenea. Una extraña sensación recorrió entonces todo su cuerpo.

Allá, al lado de la chimenea, en la gran silla de roble tallado de respaldo alto, estaba la misma enorme rata mirándole fijamente con unos ojillos fúnebres y malignos. Instintivamente tomó el objeto que tenía más al alcance de su mano, unas tablas de logaritmos, y se lo arrojó. El libro fue mal dirigido y la rata ni se movió; así que tuvo que repetir la escena del atizador de la noche anterior; y de nuevo la rata, al verse estrechamente cercada, huyó trepando por la cuerda de la campana de alarma. También fue muy extraño que la fuga de esta rata fuese seguida inmediatamente por la reanudación del ruido de la comunidad. En esta ocasión, como en la precedente, Malcolmson no pudo ver por qué parte de la estancia desapareció el animal, pues la pantalla de su lámpara dejaba en sombras la parte superior de la habitación y el fuego brillaba mortecino.

Miró su reloj y observó que era casi medianoche y, no descontento del divertissement, avivó el fuego y se preparó una taza de té. Había trabajado perfectamente sumergido en el hechizo del estudio y se creyó merecedor de un cigarrillo; así pues, se sentó en la gran silla de roble tallado junto a la chimenea y fumó con delectación. Mientras lo hacía, empezó a pensar que le gustaría saber por dónde lograba meterse el animal, ya que empezaba a acariciar la idea de poner en práctica al día siguiente algo relacionado con una ratonera. En previsión de ello, encendió otra lámpara y la colocó de forma que iluminase bien el rincón derecho que formaban la chimenea y la pared. Luego apiló todos los libros que tenía, colocándolos al alcance de la mano para arrojárselos al animal si llegaba el caso. Finalmente, levantó la cuerda de la campana de alarma y colocó su extremo inferior encima de la mesa, pisándolo con la lámpara. Cuando tomó la cuerda en sus manos no pudo por menos que notar lo flexible que era, sobre todo teniendo en cuenta su grosor y el tiempo que llevaba sin usar.

«Se podría colgar a un hombre de ella», pensó para sí. Terminados sus preparativos, miró a su alrededor y exclamó, satisfecho:

-¡Ahora, amiga mía, creo que vamos a vernos las caras de una vez!

Reanudó su estudio, y aunque al principio le distrajo el ruido que hacían las ratas, pronto se abandonó por completo a sus proposiciones y problemas.

De nuevo fue reclamado de pronto por su alrededor. Esta vez no fue sólo el repentino silencio lo que llamó su atención; había, además, un ligero movimiento de la cuerda, y la lámpara se tambaleaba. Sin moverse, comprobó que la pila de libros estuviese al alcance de su mano y luego deslizó su mirada a lo largo de la cuerda. Pudo observar que la gran rata se dejaba caer desde la cuerda a la silla de roble, se instalaba en ella y le contemplaba. Tomó un libro con la mano derecha y, apuntando cuidadosamente, se lo lanzó. La rata, con un rápido movimiento, saltó de costado y esquivó el proyectil. Tomó entonces un segundo y luego un tercero, y se los lanzó uno tras otro, pero sin éxito. Por fin, y en el momento en que se disponía a arrojarle un nuevo libro, la rata chilló y pareció asustada. Esto aumentó más aún su deseo de dar en el blanco; el libro voló, y alcanzó a la rata con un golpe resonante. El animal lanzó un chillido terrorífico y, echando a su perseguidor una mirada de terrible malignidad, trepó por el respaldo de la silla, desde cuyo borde superior saltó hasta la cuerda de la campana de alarma, por la cual subió con la velocidad del rayo. La lámpara que sujetaba la cuerda se tambaleó bajo el repentino tirón, pero era pesada y no llegó a caerse.

Malcolmson siguió a la rata con la mirada y la vio, gracias a la luz de la segunda lámpara, saltar a una moldura del zócalo y desaparecer por un agujero en uno de los grandes cuadros colgados de la pared, indescifrable bajo la espesa capa de polvo y suciedad.

-Mañana le echaré una ojeada a la vivienda de mi amiga -dijo en voz alta el estudiante, mientras recogía los volúmenes tirados por el suelo-. El tercer cuadro partir de la chimenea: no lo olvidaré. -Tomó los libros uno a uno, haciendo un comentario sobre ellos mientras iba leyendo sus títulos-. Secciones cónicas no la rozó, ni tampoco Oscilaciones cicloideas, ni los Principia, ni los Cuaternios, ni la Termodinámica. ¡Éste es el libro que la alcanzó! -Malcolmson lo tomó del suelo y miró el título y, al hacerlo, se sobresaltó y una súbita palidez cubrió su rostro. Miró a su alrededor, inquieto, y se estremeció levemente mientras murmuraba para sí: ¡La Biblia que me dio mi madre!

¡Qué extraña coincidencia!

Volvió a sentarse y reanudó su trabajo; las ratas del zócalo volvieron a sus cabriolas. Sin embargo, ahora no le molestaban; al contrario, su presencia le proporcionaba una cierta sensación de compañía. Pero no pudo concentrarse en el estudio y, después de intentar inútilmente dominar el tema que tenía entre manos, lo dejó con desesperación y fue a acostarse, justo cuando el primer resplandor del amanecer penetraba furtivamente por la ventana que daba al este.

Durmió pesadamente pero inquieto, y soñó mucho; cuando le despertó la señora Dempster, ya muy entrada la mañana, su aspecto era de haber descansado mal, y durante algunos minutos no pareció darse cuenta exacta de dónde se encontraba. Su primer encargo sorprendió bastante a la criada.

-Señora Dempster, cuando me ausente hoy de casa quiero que tome la escalera, saque el polvo y limpie bien todos esos cuadros..., especialmente el tercero a partir de la chimenea. Quiero ver qué hay en ellos.

Hasta bien entrada la tarde estuvo Malcolmson estudiando a la sombra de los árboles; a medida que transcurría el día notó que sus asimilaciones mejoraban progresivamente y fue volviendo al alegre optimismo del día anterior. Ya había conseguido solucionar satisfactoriamente todos los problemas que hasta entonces le habían eludido, y se encontraba en un estado tal de euforia que decidió hacer una visita a la señora Witham en «El Buen Viajero». La encontró en su comfortable cuarto de estar, acompañada por un desconocido que le fue presentado como el doctor Thornhill. La mujer no parecía hallarse totalmente a gusto, y esto, unido a que el hombre se lanzó de inmediato a hacerle toda una serie de preguntas, hizo pensar a Malcolmson que la presencia del doctor no era casual, así que dijo sin ambages:

-Doctor Thornhill, contestaré gustosamente cualquier pregunta que quiera hacerme, si primero me contesta usted a una que deseo hacerle yo.

El doctor pareció sorprenderse, pero sonrió y respondió al momento:

-¡De acuerdo! ¿De qué se trata?

-¿Le pidió a usted la señora Witham que viniera aquí a verme y aconsejarme?

El doctor Thornhill, se mostró por un momento desconcertado, y la señora Witham enrojeció vivamente y volvió la cara hacia otro lado; sin embargo, el doctor era un hombre sincero e inteligente y no dudó en contestar con franqueza:

-Así fue, en efecto, pero no quería que usted se enterase. Supongo que han sido mi torpeza y mi apresuramiento los que le han hecho sospechar. Pero, en fin, lo que me dijo fue que no le gustaba la idea que estuviese usted en esa casa completamente solo, y tomando tanto té y tan cargado. Deseaba que yo le aconsejase que dejara el té y no se quedara a estudiar hasta tan tarde. Yo también fui un buen estudiante en mis tiempos, y por ello espero que me permita tomarme la libertad de darle un consejo sin ánimo de ofenderle, puesto que no le hablo como un extraño, sino como un universitario puede hablarle a otro.

Malcolmson le tendió la mano con una radiante sonrisa.

-¡Choque esos cinco!, como dicen en Norteamérica -exclamó-. Le agradezco mucho su interés, y también a la señora Witham; y su amabilidad me obliga a pagarles en la misma moneda.

Prometo no volver a tomar té cargado, ni sin cargar, hasta que usted me autorice. Y esta noche me iré a la cama a la una de la madrugada lo más tarde. ¿De acuerdo?

-Estupendo -dijo el médico-. Y ahora cuénteme usted todo lo que ha visto en el viejo caserón.

Malcolmson relató con todo detalle lo sucedido en las dos últimas noches. Fue interrumpido de vez en cuando por las exclamaciones de la señora Witham, hasta que finalmente, al llegar al episodio de la Biblia, toda la emoción reprimida de la mujer halló salida en un tremendo alarido, y hasta que no se le administró un buen vaso de coñac con agua no se repuso. El doctor Thornhill lo escuchó todo con expresión de creciente gravedad, y cuando el relato llegó a su fin y la señora Witham quedó tranquila preguntó:

-¿La rata siempre trepa por la cuerda de la campana de alarma?

-Sí, siempre.

-Supongo que ya sabrá usted -dijo el doctor tras una pausa- qué es esa cuerda.

-¡No!

-Es -dijo el doctor lentamente- la misma que utilizaba el verdugo para ahorcar a las víctimas del cruel juez.

Al llegar a este punto fue interrumpido de nuevo por otro grito de la señora Witham, y hubo que poner otra vez en juego los medios para que volviera a recobrase. Malcolmson, tras consultar su reloj, observó que ya era casi hora de cenar y se marchó a su casa tan pronto como ella se hubo recobrado.

Cuando la señora Witham volvió totalmente en sí, asió al doctor Thornhill con coléricas preguntas acerca de qué pretendía metiendo aquellas horribles ideas en la cabeza del pobre joven.

-Ya tiene allí demasiadas preocupaciones -añadió.

El doctor Thornhill respondió:

-¡Mi querida señora, mi propósito es bien distinto! Lo que yo quería era atraer su atención hacia la cuerda de la campana y mantenerla fija allí. Es posible que se halle en un estado de gran sobreexcitación, por haber estudiado demasiado o por lo que sea, pero de todas formas me veo obligado a reconocer que parece un joven tan sano y fuerte mental y corporalmente como el que más.

Pero luego están las ratas..., y esa sugerencia del diablo... -El doctor agitó la cabeza y prosiguió:- Me habría ofrecido a ir a pasar la noche con él, pero estoy seguro que eso le hubiera humillado.

Parece que por la noche sufre algún tipo de extraño terror o alucinación, y de ser así deseo que tire de esa cuerda. Como está completamente solo, eso nos servirá de aviso y podremos llegar hasta él a tiempo aún de serle útiles. Esta noche me mantendré despierto hasta muy tarde y tendré los oídos bien abiertos. No se alarme usted, señora Witham, si Benchurch recibe una sorpresa antes de mañana.

-Oh, doctor, ¿qué quiere usted decir?

-Exactamente esto: es muy posible, o mejor dicho probable, que esta noche oigamos la gran campana de alarma de la Casa del Juez.

Y el doctor hizo un mutis tan efectista como se podía esperar.

Cuando Malcolmson llegó a la casa descubrió que era un poco más tarde que de costumbre y que la señora Dempster ya se había marchado: las reglas de la Casa de Caridad Greenhow no eran de desdeñar. Se alegró mucho de ver que el lugar estaba limpio y reluciente, un alegre fuego ardía en la chimenea y la lámpara estaba bien despabilada. La tarde era muy fría para el mes de abril, y soplaban un pesado viento con una violencia que crecía tan rápidamente que podía esperarse una buena tormenta para la noche. El ruido que hacían las ratas cesó durante unos pocos minutos tras su llegada, pero tan pronto como se volvieron a acostumbrar a su presencia lo reanudaron. Se alegró de oírlas, y una vez más notó que en su bullicioso rumor había algo que le hacía sentirse acompañado.

Sus pensamientos retrocedieron hasta el extraño hecho que las ratas sólo dejaban de manifestarse cuando aquella otra rata (la gran rata de ojillos fúnebres) entraba en escena. Sólo estaba encendida la lámpara de lectura, cuya pantalla verde mantenía en sombras el techo y la parte superior de la estancia, de tal modo que la alegre y rojiza luz de la chimenea se extendía cálida y agradable por el pavimento y brillaba sobre el blanco mantel que cubría la mesa. Malcolmson se sentó a cenar con buen apetito y espíritu alegre. Después de cenar y fumar un cigarrillo se entregó firmemente a su trabajo, decidido a que nada le distrajerse, pues recordaba la promesa hecha al doctor y quería aprovechar de la mejor manera posible el tiempo que disponía.

Durante más de una hora trabajó sin problemas, y luego sus pensamientos empezaron a desprenderse de los libros y a vagabundear por su cuenta. Las actuales circunstancias en las que se hallaba y la llamada de atención sobre su salud nerviosa no eran algo que pudiera despreciar. Por aquel entonces, el viento se había convertido ya en un vendaval, y el vendaval en una tormenta. La vieja casa, pese a su solidez, parecía estremecerse desde sus cimientos, y la tormenta rugía y bramaba a través de las múltiples chimeneas y los viejos gabletes, produciendo extraños y aterradores sonidos en los pasillos y las estancias vacías. Incluso la gran campana de alarma del tejado debía estar sufriendo los embates del viento, pues la cuerda subía y bajaba levemente, como si la campana estuviera moviéndose un poco, y el extremo inferior de la flexible cuerda azotaba el suelo de roble con un ruido duro y hueco.

Al escucharlo, Malcolmson recordó las palabras del doctor: «Es la cuerda que utilizaba el verdugo para ahorcar a las víctimas del cruel juez.» Se acercó al rincón de la chimenea y la tomó entre sus manos para contemplarla. Parecía sentir como una especie de morboso interés por ella, y mientras la estaba observando se perdió un momento en conjeturas sobre quiénes habrían sido esas víctimas y sobre el lúgubre deseo del juez de tener siempre ante su vista una reliquia tan macabra.

Mientras permanecía allí, el suave balanceo de la campana del tejado había seguido comunicando a la cuerda cierto movimiento, pero ahora, de pronto, empezó a notar una nueva sensación, una especie de temblor en la cuerda, como si algo se estuviera moviendo a lo largo de ella.

Levantó instintivamente la vista y vio a la enorme rata que, lentamente, bajaba hacia él mirándole con fijeza. Soltó la cuerda y retrocedió con brusquedad, mascullando una maldición; la rata dio la vuelta, trepó de nuevo por la cuerda y desapareció; y en ese instante Malcolmson se dio cuenta que el ruido de las ratas, que había cesado hacía un momento, volvía a comenzar.

Todo esto le dejó pensativo; entonces recordó que no había investigado la madriguera de la rata ni mirado los cuadros como había pensado hacer. Encendió la otra lámpara, que no tenía pantalla, y levantándola se situó frente al tercer cuadro a la derecha de la chimenea, que era por donde había visto desaparecer a la rata la noche anterior.

A la primera ojeada retrocedió, tan bruscamente sobresaltado que casi dejó caer la lámpara, y una mortal palidez cubrió sus facciones. Sus rodillas entrecorrieron, pesadas gotas de sudor perlaron su frente, y tembló como un álamo. Pero era joven y animoso, y consiguió armarse nuevamente de valor; tras una pausa de unos segundos avanzó lentamente unos pasos, alzó la lámpara y examinó el cuadro, que una vez desempolvado y limpio era ya claramente distinguible.

Era el retrato de un juez vestido de púrpura y armiño. Su rostro era fuerte y despiadado, maligno, vengativo y astuto, con una boca sensual y una nariz ganchuda de rojizo color y forma semejante al pico de un ave de presa. El resto de la cara era de un color cadavérico. Los ojos, de un brillo peculiar, tenían una expresión terriblemente maligna. Contemplándolos, Malcolmson sintió frío, pues en ellos vio una réplica exacta a los ojos de la enorme rata. Casi se le cayó la lámpara de la mano cuando vio a ésta mirándole con sus ojillos fúnebres desde el agujero de la esquina del cuadro y notó el repentino cese del ruido de las demás. Pese a ello, volvió a reunir todo su valor y continuó examinando la pintura.

El juez estaba sentado en una gran silla de roble tallado de respaldo alto, a la derecha de una chimenea de piedra junto a la cual colgaba desde el techo una cuerda que yacía con su extremo inferior enrollado en el suelo. Con una sensación de horror, Malcolmson reconoció en esa escena la habitación donde se hallaba ahora, y miró despavorido a su alrededor, como esperando hallar alguna extraña presencia a su espalda. Luego volvió a dirigir su mirada al rincón que formaba la chimenea y, lanzando un grito desgarrador, dejó caer la lámpara que llevaba en la mano.

Allí, en la silla del juez, con la cuerda colgando tras ella, se había instalado aquella enorme rata que tenía la misma fúnebre mirada que éste, ahora diabólicamente intensa. Excepto el ulular de la tormenta, todo mantenía un completo silencio.

La lámpara caída hizo que Malcolmson volviera a la realidad. Por fortuna, era de metal y el aceite no se derramó. Sin embargo, la necesidad de recogerla de inmediato serenó sus aprensiones nerviosas. Cuando hubo apagado la lámpara se secó el sudor y meditó un momento.

-Esto no puede ser -se dijo en voz alta-. Si sigo así voy a volverme loco. ¡Basta ya! Prometí al doctor que no tomaría té. ¡Por Dios que tenía razón! Mis nervios han debido llegar a un estado terrible. Es curioso que yo no lo note. Nunca en mi vida me he encontrado mejor. Pero ahora todo vuelve a ir bien, no volveré a comportarme como un necio.

Se preparó un buen vaso de brandy y se sentó resueltamente para proseguir su estudio. Llevaba así cerca de una hora cuando levantó la vista del libro, atraído por el súbito silencio. Sin embargo, el viento ululaba y rugía más fuerte que nunca, y la lluvia golpeaba en ráfagas los cristales de las ventanas como si fuera granizo; en el interior de la casa, sin embargo, no se oía nada, excepto el eco del viento bramando por la gran chimenea como un arrullo de la tormenta. El fuego casi se había apagado; ardía ya sin llama, arrojando sólo un resplandor rojizo. Malcolmson escuchó con atención, y entonces oyó un tenue y chirriante ruido, casi inaudible. Provenía del rincón de la estancia donde colgaba la cuerda, y el estudiante pensó que debía producirlo el roce de la cuerda contra el suelo cuando el balanceo de la campana la hacía subir y bajar. Sin embargo, al mirar hacia allí, observó sorprendido que la rata, agarrada a la cuerda, la estaba royendo. La cuerda estaba ya casi roída por completo; se podía ver un color más claro en el punto donde las hebras internas habían quedado al descubierto. Mientras observaba, la tarea quedó completada y la cuerda cayó con un chasquido sobre el piso de roble, al tiempo que, por un instante, la gran rata permanecía colgada, como una monstruosa borla o campanilla, del cabo superior, que empezó a balancearse a uno y otro lado. Malcolmson sintió por un momento otra oleada brusca de terror al darse cuenta que la posibilidad de comunicarse con el mundo exterior y pedir auxilio había quedado cortada, pero este sentimiento fue reemplazado en seguida por una intensa cólera y, agarrando el libro que estaba leyendo, lo arrojó contra la rata. El tiro iba bien dirigido, pero antes que el proyectil pudiera alcanzarla, la rata se dejó caer y aterrizó en el suelo con un blando ruido. Malcolmson se abalanzó al instante sobre ella, pero el animal salió disparado y desapareció en las sombras de la estancia.

Malcolmson comprendió que el estudio había terminado, al menos por aquella noche, y decidió alterar la monotonía de su vida con una cacería de ratas. Retiró la pantalla de la lámpara para conseguir un mayor radio de acción de la luz. Al hacerlo, se disiparon las tinieblas de la parte superior de la estancia, y ante aquella invasión de luz, cegadora en comparación con la oscuridad anterior, los cuadros de la pared destacaron limpiamente. Desde donde estaba Malcolmson pudo ver, justo frente a él, el tercero a la derecha de la chimenea. Se frotó con sorpresa los ojos, y luego un gran miedo empezó a invadirle.

En el centro del cuadro había un espacio vacío, grande e irregular, en el que se veía el lienzo pardo tan limpio como cuando fue colocado en el bastidor. El fondo del cuadro estaba como antes, con la silla, el rincón de la chimenea y la cuerda, pero la figura del juez había desaparecido.

Malcolmson estremecido de terror, fue girando lentamente, y entonces empezó a estremecerse y a temblar como afectado por un ataque de parálisis. Sus fuerzas parecían haberle abandonado, dejándole incapaz de hacer el menor movimiento, incluso casi incapaz de pensar. Sólo podía ver y oír.

Allí, en la gran silla de roble de alto respaldo, estaba sentado el juez, con su atuendo de púrpura y armiño, los fúnebres ojos brillando vengativos, una sonrisa de triunfo en la boca, firme y cruel, mientras sostenía en sus manos un negro birrete. Malcolmson notó que la sangre huía de su corazón, como lo que se siente en los momentos de prolongada ansiedad. Le silbaban los oídos. Sin embargo, podía oír el bramar y el aullar de la tempestad y, atravesándola, deslizándose sobre ella, le llegaron las campanadas de medianoche, en grandes repiques, desde la plaza del mercado. Durante un tiempo que se le antojó interminable permaneció inmóvil como una estatua, casi sin respiración, con los ojos desorbitados, heridos de horror. A medida que iba sonando el reloj se intensificaba la sonrisa de triunfo en la cara del juez, y cuando hubo sonado la última campanada de medianoche se colocó el negro birrete en la cabeza.

Lenta, deliberadamente, el juez se levantó de su asiento y tomó el trozo de cuerda que yacía en el suelo, lo palpó con sus manos como si su contacto le produjese placer, y luego empezó a anudar uno de sus extremos. Apretó y comprobó el nudo con el pie, tirando fuertemente de él hasta quedar satisfecho, y entonces lo transformó en un nudo corredizo, que alzó en su mano. Después empezó a moverse a lo largo de la mesa, por el lado opuesto a donde se encontraba Malcolmson, con la mirada fija en él, hasta que le rebasó; entonces, con un rápido movimiento, se colocó ante la puerta. Malcolmson empezó a darse cuenta en ese momento que había caído en una trampa, e intentó pensar qué debía hacer. Había cierta fascinación en los ojos del juez que no se apartaban de él, y cuya mirada Malcolmson se veía forzado a sostener. Vio que el juez se le aproximaba (sin dejar de mantenerse entre la puerta y el joven), levantaba el lazo y lo arrojaba en su dirección, como para capturarlo. Con un gran esfuerzo hizo un rápido movimiento lateral y vio cómo la cuerda caía a su lado y la oyó golpear contra el suelo de roble. De nuevo levantó el nudo el juez y trató de cazarle, sin apartar sus fúnebres ojos de él, y el estudiante consiguió evitarlo haciendo un poderoso esfuerzo.

Esto se repitió muchas veces, sin que el juez pareciera desanimarse por sus fracasos, sino más bien gozar con ellos, como un gato con un ratón. Por fin, en la cumbre de su desesperación, Malcolmson arrojó una rápida mirada a su alrededor. La lámpara parecía reavivada y una brillante luz inundaba la estancia. En las numerosas madrigueras y en las grietas y agujeros del zócalo vio los ojos de las ratas; y esta visión, puramente física, le proporcionó un destello de bienestar. Miró y pudo darse cuenta que la cuerda de la gran campana de alarma estaba plagada de ratas. Cada centímetro estaba cubierto de ellas, cada vez salían más a través del pequeño agujero circular del techo de donde emergían, de tal modo que, bajo su peso, la campana empezaba a oscilar.

Osciló hasta que el badajo llegó a tocarla. El sonido fue muy tenue, pero apenas había comenzado su vaivén, y poco a poco iría aumentando la potencia del tañido.

Al oírlo, el juez, que había mantenido los ojos fijos en Malcolmson, los levantó, y un gesto de diabólica ira contrajo su rostro. Sus ojos relucieron como carbones encendidos y golpeó el suelo con el pie, haciendo un ruido que pareció estremecer toda la casa. El pavoroso estruendo de un trueno estalló sobre sus cabezas al mismo tiempo que el juez volvía a levantar el lazo y las ratas seguían subiendo y bajando por su cuerda, como si luchasen contra el tiempo. Pero esta vez, en lugar de arrojarlo, se fue acercando a su víctima, y fue abriendo el lazo a medida que se aproximaba. Al llegar frente al estudiante pareció irradiar algo paralizante con su sola presencia, y Malcolmson, permaneció rígido como un cadáver. Sintió sobre su garganta los helados dedos del

juez mientras éste le ajustaba el lazo. El nudo se apretó. Entonces el juez, tomando en sus brazos el rígido cuerpo del muchacho, lo levantó, colocándolo en pie sobre la silla de roble y, subido junto a él, alzó su mano y tomó el extremo de la oscilante cuerda de la campana de alarma. Al alzar la mano, las ratas huyeron, chillando, por el agujero del techo. Tomando el extremo del lazo que rodeaba el cuello de Malcolmson, lo ató a la cuerda que colgaba de la campana y entonces, descendiendo de nuevo al suelo, quitó la silla.

Al comenzar a sonar la campana de alarma de la Casa del Juez se congregó de inmediato un gran gentío. Aparecieron luces y antorchas y, silenciosamente, la multitud se encaminó presurosa hacia allí. Golpearon fuertemente la puerta, pero nadie respondió. Entonces la echaron abajo y penetraron en el gran comedor; el doctor iba a la cabeza de todos.

El cuerpo del estudiante se balanceaba del extremo de la cuerda de la gran campana de alarma; en el cuadro, el rostro del juez mostraba una sonrisa maligna.

LA SQUAW

En aquella época, Nuremberg estaba muy lejos de ser la ciudad conocida y frecuentada en que se ha convertido en nuestros días.

Esta antigua ciudad no evocaba demasiadas cosas para los viajeros de aquel entonces. Mi esposa y yo estábamos en la segunda semana de nuestro viaje de bodas; y, sin mencionarlo, comenzamos a desear la presencia de un tercero. Por ello acogimos con satisfacción la compañía de un tal Elias P. Hutcheson, de Isthmain City, Bleeding Gulch, condado de Maple Tree (Nebraska), cuando ese alegre sujeto, apenas salir de la estación de Frankfurt del Main, declaró, con marcado acento yanqui, que se proponía visitar una maldita vieja ciudad de Europa que, por lo menos, tenía los años de Matusalén, pero que un viaje así requería, necesariamente, alguna compañía. Todo hombre, explicó, aunque tenga un carácter activo y sensato, se arriesga, a fuerza de viajar siempre solo, a acabar sus días encerrado entre las cuatro paredes de un manicomio. Tanto Amelia como yo constatamos algunos días más tarde, al comparar nuestros respectivos diarios, que habíamos decidido no relacionarnos con él sino de forma circunspecta y controlada con el fin de no parecer demasiado contentos de haberlo conocido, lo cual no hubiera parecido demasiado compatible con un inicio de vida conyugal. Pero, por muy laudable que fuese, esta resolución quedó en agua de borrajas por el hecho de empezar a hablar los dos al interrumpirnos los dos al mismo tiempo y luego volver a empezar a hablar los dos al mismo tiempo. De todas maneras, no importaba cómo, ya estaba hecho, y Elias P. ya, no se apartó de nuestro lado. Y Amelia y yo sacamos de ello un buen beneficio; en vez de pelearnos, como habíamos estado haciendo, descubrimos que la influencia restrictiva de una tercera persona era tal que ahora aprovechábamos todas las oportunidades para besarnos por los rincones. Amelia afirma que, desde entonces, y como resultado de esa experiencia, aconseja a todas sus amigas que lleven a un amigo en su luna de miel. Bien, «hicimos» Nuremberg juntos; y nos lo pasamos muy bien con la sabrosa forma de hablar de nuestro nuevo amigo del otro lado del Atlántico, el cual, tanto por sus pruebas de ingenio como por los alucinantes relatos de sus aventuras pasadas, parecía salido directamente de alguna novela picaresca. Habíamos decidido, reservar como plato fuerte la visita al castillo imperial de Nuremberg, el Kaiserburg, y el día prefijado para la visita rodeamos la muralla exterior de la ciudad por su lado este.

El Kaiserburg se alza sobre una escarpada roca que domina la ciudad; inmensos fosos, muy profundos, defienden el acceso por la parte norte. Nuremberg tuvo la fortuna de no haber sido saqueada jamás; de otra manera no habría podido mostrar aquel aspecto nuevo y flamante que contemplamos entonces. Los fosos ya no servían desde hacía siglos: el fondo estaba ocupado por casas de té al aire libre y plantaciones de árboles frutales, algunos de los cuales alcanzaban un tamaño respetable. Avanzamos junto al largo muro fortificado bajo el ardiente sol de julio, deteniéndonos a menudo para admirar la vista que se abría ante nosotros, en especial la gran llanura cubierta de ciudades y pueblos y enmarcada en una línea azul de colinas, como un paisaje de Claude Lorraine. Las torres del Kaiserburg, ahora cercanas, se alzaban a nuestra derecha; y más cerca aún, la altiva, la orgullosa Torre de las Torturas que era, y quizá lo sea todavía, el lugar más interesante de la ciudad. Durante siglos se ha citado a la Virgen de Hierro de Nuremberg como el ejemplo más claro de los horrores y la crueldad en los que puede caer el hombre. Por nuestra parte, siempre habíamos deseado poder verla algún día; y hete aquí que finalmente nos hallábamos a la entrada de lo que era su hogar.

Durante uno de nuestros altos en el camino, nos asomamos por encima del muro que circundaba los fosos. Allá abajo, muy al fondo, estaban los jardines somnolientos bajo el sol, quizás a quince o veinte metros de profundidad, aplastados bajo el sofocante y opresivo calor. Más allá, unas enormes murallas grises y hoscas, de una altura impresionante, se perdían a izquierda y derecha en los ángulos del bastión y la contraescarpa. Árboles y arbustos coronaban la cumbre. Detrás se alzaban altivas mansiones a las que el tiempo había dado una belleza aún mayor.

El calor nos agobiaba; caminábamos lentamente. Sin prisa alguna, nos detuvimos allí mismo y nos volvimos a asomar por en la cima del muro. Entonces se nos ofreció un cuadro encantador: una gran gata negra estaba tendida cuan larga era al sol, mientras un gatito del mismo color correteaba alegremente a su alrededor. La madre agitaba lentamente la cola para divertir a su pequeño y lo empujaba con la pata para animarlo a jugar. Los dos animales estaban al pie del muro, a nuestro nivel, y Elias P. Hutcheson se inclinó y tomó una piedra de tamaño bastante considerable con el fin de participar en sus juegos.

-¡Miren! -nos dijo con su divertido acento yanqui-. La voy a lanzar cerca del gatito, y se van a quedar preguntando de donde habrá salido.

-¡Oh!, vaya con cuidado -le recomendó mi esposa-, podría herir al pobre gatito.

-¿Yo? Jamás lo intentaría, mi querida amiga -replicó Elias P.-. Tengo un corazón tan tierno como un cerezo de New Hampshire. ¡Por Dios!, tengo tan pocas intenciones de dañar a ese hermoso animalillo como de arrancarle la cabellera a un niño de teta. Por lo demás, no hay ningún peligro. ¡Mire, podría apostar lo que quisiera, hasta sus medias de fantasía, a que no voy a fallar! Fíjese, la voy a lanzar un poco hacia un lado, así...

Dicho esto, se inclinó hacia adelante, extendió el brazo y lanzó la piedra. Tal vez exista una fuerza de atracción que haga que un cuerpo, sea cual sea su volumen, acabe siempre por alcanzar a otro más grande que él, o quizá simplemente el muro no fuera totalmente vertical, cosa que no podíamos comprobar desde el punto en que nos hallábamos. Fuera lo que fuese, nos llegó un ruido blando, desgarrador, a través del cálido aire: la piedra acababa de dar de lleno en la cabeza del gatito y le había reventado el cráneo. La gata negra lanzó una rápida mirada en nuestra dirección; y vimos sus pupilas verdes y llameantes fijarse intensamente en Elias P. Hutcheson. Luego se volvió hacia el cuerpecillo tendido junto a ella, cuyas patitas todavía se agitaban imperceptible, presas de convulsiones, mientras un hilillo de sangre brotaba de la herida abierta. Entonces, con un sollozo ahogado, casi humano, se inclinó sobre el gatito, ahora inerte, y se puso a lamerle gimoteando la herida.

De pronto pareció darse cuenta de su muerte; y, una vez más, alzó su mirada hacia nosotros. Una mirada que nunca voy a olvidar, tal era el odio que de ella se desbordaba. Un fuego enconado ardía en el fondo de sus ojos verdes; sus dientes blancos y agudos parecían, brillar bajo la sangre que manchaba sus labios y bigotes. Y esos dientes rechinaban, mientras el animal descubría y alargaba unas enormes uñas afiladas. De pronto saltó desesperadamente hacia el muro para intentar alcanzarnos; pero no lo logró y volvió a caer sobre el pequeño cadáver. Cuando se volvió a alzar, todavía nos pareció más horrible, tan pegajoso estaba su pelo oscuro por la sangre y los sesos. Amelia se desvaneció. Fue preciso que la transportase hasta un banco próximo, bajo la sombra de un plátano, donde recobró lentamente el conocimiento. En ese momento regresé junto a Hutcheson que, inmóvil de pie, observaba la enfurecida gata.

-¡Vaya por Dios! -exclamó al ver que me acercaba-. No creo haber visto un aspecto más feroz que el de esa bestia..., excepto en cierta ocasión, en una india de la tribu de los apaches, una squaw, como las llaman allí. Recuerdo cuando la squaw apache tuvo entre sus manos a un mestizo al que llamaban Astillas, para vengarse de lo que éste le había hecho al papoose, o sea el niño de esa squaw, al que había raptado en una correría para vengarse a su vez de la forma en que los apaches habían aplicado la tortura del fuego a su madre. La india estuvo mirando lo que le hacía el mestizo a su papoose, como si no quisiera olvidar un solo detalle. Persiguió a Astillas durante más de tres años, hasta que al final los bravos de su tribu lo atraparon y se lo entregaron. Dicen que ningún hombre, blanco o indio, ha tardado tanto en morir bajo las torturas apaches... La única vez que la vi sonreír fue cuando la eliminé. Llegué a su campamento justo cuando Astillas exhalaba su último suspiro, y les aseguro que a él tampoco le supo mal morir. Era un tipo demasiado duro, y yo nunca le había mostrado ninguna amistad después de lo del crío indio, pues había sido una gran canallada, y eso que tenía todo el aspecto de un hombre blanco. Pero pagó su deuda hasta el último centavo, y más aún, con creces. ¡Lo único que pude hacer con él fue conservar un trozo de su piel, ya que lo habían despellejado totalmente, y mandar que me forraran una agenda con ella! Aquí está -dijo, palmeándose el bolsillo del chaleco.

Mientras hablaba, la gata trataba de alcanzar frenéticamente la parte alta del muro. Primero tomaba impulso y luego saltaba, llegando a veces a una altura sorprendente. Aunque siempre volvía a caer al fondo, no parecía importarle: volvía a intentarlo con creciente ardor. Hutcheson era un buen muchacho- tanto mi mujer como yo nos habíamos fijado en la amabilidad con que trataba tanto a personas como a animales, y parecía sinceramente entristecido por el estado de furor en que veía a la gata.

-Lamento mucho no poder hacer nada -dijo-. Pobre animal, parece tan desesperado... Mira, no es culpa mía, ha sido un accidente. Y todo esto no te devolverá a tu pequeño. Lo lamento, nunca hubiera deseado que sucediese tal cosa, ni siquiera por un fajo de billetes... Espero, coronel -una de sus diversiones habituales era la de atribuirnos títulos imaginarios-, que su esposa no esté demasiado irritada conmigo por este desgraciado incidente. La culpa no es mía, y no se puede llegar a imaginar hasta qué punto lo lamento.

Se aproximó a Amelia y se deshizo en excusas. Ella lo confortó, asegurándole que nunca había dudado de que se tratase de un accidente. Luego regresamos al muro para ver lo que hacía la gata. Ésta, al no ver a Hutcheson, se había quedado al acecho al borde del foso, dispuesta a abalanzarse de nuevo. En cuanto lo vio, saltó con un furor ciego que hubiera parecido risible en otras circunstancias. Ya no trataba de alcanzar la parte alta del muro; simplemente se limitaba a lanzarse hacia Hutcheson como si la violencia de su odio, prestándole alas, pudiera permitirle franquear aquella gran distancia que los separaba. Amelia, con el infalible instinto de su sexo, se dio cuenta de inmediato del peligro.

-Tenga cuidado -le dijo a Elias P. con voz inquieta-, porque es seguro que, si estuviera aquí, ese animal trataría de matarlo. La muerte brilla en sus ojos.

-Perdóneme, mi pequeña amiga -replicó Hutcheson con una carcajada-, pero no puedo impedir reírme. ¡Es demasiado divertido! ¡Yo! ¡Yo, que he cazado al oso pardo y al indio, quiere que tenga cuidado de una gata!

Cuando el animal oyó las risas interrumpió sus intentos. Fue a sentarse lentamente junto al cadáver de su pequeño, y comenzó a lamerlo como si aún estuviera vivo.

-Ahí tienen -dije- los resultados de la acción de la voluntad de un hombre fuerte. La misma gata, a pesar de su furor, ha reconocido a su dueño y se inclina ante él.

-¡Exactamente igual que una squaw! -fue el único comentario de Elias P. Hutcheson, mientras reemprendíamos nuestro camino a lo largo de los fosos.

De vez en cuando nos volvíamos para mirar por encima del muro y, cada vez, veíamos a la gata que nos seguía. A veces regresaba al lado del pequeño cadáver. Pero, como la distancia no dejaba de aumentar, lo tomó en su boca, y así nos siguió. Sin embargo, al cabo de un tiempo lo abandonó, pues la vimos seguirnos sola; evidentemente había escondido el cadáver en alguna parte. La alarma de Amelia empezó a crecer ante la persistencia de la gata, y más de una vez repitió su advertencia; pero el americano se reía siempre, divertido, hasta que finalmente, viendo que comenzaba a estar Preocupada, le dijo:

-Le aseguro, señora, que no debe asustarla esa gata. ¡Soy un hombre prevenido, puede estar segura! -Y se palmeó el bolsillo de la parte trasera de su pantalón, donde siempre llevaba una pistola-. Vaya, antes que seguir viéndola preocupada estoy dispuesto a matar de un tiro a ese animalillo, aquí mismo, y arriesgarme a que la policía se mezcle en los asuntos de un ciudadano de los Estados Unidos por llevar un arma sin permiso.

Mientras hablaba miró por encima del muro. Pero la gata, al verle, se retiró con un gruñido y se ocultó en un macizo de flores.

-Vaya por Dios -dijo Hutcheson-. Ese animal tiene más sentido común que el que poseen la mayoría de cristianos. ¡Supongo que ya no la veremos nunca más! Les apostaría cualquier cosa a que ahora va a buscar a: su cría para hacerle un hermoso entierro.

Amelia no dijo nada más, por miedo a que en un erróneo acto de amistad hacia ella cumpliera su amenaza de matar a la gata; así que proseguimos nuestro camino y cruzamos el pequeño puente de madera que llevaba a la puerta en la que se iniciaba la empinada senda: enlosada entre el Kaiserburg y la pentagonal Torre de las Torturas. Mientras cruzábamos el puente vimos de nuevo a la gata debajo de nosotros. Cuando nos vio, su furia pareció ganarla de nuevo, e hizo frenéticos esfuerzos por escalar la pared vertical. Hutcheson se rio al verla y le dijo:

-Adiós, vieja amiga. Lamento haber herido tus sentimientos, pero ya se te pasará el enfado. ¡Hasta otra!

Y atravesamos la alta y oscura arcada y llegamos a la puerta del Kaiserburg.

Cuando salimos de nuevo, tras nuestra exploración de aquel hermoso lugar antiguo, que ni siquiera los bienintencionados esfuerzos de los restauradores góticos de hace cuarenta años habían logrado estropear (pese a que esta restauración era de un blanco brillante), parecíamos haber olvidado por completo el poco placentero episodio de la mañana. El viejo tilo con gran

tronco retorcido por el paso de casi nueve siglos, profundo pozo excavado en el corazón de la roca p aquellos cautivos de la antigüedad y la hermosa vista desde las murallas de la ciudad en las que oímos, durante casi un cuarto de hora, el sonido de los múltiples carillones... todo había contribuido a borrar de nuestras mentes el incidente del gatito muerto.

Éramos los únicos visitantes que habían entrado aquella mañana en la Torre de las Torturas, al menos eso es lo que nos dijo el viejo guardián, así que teníamos el lugar para nosotros solos, y pudimos llevar a cabo una visita mucho más detallada y satisfactoria de lo que habría sido posible en otras circunstancias. El guardián, viendo en nosotros la única fuente de ingresos de aquel día, se mostró dispuesto a cumplir todos nuestros deseos. La Torre de las Torturas es ciertamente un lugar opresivo, incluso ahora, cuando muchos millares de visitantes le han dado una cierta chispa de vida y la alegría que ella comporta. Pero en aquel tiempo al que yo me refiero aún mantenía su aspecto más primitivo y terrible. El polvo de los siglos parecía estar en todas partes, y la oscuridad y el horror de sus recuerdos parecían haberse hecho sensibles de una forma que hubiera satisfecho a las almas panteístas de Filo o Espinoza. La cámara inferior, por la que entramos, estaba al parecer normalmente en tinieblas, y hasta la cálida luz diurna que entraba a chorros por la puerta parecía perderse en el grosor de las paredes, y solo mostraba los burdos ladrillos tal y como los había dejado el constructor, pero cubiertos de polvo y teñidos aquí y allá por manchas oscuras que, si las paredes pudieran hablar, habrían contado terribles recuerdos de miedo y sufrimiento.

Por todo ello, nos sentimos satisfechos al subir por la polvorienta escalera de madera, dejando el guardián abierta la puerta exterior para que nos iluminase algo el camino, pues, para nuestros ojos, la única y maloliente vela colocada en un candelabro clavado a la pared no daba bastante luz. Cuando salimos por la trampilla de un rincón de la cámara superior, Amelia se apretó tan fuertemente contra mí que pude notar cómo palpitaba su corazón.

Por mi parte debo decir que no me sorprendió su temor, Pues esa sala aún era más terrible que la que acabábamos de abandonar. Ciertamente, aquí había más luz, pero esto sólo contribuía a que pudiésemos contemplar mejor los horribles detalles del lugar. Evidentemente, los constructores de la torre habían pensado que sólo los que llegasen a la cima debían beneficiarse de la luz y de la visión, pues en todo el resto de la torre solo había algunas estrechas troneras como las de las construcciones militares medievales.

Unas pocas de éstas iluminaban la cámara, y estaban colocadas a tanta altura que desde ningún lugar podía verse el cielo a causa del grosor de las paredes. Desordenadamente, en unos armeros a lo largo de los muros, se veían espadas de decapitar, grandes armas de larga empuñadura, ancha hoja y afilados bordes. Junto a ellas, varios tajos en los que habían descansado las cabezas de las víctimas, en los que se veían los profundos cortes hechos por el acero que había cercenado las carnes, clavándose en la madera. Por toda la cámara, dispuestos al azar, se veían muchos aparatos de tortura que hacían estremecer el corazón: sillas llenas de clavos que daban idea de un terrible dolor; sillas y camastros tachonados de puntas romas cuya tortura parecía menor, pero que, aunque más lenta, era igualmente eficaz; potros, cinturones, guantes, collares, todos ellos dispuestos para comprimir a voluntad; caperuzas de acero en las que las cabezas podían ser machacadas lentamente; garfios de largos mangos y afiladas puntas muy utilizados por la antigua policía de Nuremberg; y muchos, muchos otros artefactos creados por el hombre para hacer daño a sus semejantes.

Amelia se puso muy pálida ante lo horrible de todas aquellas cosas, pero afortunadamente no se desmayó, aunque se sintió algo mareada y se sentó en una de las sillas de tortura, poniéndose inmediatamente en pie de un salto, con un grito, desaparecido su comienzo de mareo. Ambos hicimos ver como si hubieran sido las herrumbrosas púas lo que la habían asustado, y el señor Hutcheson aceptó nuestra explicación con una risita amable.

Pero el objeto principal de aquella cámara de los horrores era el artilugio conocido como la Virgen de Hierro, colocado en el centro de la habitación. Tenía la forma aproximada de una mujer de amplias formas. Uno apenas hubiera reconocido en ella la figura humana si no se hubiera preocupado el herrero de dar a su rostro una forma más cuidada. El artefacto estaba cubierto por una capa de óxido y polvo; había una cuerda atada a una anilla en la parte delantera, más o menos donde debiera de haber tenido la cintura, cuerda que pasaba por una polea clavada a la viga de madera que sostenía el techo. Tirando de la cuerda, el guardián nos mostró que la parte frontal se movía sobre unas bisagras como si fuera una puerta; entonces vimos que el artilugio tenía unas paredes de considerable grosor, que apenas dejaban lugar en su interior para que en él fuera introducido un cuerpo humano. La puerta era de grosor similar y gran peso, pues fue necesario todo el esfuerzo del guardián, ayudado por la polea, para abrirla.

Este peso era debido en parte al hecho de que evidentemente se había diseñado la puerta de forma que colgase de tal modo que su propio peso la hiciera cerrarse en cuanto se soltase la cuerda. El interior estaba manchado por el óxido, pero no solo por eso, pues el óxido producido por el tiempo no hubiera podido morder tan profundamente las paredes de hierro, y las señales interiores eran verdaderamente profundas. Tan sólo cuando nos acercamos a mirar detenidamente el interior de la puerta fue cuando nos dimos cuenta de su diabólica misión. Había allí varias largas púas, cuadradas y gruesas, de amplia base y afilado extremo, colocadas de tal forma que cuando se cerrase la puerta las superiores atravesasen los ojos de la víctima y las inferiores su corazón y otras partes vitales. La visión fue demasiado para la pobre Amelia y esta vez cayó desmayada, y tuve que bajarla por la escalera de madera y llevarla hasta un banco del exterior, donde se recuperó. La impresión que sintió fue tan grande que mi primogénito tiene un antojo en el pecho que, según toda mi familia, representa a la Virgen de Nuremberg.

Cuando regresamos a la cámara nos encontramos a Hutcheson frente a la virgen de hierro. Evidentemente, había estado reflexionando, y ahora nos transmitió el fruto de sus meditaciones en forma de exordio:

-Bueno, creo que he estado aprendiendo algo mientras la señora se recuperaba de su desmayo. Me parece que estamos muy atrasados en nuestro lado del gran charco. Allá en las llanuras solíamos pensar que los indios nos daban lecciones en lo referente a cómo hacer que un hombre se sintiera mal, pero me parece que sus defensores de la ley y el orden medievales los superaban absolutamente. Los apaches saben hacer muy bien las cosas, pero esta jovencita de aquí les tenía ganada la mano. Las puntas de estas púas aún siguen estando bien afiladas, aunque los bordes estén embotados por lo mucho en lo que se clavaron. Sería una buena cosa que la Oficina de Asuntos Indios se hiciese con unos cuantos ejemplares de este juguetito para llevarlos a las, reservas: esto iba a meter en cintura a los bravos, y también a sus squaws, mostrándoles cómo la vieja civilización todavía tiene mucho que enseñarles. ¡Francamente, me gustaría entrar un momento en esa caja para ver lo que se siente!

-¡Oh, no, no! -dijo Amelia-. ¡Es demasiado terrible!

-Mi pequeña amiga, no hay nada demasiado terrible para una mente inquisitiva. Me he metido muchas veces en buenos líos. Pasé toda una noche en el interior del cadáver de un caballo mientras ardía toda la pradera del territorio de Montana... y en otra ocasión dormí en el interior de un búfalo muerto cuando los comanches estaban en el sendero de la guerra y no me quedaba otro remedio si es que no quería hacer compañía al animal. he pasado dos días en un túnel derrumbado en la mina de oro de Billy Broncho en Nuevo Méjico, y fui uno de los cuatro que permaneció encerrado durante las tres cuartas partes de un día en la campana estanca que rompió las amarras cuando estábamos excavando los cimientos del puente de Buffalo. No me he dejado perder ni una sola sensación extraña hasta ahora, y no pienso perderme ésta.

Vimos que nada podría disuadirle, así que le dije:

-Bueno, entonces apresúrese, amigo, y acabemos de una vez.

-De acuerdo, mi general -me contestó-. Pero aún falta una cosa. Mis predecesores, los caballeros que se encontraron anteriormente en esta lata de sardinas, no lo hicieron voluntariamente... ¡seguro que no! Imagino que los debían de traer bien atados antes de dejar caer el telón. Deseo hacer bien las cosas, así que primero necesito que me aten a conciencia. Me imagino que este buen hombre podrá encontrar un poco de cuerda para ello, ¿no, jefe?

Esto último se lo preguntó al viejo guardián, pero éste, que comprendía a grosso modo nuestra conversación, aunque quizá no entendiese todas las palabras, negó con la cabeza. Sin embargo, su negativa era un puro formulismo que únicamente buscaba una mayor propina. El americano le colocó una moneda de oro en la mano y le dijo:

-Tenga, compañero, para que beba un trago. Y no tenga miedo: desde luego no tengo ninguna intención de acabar aquí mis días.

Entonces el guardián buscó un trozo de cuerda, delgada y desgastada, y procedió a atar a nuestro amigo, dispuesto a cumplir con sus deseos. Cuando la parte superior de su cuerpo estuvo atada, Hutcheson le dijo:

-¡Un momento, señor juez! Evidentemente peso demasiado para que pueda meterme en vilo en la lata de sardinas. Déjeme meter, y entonces podrá acabar de atarme las piernas.

Mientras así hablaba se había introducido por la abertura, que apenas si era lo bastante grande como para dejarle paso: el lugar era mínimo para un hombre de su corpulencia. Amelia lo contemplaba con temor en sus ojos, pero evidentemente sin deseos de intervenir. Entonces el guardián completó su tarea atando los pies del americano de forma que quedase por completo inerte y obligado a permanecer en su voluntaria prisión. Parecía estar disfrutando del momento, y la sonrisa habitual en su rostro se hizo más grande cuando dijo:

-¡Vaya, esta Eva debió ser hecha de la costilla de un enano! No hay en ella sitio para un ciudadano adulto de los Estados Unidos. En el territorio de Idaho acostumbramos a hacer los ataúdes más grandes. Ahora, señor juez, puede comenzar a dejar caer, muy lentamente, la puerta sobre mí. Quiero sentir el mismo placer que los otros muchachos cuando las púas empezaban a moverse hacia sus ojos.

-¡Oh, no, no, no! -estalló histéricamente Amelia-. ¡Es demasiado terrible! ¡No deseo verlo! ¡No puedo! ¡No puedo!

Pero el americano era testarudo:

-Oiga, coronel -me dijo-. ¿Por qué no se lleva a la señora a dar un paseo? Por nada del mundo querría herir sus sentimientos, pero ahora que estoy aquí, tras atravesar doce mil kilómetros, me costaría mucho dejar de sentir la sensación que ando buscando. ¡No todos los días tiene un hombre la oportunidad de ser enlatado! Yo y el juez arreglaremos este asunto en un momento, y cuando vuelvan todos nos reiremos de ello.

Una vez más triunfó la resolución nacida de la curiosidad, y Amelia se quedó allí, aferrada a mi brazo y estremeciéndose mientras el guardián comenzaba a soltar, centímetro a centímetro, la cuerda que sujetaba la puerta de hierro. El rostro de Hutcheson estaba radiante mientras sus ojos seguían el movimiento de las púas.

-¡Bueno! -dijo-. Creo no haberme sentido tan dichoso desde que salí de Nueva York. Excepto una pelea que tuve en Wapping con un marino francés, y eso que tampoco fue gran cosa, no ha habido nada que me complaciera realmente en este podrido continente, en el que no hay ni osos ni indios y en el que los hombres van desarmados. ¡Atento ahora, señor juez! ¡No se dé prisa! ¡Deseo un buen trabajo por mi dinero!

El guardián debía de tener en sus venas algo de la sangre de sus predecesores en aquella siniestra torre, pues maniobró la puerta con tal deliberada lentitud que, al cabo de cinco minutos, en los que la puerta apenas si se había movido, Amelia comenzó a perder el control de sus nervios. Vi cómo sus labios perdían el color, y noté que su presión sobre mi brazo disminuía. Miré a mi alrededor para buscar un lugar donde depositarla, y cuando la contemplé de nuevo vi que su mirada estaba clavada en un lugar al lado de la virgen. La seguí, y vi a la gata negra acurrucada en un rincón. Sus ojos verdes brillaban como luces de peligro en la penumbra del lugar, y su color se veía resaltado por la sangre que aún manchaba su piel y enrojecía su boca. No pude evitar el gritar:

-¡La gata! ¡Cuidado con la gata!

Pero ya había saltado frente al artefacto. En aquel momento parecía un demonio triunfante. Sus ojos brillaban feroces, su pelo se erizó hasta que pareció doblar su tamaño, y su cola azotaba el aire como la de un tigre cuando tiene su presa ante él. En cuanto la vio, Elías P. Hutcheson sonrió divertido, y sus ojos chisporrotearon al decir:

-¡Vaya, la squaw se ha puesto sus pinturas de guerra! Denle una patada si intenta buscarme las cosquillas, pues el jefe me ha atado tan bien que no podría evitar que me sacase los ojos si lo intentase. ¡Cuidado, señor juez! ¡No suelte esa cuerda o estoy frito!

En aquel momento Amelia se desmayó al fin, y tuve que aferrarla por la cintura para que no se desplomase, al suelo. Mientras me ocupaba de ella, vi cómo la gata negra se acurrucaba para saltar, y me volví para apartarla.

Pero en aquel instante, con un maullido infernal, se lanzó, no contra Hutcheson como esperábamos, sino directamente a la cara del guardián. Sus garras parecieron rasgar salvajemente su rostro, como se ve en los dibujos chinos de los dragones rampantes. Y, mientras miraba, vi cómo una de sus patas caía sobre el ojo del pobre hombre y le rasgaba toda la mejilla, dejándole una profunda herida sangrante.

Con un aullido de puro terror, sentido antes que el dolor, el hombre saltó hacia atrás, soltando al mismo tiempo la cuerda que sostenía la puerta de hierro. Yo salté a por ella, pero ya era tarde, pues la cuerda voló como un rayo por la polea y la pesada masa cayó por su propio peso.

Mientras se cerraba la puerta entreví el rostro de nuestro pobre compañero. Parecía paralizado por el terror. Sus ojos se abrieron con terrible angustia, anonadados, y ningún sonido salió de sus labios.

Y las púas hicieron su trabajo. Por fortuna, el final fue rápido, pues cuando abrí la puerta de un tirón ya se habían clavado tan profundamente que su cráneo machacado quedó clavado en ellas, y con mi tirón lo arranqué de su prisión, por lo que, atado como estaba, cayó al suelo hacia adelante con un repugnante sonido blando, volviendo lo que antes había sido su cara hacia mí al derrumbarse. Corrí hacia mi esposa, la alcé y me la llevé fuera, pues temía por su razón si, al recobrase del desmayo, veía aquella escena. La dejé sobre el banco del exterior y corrí de nuevo dentro. Apoyado contra una columna de madera estaba el guardián, sollozando de dolor mientras se cubría los ojos con un pañuelo ensangrentado. Y sentada sobre la cabeza del pobre americano estaba la gata, ronroneando fuertemente mientras lamía la sangre que brotaba de las reventadas pupilas.

Creo que nadie me podrá acusar de crueldad si confieso que tomé una de las antiguas espadas de ejecución y partí en dos a la gata, que ni se movió.

LA PROFECÍA GITANA

Creo que lo mejor -dijo el doctor- es que uno de nosotros vaya a comprobar si se trata o no de un engaño.

-De acuerdo contestó -Considine-. Cuando acabemos de cenar, nos fumamos un puro y nos acercamos al campamento.

Y así, después de cenar, y tras haber terminado el Latour, Joshua Considine y su amigo el doctor Burleigh se encaminaron hacia el lado este del páramo, donde se levantaba el campamento gitano. Según salían, Mary Considine, que se había acercado hasta el final del jardín, justo donde empezaba el camino, llamó a su marido:

-Joshua, por favor, recuerda que vas a darles una oportunidad, no la fórmula para hacerse ricos. No tontees con ninguna mujer gitana ni dejes que Gerald haga ninguna tontería.

Considine alzó la mano como única respuesta, como si estuviera haciendo un juramento, y se puso a silbar la vieja canción “La Condesa Gitana”. Gerald se le unió en la melodía y, entre risas, saludaron una y otra vez con la mano a Mary, que estaba apoyada en la verja contemplando cómo se alejaban a la luz del atardecer.

Era una hermosa noche de verano. Todo estaba en completa calma y se respiraba una felicidad serena, como si aquella alegría y aquel sosiego hubieran hecho del hogar de la joven pareja un paraíso. La vida de Considine había sido bastante normal. El único acontecimiento digno de mención, del que él tuviera conciencia, había sido su relación con Mary Winston y la continua oposición de sus ambiciosos padres, que esperaban un buen partido para su única hija.

Cuando el señor y la señora Winston descubrieron el amor que su hija sentía por aquel joven abogado, intentaron mantener separada a la joven pareja. Enviaron a su hija fuera a hacer un sinfín de visitas y le hicieron prometer que no escribiría a su enamorado durante su ausencia. Pero Amor pasó la prueba. Ni la lejanía ni la falta de noticias parecieron enfriar la pasión del joven, quien no conocía los celos. Así, y tras una larga espera, los padres cedieron y los jóvenes se casaron.

Vivieron unos meses en la casa de campo y empezaron a sentirse cómodos. Una semana antes, había ido a pasar unos días con ellos Gerald Burleigh, un viejo compañero de Joshua y víctima en el pasado de la belleza de Mary. Se quedaría allí hasta que se lo permitiera su trabajo en Londres.

Cuando ya casi no veía a lo lejos a su marido, Mary entró en la casa, se sentó al piano y tocó durante una hora a Mendelssohn.

No era más que un corto paseo por los alrededores. Antes de que se les acabaran los puros, los dos hombres habían llegado ya al campamento gitano. El lugar era tan pintoresco como suele serlo este tipo de sitios (cuando acampan en los pueblos y el negocio se da bien). Había algunas personas alrededor del fuego jugando, y otras muchas, bien porque fueran más pobres o más tacañas, se mantenían apartadas a un lado, pero lo suficientemente cerca como para ver lo que sucedía.

A medida que los dos caballeros se iban acercando, los gitanos, que conocían a Joshua, se apartaban. De entre ellos salió una hermosa y dulce muchacha y les preguntó si querían que les dijese la buenaventura. Joshua acercó hacia ella su mano, pero la chica, como si no se hubiera dado cuenta del gesto, le miró a la cara de una forma muy extraña. Gerald le dio un codazo.

-Tiene que darle una moneda de plata. Forma parte del misterio.

Joshua sacó del bolsillo media corona y se la alargó, pero, sin atender a lo que ocurría, la joven respondió:

-Tiene que darme una moneda de oro.

Gerald se echó a reír:

-Vales mucho -añadió.

Joshua era de ese tipo de hombres que son capaces de mantener la mirada de una joven. Por eso, tras dudarlo un instante, contestó:

-De acuerdo. Toma, cariño, pero no olvides que tienes que decirme algo bueno –y le dio medio soberano.

Ella lo cogió y dijo:

-No soy yo quien va a darte buena o mala suerte, sólo leo lo que dicen las estrellas.

Le cogió la mano derecha y volvió la palma hacia arriba. Nada más verla, la soltó, como si estuviera ardiendo, y asustada, se marchó corriendo. Alzó la cortina de una tienda enorme que estaba situada en el centro del campamento y desapareció.

-Te han vuelto a engañar -dijo con cierto cinismo Gerald.

Joshua estaba un poco asombrado y no del todo satisfecho. Los dos hombres miraron hacia la tienda. De ella no salió la muchacha, sino una mujer de mediana edad, de porte elegante y cuya sola presencia imponía respeto.

El silencio pareció invadir todo el campamento. Durante unos segundos cesó el alboroto, las risas y el ruido. Los hombres y las mujeres, ya estuvieran sentados, agachados en cuclillas o recostados, se pusieron de pie y miraron a la señorial gitana.

-La Reina -susurró Gerald-. Es nuestra noche de suerte.

La Reina miró con sus ojos penetrantes todo el campamento y, sin dudarlo, se acercó a Joshua y se detuvo ante él.

-Enséñeme la mano -dijo en tono imperativo.

Gerald susurró otra vez:

-Nadie me hablaba así desde que estuve en el colegio.

-Ponga una moneda de oro en su mano.

-Ése es el misterio del juego -susurró Gerald, mientras Joshua volvía a poner otro soberano en la palma de su mano.

La gitana miró la mano y frunció el ceño. Le miró a la cara y dijo:

-¿Tiene un corazón lo bastante grande, una voluntad lo bastante fuerte como para luchar por la persona que ama?

-Eso espero. Me temo que no tengo la vanidad suficiente como para responder con un rotundo sí.

-Entonces, yo contestaré por usted. Veo la valentía en su rostro, cierto valor que no se detendría ante nada. ¿Tiene usted mujer, la ama?

-Sí -respondió categóricamente.

-Debe dejarla enseguida, no debe volver a verla nunca más. Apártese de ella, ahora que todavía siente amor y que su corazón está exento de maldad. Ha de darse prisa, huya lejos y no vuelva a verla.

Joshua retiró la mano y le dio las gracias en un tono duro, pero sarcástico.

-Ya te lo advertí -dijo Gerald-. Sabía que no te iba a gustar. Pero no tiene ningún sentido enfadarse con las estrellas ni con sus profetas. No tires tu dinero. Al menos, escucha lo que dice.

-¡Cállese, blasfemo! -le ordenó la Reina-. No sabe ni lo que dice. Deje que se vaya, que se vaya sin escucharme, si no quiere hacerme caso.

Joshua se volvió:

-Sea lo que sea -dijo-, prefiero que me lo diga. Señora, usted me ha dado un consejo y yo le he pagado para que me leyera la buenaventura.

-¡Tenga cuidado! -dijo la gitana-. Las estrellas han estado calladas durante mucho tiempo. No haga que desvelen el misterio ahora.

-Señora, no todos los días se encuentra uno con un misterio y, ya que le he pagado, prefiero saberlo todo. Cuando me propongo algo, no paro hasta conseguirlo.

Gerald repitió el mismo pensamiento:

-No tenemos nada que perder.

La Reina gitana les lanzó una mirada severa y, a continuación, dijo:

-Como quieran. Ustedes deciden. No han querido hacer caso de mi advertencia. ¡Que sobre sus cabezas se cierna la maldición!

-¡Amén! -respondió Gerald.

La Reina agarró de nuevo la mano de Joshua y comenzó a decirle la buenaventura.

-Veo sangre, la sangre va a correr dentro de poco. La veo correr. Fluye entre un anillo partido en dos.

-¡Vámonos! -dijo Joshua con una sonrisa. Gerald permanecía en silencio.

-¿Quieren que sea más explícita?

-Por supuesto. A los mortales nos gustan las cosas claras. Las estrellas están muy lejos y sus palabras no nos dicen demasiado.

La gitana se estremeció y habló en un tono sobrecogedor:

-¡Es la mano de un asesino, del asesino de su mujer!

Soltó la mano y se volvió de espaldas.

Joshua se rio.

-¿Sabe? -le dijo-. Creo que, si yo fuera usted, sería más convincente.

Por ejemplo, usted ha dicho: “Es la mano de un asesino.” Bien, lo que pueda ocurrir en el futuro no tiene demasiado sentido ahora, en el presente. Usted debería decir la buenaventura en términos como “ésta será la mano de un asesino”, mejor dicho, “la mano de alguien que asesinará a su mujer”. Veo que a las estrellas no se les da muy bien esto de las cuestiones técnicas.

La gitana no dijo ni una sola palabra, pero, desanimada y mirando hacia el suelo, se dirigió hacia la tienda. Levantó la cortina y desapareció.

Los dos hombres se encaminaron de vuelta a casa en silencio y atravesaron el páramo. Tras dudarlos unos instantes, Gerald rompió el silencio.

-No es más que una broma, una broma de mal gusto, pero no deja de ser una broma. ¿No sería bueno no contarlo?

-¿Qué quieres decir?

-No se lo cuentes a tu mujer. Podría asustarse.

-¿Asustarse? Querido Gerald, ¿qué quieres decirme con eso? Mary no se asustaría ni tendría miedo de mí ni, aunque todos los gitanos del mundo, que nunca son de Bohemia, le dijeran que yo voy a asesinarla o que quiero lo peor para ella.

Ante aquellas palabras, Gerald protestó:

-Querido amigo, las mujeres son mucho más supersticiosas que nosotros, los hombres. Además, tienen un sistema nervioso diferente al nuestro. Lo veo todos los días en mi trabajo. Hazme caso, no se lo digas. Vas a asustarla.

Mientras le respondía, Joshua endureció sin darse cuenta la expresión de su rostro:

-Mi querido amigo, nunca tendría secretos con mi mujer. De ser así, todo cambiaría entre nosotros. No nos tenemos secretos. Pero si algún día ocurre, puedes empezar a pensar que hay algo raro.

-Bueno -dijo Gerald-. Para impedir que pase nada desagradable, te vuelvo a pedir que me hagas caso.

-Eso mismo dijo la gitana -añadió Joshua-. Parece que os habéis puesto de acuerdo. Dime, ¿lo teníais preparado? Porque fuiste tú quien me habló del campamento gitano. ¿Lo arreglaste todo con Su Majestad?

Lo dijo en un tono burlón. Gerald le aseguró que había oído hablar por primera vez del campamento aquella mañana y se rio de las preguntas que le había hecho su amigo. Entre broma y broma llegaron de vuelta a la casa.

Mary estaba sentada junto al piano, pero no tocaba. El anochecer la había llenado de melancolía y las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Al entrar los dos hombres, se acercó a su marido y le besó. Joshua estaba serio.

-Mary -le dijo en un tono seco-, antes de acercarte, escucha las palabras del Destino. Las estrellas han hablado y se avecina la tragedia.

-¿Qué dices, cariño? Cuéntame lo que han dicho las estrellas, pero no me asustes.

-No quiero asustarte, mi amor, pero hay algo que debes saber. Mejor dicho, debes saberlo para que todo salga bien.

-Cuéntamelo todo, cariño. Te escucho.

-Mary Considine, tu figura bien podría estar en el Museo Madame Tussaud. Las imprudentes estrellas han traído un hado funesto: esta mano está manchada de sangre de tu sangre. ¡Mary, Dios mío!

Corrió hacia ella, pero fue demasiado tarde. Su mujer cayó al suelo desmayada.

-Te lo advertí -dijo Gerald-. Las conozco mejor que tú.

Tras unos instantes Mary recobró la conciencia, pero le dio un ataque de nervios. Se reía, lloraba, deliraba y gritaba:

-Apártate de mí, Joshua.

Éstas y otras palabras de súplica y miedo salían de su boca.

A Joshua Considine le invadió la angustia. Cuando Mary se tranquilizó, se arrodilló a su lado y le besó los pies, las manos, el cabello; le dijo palabras tiernas y la llamó con los nombres más dulces que conocía. Se pasó toda la noche sentado junto a ella, con sus manos entre las suyas. Cuando estaba a punto de amanecer, la joven se despertó y gritó como si tuviera miedo, pero se calmó al ver que su marido estaba a su lado.

Desayunaron tarde y, mientras, Joshua recibió un telegrama. Le reclamaban en Withering, a unas veinte millas de allí. No le apetecía ir, pero seguro que Mary no querría que se quedase. Así que salió solo antes del mediodía en su coche de caballos.

Cuando se hubo marchado, Mary se retiró a su habitación. No bajó a comer, pero sí salió a reunirse con su invitado a tomar el té en el jardín debajo del sauce llorón. Apenas se percibía en ella rastro alguno de la enfermedad de la noche anterior. Después de charlar de forma desenfadada durante un rato, la joven le dijo a Gerald:

-Anoche me comporté como una estúpida, pero no pude evitar asustarme. Incluso ahora, me quedo helada sólo de pensarlo. Pero, al fin y al cabo, puede que sólo sean imaginaciones de esa gente. Sin embargo, sé qué hacer para descubrir si era mentira, si es que lo era realmente -apuntilló con cierto tono de tristeza en la voz.

-¿En qué estás pensando? -le preguntó Gerald.

-Voy a ir al campamento gitano para que la Reina me diga la buenaventura.

-¡Estupendo! ¿Puedo ir contigo?

-¡No, no saldría bien! Podría reconocerte, nos relacionaría e intentaría no contradecirse. Iré yo sola esta noche.

Cuando se hizo de noche, Mary Considine se encaminó hacia el campamento gitano. Gerald la acompañó hasta el límite del campamento y volvió solo.

Apenas había transcurrido media hora cuando Mary entró en el salón. Allí estaba Gerald sentado en un sofá leyendo. Estaba terriblemente pálida y nerviosa.

Nada más traspasar la puerta, se dejó caer en el suelo y comenzó a llorar sobre la alfombra. Gerald corrió a ayudarla. No sin gran esfuerzo, la joven consiguió calmarse y le indicó con la mano que no dijera nada. Él la obedeció, y fue el mejor remedio porque, en unos minutos, estaba recuperada y pudo contarle lo que había ocurrido.

-Cuando llegué al campamento, parecía como si no hubiera ni un alma. Me coloqué en el centro y me quedé allí quieta. De repente, apareció a mi lado una mujer alta.

-Algo me dice que quiere verme -me dijo-. Extendí la mano y puse una moneda de plata en ella. La mujer se quitó del cuello una fina cadena de oro y me la puso también en la mano. Entonces, cogió la moneda y la cadena y las lanzó al riachuelo que pasa por allí. Sujetó mis manos entre las suyas y me dijo:

-Sólo veo sangre -y se volvió para irse. La agarré y le pedí que me contara algo más. Dudó unos instantes, pero, al final, se decidió a continuar.

-Te veo tendida a los pies de tu marido. Sus manos están llenas de sangre.

Gerald se sentía incómodo y trató de tomárselo a risa.

-Claro -dijo-. Lo que pasa es que a esa mujer le vuelve loca la sangre.

-No te burles -le respondió Mary-. No lo soporto. -Y, movida por un impulso repentino, se fue de la habitación.

Poco después, regresó Joshua, alegre, animado y tan hambriento como un cazador tras un largo día de caza. Su mujer, que ahora parecía mucho más animada, se puso muy contenta al verlo, pero no le contó nada de su visita al campamento gitano, y Gerald tampoco dijo la más mínima palabra sobre aquello. Como si se tratara de un acuerdo tácito, no mencionaron el tema durante toda la velada. Pero Gerald no pudo dejar de observar algo extraño en la mirada de Mary.

A la mañana siguiente, Joshua bajó a desayunar más tarde de lo habitual. Mary ya llevaba despierta y dando vueltas por la casa desde hacía casi una hora, pero, a medida que iba pasando el tiempo, parecía cada vez más nerviosa y su mirada volvía a reflejar de nuevo cierta angustia. Gerald se dio cuenta de que nadie podía con el desayuno. Las chuletas estaban duras y los cuchillos no cortaban. Él no era más que un invitado y, por supuesto, no dijo nada, pero pudo ver a Joshua pasando el dedo pulgar por la hoja del cuchillo en actitud medio ausente. Al verlo, Mary se puso pálida y casi perdió el conocimiento.

Después de desayunar, salieron al jardín. Mary se puso a coger flores para hacer un ramo, y le dijo a su marido:

-Corta unas cuantas rosas de té, cariño.

Joshua cogió algunas de las que había a la entrada de la casa. Dobló los tallos, pero eran demasiado fuertes para partirlos. Se metió la mano en el bolsillo y buscó su navaja. No la tenía.

-Gerald, déjame tu navaja.

Como Gerald tampoco tenía, Joshua fue a la sala donde habían desayunado y cogió un cuchillo de encima de la mesa. Salió al jardín. Iba pasando el dedo por la hoja y refunfuñando:

-¿Qué les ha pasado a los cuchillos? Parece como si hubieran cortado con ellos tierra.

Mary se dio la vuelta y entró en casa. Joshua intentó cortar los tallos con el cuchillo desafilado, como cuando los cocineros cortan el cuello a los pollos o los colegiales cortan una cuerda. No le costó mucho y, como vio que había muchas rosas, decidió hacer un ramo grande.

En el aparador donde se guardaban los cubiertos no había ni un solo cuchillo afilado. Llamó a Mary y le contó lo que pasaba. Ella estaba tan nerviosa y triste que Joshua se dio cuenta y, asombrado y dolido, le preguntó:

-¿Has hecho tú esto?

Ella le interrumpió:

-¡Joshua, tenía miedo!

Él permaneció en silencio unos instantes. Su rostro se le fue poniendo cada vez más pálido y rígido:

-¡Mary! -le dijo-, ¿es esto todo lo que confías en mí? Jamás habría pensado nada igual de ti.

-¡Joshua, Joshua! -gritó suplicándole-. ¡Perdóname! Y comenzó a llorar con amargura.

Joshua se quedó pensativo y añadió:

-Ya sé lo que está pasando. O terminamos con esta historia o nos vamos a volver todos locos.

Entró corriendo en el salón.

-¿Adónde vas? -le gritó Mary.

Gerald comprendió lo que quería decir su amigo: no se iba a conformar con unos cuchillos que no cortaban sólo porque lo dijera una superstición. Así, no se sorprendió cuando le vio a través de la contraventana con un enorme cuchillo gurja, que solía estar en la mesa de centro y que su hermano le había traído del norte de la India. Era uno de esos grandes cuchillos de caza que se utilizaban durante los motines contra los enemigos de los leales gurjas. Pesaban bastante, pero se manejaban con facilidad y parecían más ligeros de lo que realmente eran. La hoja cortaba como una cuchilla. Un gurja era capaz de partir una oveja en dos con uno de ellos.

Cuando Mary lo vio salir de la habitación con el arma en la mano, dio un grito de terror y volvió a sufrir un nuevo ataque de nervios.

Joshua corrió hacia ella y, al verla desvanecerse, arrojó a un lado el cuchillo e intentó cogerla.

Pero le faltó un segundo, sólo uno. Los dos hombres gritaron a la vez cuando la vieron desplomarse sobre la hoja desnuda.

Cuando Gerald se abalanzó sobre ella, vio que, en la caída, la mano de la joven se había golpeado contra la hoja del cuchillo, que permanecía con la parte afilada hacia arriba sobre la hierba. El corte le había seccionado algunas pequeñas venas y la sangre brotaba de la herida. Mientras le taponeaba el corte, le dijo a Joshua que el cuchillo había cortado también la alianza.

La joven había perdido el conocimiento, y la llevaron dentro de casa. Poco después, volvió en sí. Llevaba el brazo en cabestrillo, pero se sentía tranquila y feliz. Le dijo a su marido:

-La gitana estuvo muy cerca de la verdad, demasiado cerca para que se cumpliera, cariño.

Joshua se inclinó sobre ella y le besó la mano herida.

EL REGRESO DE ABEL BEHENNA

El pequeño puerto de Cornualles, en Pentcastle, relucía en los primeros días de abril a la luz de un sol que parecía haber llegado para quedarse tras un duro y largo invierno. El peñón se erguía desafiante sobre un fondo azul añil, donde el cielo, cubierto de niebla, se juntaba con el horizonte. El mar tenía el auténtico tono Cornualles, todo él de color zafiro, salvo en esas zonas impenetrables bajo los acantilados donde se volvía de color verde esmeralda oscuro y donde las cuevas abrían sus amenazadoras mandíbulas. En las laderas del peñón la hierba estaba seca y era de color pajizo. Los arbustos de aliaga exhibían un tono cenizo, pero el dorado de sus flores se esparcía por toda la ladera, dibujaba líneas hacia la cima e iba quedando reducido a pequeños parches y puntos, para terminar, desapareciendo allí donde los vientos marinos barren los acantilados y cortan la vegetación como si se tratasen de unas tijeras que trabajaran sin descanso. Toda la ladera, de color tierra con reflejos dorados, parecía un inmenso martillo amarillo.

El pequeño puerto se abría al mar entre altísimos acantilados y por detrás de un solitario peñasco, horadado por multitud de cuevas y orificios, por entre los que el mar enviaba su voz ensordecedora y chorros de espuma en época de tormenta. El puerto se abría serpenteando hacia el oeste y, a izquierda y derecha, defendía su entrada en forma de curva con dos pequeños embarcaderos. Éstos estaban toscamente contruidos con láminas de pizarra oscura, colocadas unas tras otras y sujetas entre sí por unos ganchos de hierro.

Allí nacía el lecho pedregoso del río, cuyos torrentes, producidos por las crecidas del invierno, habían horadado su cauce en las montañas. En la primera parte del cauce, el río era profundo y en las zonas más bajas contenía fragmentos de roca con multitud de agujeros donde los cangrejos y las langostas eran batidos por el flujo de la marea. De entre las rocas salían unos robustos postes, que se utilizaban para amarrar a ellos las pequeñas embarcaciones que visitaban el puerto. Más arriba, el río seguía siendo profundo y se abría paso tierra adentro, pero su cauce era tranquilo, pues descargaba toda su fuerza más abajo. Un cuarto de milla hacia el interior, seguía siendo caudaloso cuando había marea alta, pero, cuando bajaba la marea, dejaba ver en ambas orillas los mismos fragmentos de roca que en el cauce bajo, y por entre sus grietas murmuraba y resbalaba el agua dulce del río natural, una vez que la marea había bajado. También aquí había postes de amarre para las barcas de los pescadores. En ambas orillas del río se alzaba una hilera de casas de campo; eran unas casas bonitas, sólidas y contruidas unas tras otras con un pequeño y primoroso jardín en la parte delantera, repleto de plantas de otros tiempos, grosellas en flor, primaveras, alhelís y uvas de gato. Por las fachadas de muchas de ellas trepaban glicinias y clemátides. Los marcos de las ventanas y las jambas de las puertas eran blancos como la nieve, y el pequeño sendero que llevaba a cada casa tenía baldosas de brillantes colores. En alguna de las entradas había un pequeño porche, y otras estaban decoradas con un asiento rústico fabricado con troncos de árboles o con barriles viejos; en casi todas, el antepecho de las ventanas estaba lleno de cajas o de macetas con flores o plantas verdes.

En dos de estas casas, cada una en una orilla del río, vivían dos hombres, dos hombres jóvenes, apuestos, con dinero, compañeros y rivales desde la infancia.

Abel Behenna era moreno, de ese moreno gitano que los nómadas fenicios dedicados a la minería fueron dejando a su paso; Eric Sansón (cuyo apellido, según los viejos del lugar, provenía del antiguo Sagamanson) era de tez pálida, de ese tono rojizo que evidencia antepasados escandinavos. Era como si el destino los hubiera elegido para trabajar juntos, para luchar el uno por el otro y apoyarse en todo. Su compenetración era tal que habían acabado enamorándose de la misma mujer. Sin duda alguna, Sarah Trefusis era la chica más guapa de Pencastle. Eran muchos los jóvenes que de buena gana hubieran probado fortuna con ella de no ser porque los dos que se la disputaban eran los más fuertes y decididos del puerto, excepción hecha el uno del otro. La mayoría de los hombres pensaban que se trataba de una empresa demasiado ardua y, por ello, no sentían mucha simpatía por ninguno de nuestros tres protagonistas.

Por su parte, tengan por seguro que las muchachas, que se tenían que conformar, muy a su pesar, con sus novios gruñones, sabiendo que no eran los mejores, tampoco miraban con muy buenos ojos a Sarah.

Entre tanto, y a lo largo de más o menos un año -ya se sabe que un noviazgo a la antigua es un proceso lento-, los dos hombres y la mujer salieron muchas veces juntos. Estaban contentos, no les importaba y, Sarah, que era algo vanidosa y frívola, se las apañó para vengarse de los hombres y las mujeres del lugar. Cuando una mujer joven salía de paseo, sólo podía presumir de un novio, y no resultaba muy halagador que digamos ver a su acompañante mirando con ojos de cordero degollado a una mujer más bella cortejada por dos fervientes pretendientes.

Por su parte, tengan por seguro que las muchachas, que se tenían que conformar, muy a su pesar, con sus novios gruñones, sabiendo que no eran los mejores, tampoco miraban con muy buenos ojos a Sarah.

Entre tanto, y a lo largo de más o menos un año -ya se sabe que un noviazgo a la antigua es un proceso lento-, los dos hombres y la mujer salieron muchas veces juntos. Estaban contentos, no les importaba y, Sarah, que era algo vanidosa y frívola, se las apañó para vengarse de los hombres y las mujeres del lugar. Cuando una mujer joven salía de paseo, sólo podía presumir de un novio, y no resultaba muy halagador que digamos ver a su acompañante mirando con ojos de cordero degollado a una mujer más bella cortejada por dos fervientes pretendientes.

Pero llegó un momento en el que Sarah sintió miedo, y fue entonces cuando intentó mantenerse al margen, pues tenía que decidirse por uno de los dos hombres.

Para ser honestos, le gustaban los dos; cualquiera podía hacer feliz a la chica más exigente. Pero Sarah era tan previsora que pensaba más en lo que podía perder que en lo que podía ganar. Cada vez que intentaba decidirse, la invadían las dudas. Solía ocurrir que descubría en el hombre que había rechazado nuevas cualidades que se le habían pasado por alto antes de haberle descartado.

Les prometió a los dos que el día de su cumpleaños les daría una respuesta y, ese día, el 11 de abril, llegó. Ninguno de los dos sabía de la promesa del otro, pero ninguno estaba dispuesto a olvidar la suya. Sarah se encontró a los dos muy temprano rondando cerca de su casa. No se habían dicho que estaban haciendo allí. Sólo buscaban la oportunidad de obtener una respuesta. Normalmente, Damón no se lleva a Pitias cuando tiene que hacer una promesa, y en el corazón de

cada uno de aquellos dos hombres el futuro estaba por encima de la amistad. Permanecieron allí todo el día. Sarah se encontraba en una situación muy embarazosa y, aunque disfrutaba sintiéndose adorada por dos hombres, había momentos en los que le molestaba que fueran tan perseverantes. Su único consuelo en momentos como aquéllos era ver, por la sonrisa de las otras chicas que pasaban por su puerta y la veían custodiada por dos guardianes, cómo las invadían los celos.

La madre de Sarah era una persona vulgar y de ideas sórdidas. Al ver la situación, su única intención, que ya había expresado en repetidas ocasiones a su hija de la forma más tosca, era conseguir que Sarah sacase el máximo partido posible de aquellos dos hombres. Con este propósito y con gran astucia, se había mantenido al margen del galateo de ambos y había observado en silencio el desarrollo de los acontecimientos. Al principio, Sarah se había enfadado con ella por sus sórdidas ideas, pero, como suele ser normal, su carácter débil cedió ante tanta persistencia y se resignó. Por eso, no se sorprendió cuando un día, en el pequeño jardín que había detrás de la casa, su madre le susurró:

-Vete a dar un paseo. Quiero hablar con estos dos hombres. Ambos te desean y ha llegado el momento de aclarar las cosas.

Sarah comenzó a protestar, pero su madre la interrumpió:

-¡Te he dicho que ya he tomado una decisión! Los dos te quieren y sólo uno puede tenerte. Pero antes de que elijas, debo conseguir que te quedes con todo lo que poseen los dos. ¡No me discutas, niña, vete a dar un paseo! Cuando vuelvas, ya estará todo arreglado. Será muy sencillo.

Sarah se fue ladera arriba por los estrechos senderos que serpenteaban entre los campos dorados, y la señora Trefusis se reunió con los dos hombres en la salita de estar de la pequeña casa.

Comenzó el ataque con el desesperado valor que exhiben todas las madres cuando piensan en sus hijos, por muy mezquinas que sean sus intenciones.

-Ambos estáis enamorados de mi Sarah -les dijo. Y con su tímido silencio admitieron una afirmación tan descarada. Ella continuó:- Ninguno de los dos tiene demasiado.

De nuevo asintieron.

-No sé si alguno de vosotros podría mantener a una esposa.

Aunque ninguno dijo una palabra, su reacción fue de claro desacuerdo. La señora Trefusis continuó:

-Pero si juntaseis lo que tenéis, podríais construir un confortable hogar para uno de los dos y para mí Sarah.

Mientras hablaba, miró entusiasmada a los dos hombres con sus pícaros ojos entrecerrados. Después, satisfecha, pues pensaba que habían aceptado su propuesta, siguió hablando como para evitar discutir.

-A la chica le gustáis los dos y seguro que le cuesta elegir. ¿Por qué no elegís vosotros por ella? Primero, reunid vuestro dinero. Sé que tenéis algo ahorrado. Dejad que el afortunado se quede con todo, invierta el dinero y, después, vuelva a casa y se case con ella. Supongo que no tendréis miedo. Estoy segura de que ninguno se negará a hacer lo que os propongo por la mujer a la que ambos amáis.

Abel rompió el silencio.

-No creo que la mejor forma de conseguir a la chica sea echárnoslo a cara o cruz. A ella no le gustaría. No creo que sea muy respetuoso.

Eric le interrumpió. Sabía que, si Sarah tenía que elegir entre ellos dos, él llevaba la peor parte.

-¿Tienes miedo al azar?

-¿Yo? ¡No! -contestó Abel rápidamente.

La señora Trefusis, al ver que su plan comenzaba a funcionar, quiso sacarle el máximo provecho.

-Entonces, tanto si decidís vosotros cuál de los dos se queda con ella, como si es ella la que decide, ¿estáis de acuerdo en reunir todo vuestro dinero para construirle un hogar?

-Sí -dijo Eric sin pensárselo, y Abel accedió con la misma seguridad.

Los pícaros ojitos de la señora Trefusis empezaron a brillar. Escuchó los pasos de Sarah en el jardín y dijo:

-Bien, ya viene. Os dejo con ella -y, a continuación, se fue.

Durante el breve paseo por la ladera, Sarah había estado intentando decidirse. Se sentía furiosa con los dos hombres por haberla puesto en aquella situación comprometida y, cuando entró en la habitación, dijo:

-Me gustaría charlar con vosotros dos. Vamos al Flagstaff Rock. Allí no nos molestará nadie.

Cogió su sombrero y salió de la casa por el camino sinuoso que llevaba a la escarpada ladera, coronada por una asta de bandera. Este promontorio era la embocadura más septentrional del pequeño puerto. Por el sendero sólo se podía ir en fila de a dos, así que Sarah iba delante seguida de los dos hombres, que caminaban uno al lado del otro y mantenían la distancia. Durante este trayecto, el corazón de ambos ardía de celos. Cuando llegaron a la cima del peñasco, Sarah se apoyó en el mástil de la bandera y los dos jóvenes permanecieron frente a ella. La joven había escogido aquella posición de forma intencionada y consciente, pues no quedaba espacio para que ninguno se colocara a su lado.

Permanecieron en silencio durante un instante. A continuación, Sarah comenzó a reírse y dijo:

-Os prometo que hoy voy a daros una respuesta. Le he estado dando vueltas, vueltas y más vueltas y me he enfurecido con los dos por atormentarme de esta manera. El problema es que aún no lo tengo claro. A esto Eric respondió:

-¡Déjanos decidir por ti!

Sarah no mostró indignación alguna ante tal propuesta. Las continuas indicaciones de su madre le habían enseñado a aceptar algo así, y su débil carácter le hacía aferrarse a cualquier solución que le permitiese salir de aquel apuro. Permaneció con la mirada baja, clavada en las mangas de su vestido, como si con aquella actitud accediera a la proposición. Instintivamente, los dos hombres, al darse cuenta de la situación, sacaron una moneda del bolsillo, la lanzaron al aire y pusieron la otra mano sobre la palma sobre la que había caído la moneda. Durante unos segundos permanecieron callados. Entonces, Abel, que era el más serio de los dos, dijo:

-Sarah, ¿te parece bien?

Mientras hablaba, levantó la mano con la que estaba tapando la moneda y se la guardó en el bolsillo.

Sarah estaba irritada.

-Me guste o no, es suficiente para mí. Tómalo o déjalo, como prefieras –dijo.

Abel le contestó sin perder tiempo:

-No, cariño, todo lo que es bueno para ti es bueno para mí. Yo aceptaré lo que salga, pero piénsatelo bien. No quiero que te arrepientas después. Si amas a Eric más que a mí, soy demasiado hombre para continuar aquí. Por el contrario, si me eliges a mí, no nos atormentes a los dos el resto de nuestras vidas.

Al verse frente a frente con el problema, la verdadera naturaleza de Sarah salió a relucir; se tapó la cara con las manos y comenzó a llorar diciendo:

-Todo es culpa de mi madre. No hace otra cosa que hablarme del tema.

Eric rompió el silencio y le dijo bruscamente a Abel:

-Deja a la muchacha tranquila. Si ella quiere actuar así, déjala. Es lo que queríamos oír. Lo ha dicho y debemos aceptarlo.

Sarah se volvió hacia él enfurecida y gritó:

-¡Cállate!, ¿por qué dices eso? -y volvió a gritar.

Eric estaba tan asombrado que no dijo ni una sola palabra. Se quedó medio atontado, con la boca abierta y la moneda aún en la mano. Todo permaneció en silencio hasta que Sarah se apartó las manos de la cara, se rio histérica y dijo:

-Como no os aclaráis, me marchó a casa –y se dijo la vuelta para marcharse.

-¡Para! -dijo Abel con tono autoritario-. Eric, tú lanza la moneda que yo diré cara o cruz. Pero antes de que hagamos nada, veamos si lo he entendido: quien gane coge todo el dinero que tenemos los dos, lo lleva a Bristol y se embarca para invertirlo. Después, regresa, se casa con Sarah y se queda con todo lo que ha producido el dinero. ¿Lo he entendido bien?

-Sí -dijo Eric.

-Me casaré en mi próximo cumpleaños -le interrumpió Sarah.

Al darse cuenta de lo que había dicho, se volvió ruborizada. La mirada de los dos hombres ardía como si fuera fuego.

Eric añadió:

-Dentro de un año. Quien gane tendrá que esperar un año.

-¡Lánzala ya! -dijo Abel, y la moneda voló por los aires.

Eric la cogió y la volvió a sujetar con sus manos.

-¡Cara! –dijo Abel, mientras su rostro palidecía. Al tiempo que se echaba hacia adelante para ver, Sarah se inclinó también y sus cabezas estuvieron a punto de tocarse. Abel pudo sentir el cabello de Sarah acariciándole la mejilla, y se estremeció como el fuego. Eric levantó la mano que tapaba la moneda: había salido cara. Abel dio unos pasos hacia Sarah y la cogió entre sus brazos. Entre blasfemias, Eric arrojó la moneda al mar. Se apoyó contra la asta de la bandera y miró a los otros con aspecto amenazador y con las manos hundidas en los bolsillos. Abel susurró unas palabras de pasión y deseo al oído de Sarah y, mientras las escuchaba, la joven creyó que la suerte había interpretado correctamente los deseos ocultos de su corazón y que era a Abel a quien ella más amaba.

Abel levantó la mirada y vio el rostro de Eric iluminado por el último rayo de sol del atardecer. Aquel tono rojizo intensificaba la rudeza natural de su aspecto y parecía como si estuviese cubierto de sangre. A Abel ya no le importaba que le mirara con desprecio, pues ahora su corazón había encontrado la calma y podía sentir pena por su amigo. Se le acercó para intentar consolarle; le tendió la mano y le dijo:

-He tenido suerte, viejo amigo. No me guardes rencor. Trataré de hacer feliz a Sarah y tú serás como un hermano para nosotros dos.

-¡Maldito seas, hermano! -eso fue todo lo que dijo Eric antes de marcharse.

Cuando había descendido ya unos cuantos pasos por el escarpado sendero, se volvió y empezó a subir de nuevo. Permaneció frente a Abel y Sarah, que estaban abrazados, y dijo:

-Tienes un año. ¡Aprovéchalo! Asegúrate de que llegas dentro del plazo para poder hacerla tu esposa. Regresa con tiempo para presentar las amonestaciones y poder casarte el 11 de abril. Si no lo haces, te aseguro que yo presentaré las mías y entonces será demasiado tarde.

-¿Qué quieres decir, Eric? ¡Estás loco!

-No más loco que tú, Abel Behenna. ¡Vete, es tu oportunidad! A mí me ha tocado quedarme, ¿verdad? Pero no voy a permitir que la hierba crezca bajo mis pies. A Sarah no le preocupabas más que yo hace cinco minutos, y puede volver a ser como hace cinco minutos una vez que te hayas ido. Sólo has ganado por un punto. La suerte puede cambiar.

-La suerte no va a cambiar -dijo Abel Behenna-. Sarah, ¿me serás fiel? No te casarás hasta que yo regrese, ¿verdad?

-¡Un año! -añadió Eric-. Ese es el trato.

-Te lo prometo, esperaré un año -dijo Sarah.

Un oscuro presentimiento invadió el rostro de Abel. Iba a hablar, pero logró dominarse y sonrió.

-No quiero ser muy duro. No voy a enfadarme esta noche. ¡Vamos, Eric, hemos jugado y luchado juntos! He ganado limpiamente. ¡He jugado limpio todo el tiempo que ha durado esta relación! Lo sabes tan bien como yo y, ahora que estoy a punto de irme, debo pedirle a mi viejo camarada que me ayude cuando no esté aquí.

-No pienso ayudarte -dijo Eric-. ¡Así pues, ayúdame, Dios!

-Es Dios quien me ha ayudado a mí -dijo Abel.

-Entonces, deja que sea Él quien lo siga haciendo -dijo furioso Eric-. A mí me sobra con el demonio. Y sin decir ni una sola palabra más descendió rápidamente el empinado sendero y desapareció entre las rocas.

Cuando se hubo marchado, Abel esperaba que Sarah le dijera algo cariñoso, pero la primera observación que hizo le produjo un escalofrío.

-¡Qué triste está todo sin Eric!

Estas palabras le resonaron en los oídos hasta que la acompañó a casa e incluso mucho después.

A la mañana siguiente, muy temprano, Abel oyó un ruido en la puerta y, al asomarse, vio a Eric corriendo en dirección contraria. En el umbral de la puerta había una bolsa de lona llena de monedas de oro y plata; prendido a la bolsa había un pequeño trozo de papel que decía así:

“Coge el dinero y vete. Yo me quedo aquí. ¡Dios para ti y el diablo para mí! Recuerda, el 11 de abril. Eric Sansón.”

Aquella tarde Abel salió para Bristol y una semana después embarcó en el Star of the Sea rumbo a Pahang. Todo su dinero, incluido el que le había dado Eric, estaba a bordo invertido en un negocio de juguetes baratos. Se había dejado aconsejar por un astuto y viejo lobo de mar de Bristol que conocía bien a los malayos y que le pronosticó que cada penique invertido regresaría al barco convertido en un chelín.

A medida que iba transcurriendo el año, la preocupación de Sarah se hacía cada vez mayor. Eric siempre estaba dispuesto a hacerle el amor y ella nunca se negaba.

En todo ese tiempo sólo llegó una carta de Abel; decía que el negocio le había ido bien, que había enviado unas doscientas libras al Banco de Bristol y que había invertido cincuenta que todavía le quedaban en mercancías para China. Por muy lejos que llegara el Star of the Sea, regresaría a Bristol. A Eric le decía que le devolvería la parte del negocio que le correspondía junto con los beneficios. A Eric no le gustó nada aquella proposición y la madre de Sarah pensó que no era más que una chiquillada.

Ya habían transcurrido más de seis meses y no había llegado ninguna otra carta de Abel. Las esperanzas de Eric, que se habían venido abajo tras recibir la carta desde Pahang, empezaron a tomar cuerpo de nuevo.

Asediaba continuamente a Sarah con un “y si...” Si Abel no regresase, ¿te casarías conmigo? Si el 11 de abril Abel no llegara al puerto, ¿serías capaz de dejarle? Y si Abel hubiera cogido toda su fortuna y se hubiera casado con otra chica, ¿te casarías conmigo cuando se supiese la verdad de lo ocurrido? Y así con un sinfín de posibilidades. Tal insistencia obró sobre el carácter de la joven.

Sarah comenzó a perder la fe en Abel y empezó a ver en Eric a un posible marido, y un posible marido es, a los ojos de una mujer, diferente al resto de los hombres. Empezó a sentir un cariño nuevo hacia él, y el roce diario hizo que el afecto fuera cada vez mayor. Sarah vio en Abel un obstáculo y, de no ser por la perseverancia de su madre, que le recordaba una y otra vez la fortuna depositada en el Banco de Bristol, ella habría intentado negar por todos los medios la existencia de Abel.

El 11 de abril era sábado. Si alguien quería contraer matrimonio ese día, tenía que presentar las amonestaciones el domingo 22 de marzo. Desde principios de ese mes, Eric no hacía otra cosa que pensar en la ausencia de Abel, y la idea de que hubiera muerto o se hubiera casado comenzó a tomar forma en la mente de Sarah. Cuando transcurrió la primera quincena del mes, Eric se sintió más feliz y, tras asistir a las celebraciones litúrgicas el día 15, fue con Sarah a dar un paseo por el Flagstaff Rock. Una vez allí, le habló así:

-Le dije a Abel, y a ti también, que, si no estaba aquí para anunciar sus amonestaciones para el día 11, yo presentaría las mías el 12, y ese día ha llegado ya. Es él quien no ha cumplido su palabra.

En ese momento, fue como si Sarah dejara a un lado toda su debilidad y su indecisión:

-¡Todavía no ha roto su palabra!

Eric apretó con rabia los dientes.

-Si con eso quieres decir que le vas a defender -dijo mientras golpeaba una y otra vez con sus manos la asta de la bandera, que emitía una especie de murmullo-, me parece bien. Yo respetaré mi parte del trato. El domingo anunciaré las amonestaciones y, si quieres, puedes ir a la iglesia a impugnar el futuro matrimonio.

Si Abel está en Pencastle para el día 11, él mismo puede cancelarlas y correr las tuyas, pero, hasta entonces, yo seguiré adelante y ¡ay de aquel que se interponga en mi camino!

Tras estas palabras, se lanzó por el camino empedrado, y Sarah no pudo sino admirar su fuerza y espíritu vikingo al verle atravesar la colina y alejarse a grandes zancadas por entre los acantilados hacia Bude.

Durante esa semana no se supo nada de Abel, y el domingo Eric presentó las amonestaciones de matrimonio entre él y Sarah Trefusis. El párroco no puso ninguna pega porque, aunque no se había anunciado nada de manera oficial a los fieles, se daba por sentado que, a la vuelta de Abel, este se casaría con Sarah. Pero Eric no discutió con él.

-Es un tema muy doloroso, padre -y lo dijo con tal convicción que el pastor, que era un hombre muy joven, no pudo sino dejarse convencer por aquellas palabras-. Seguro que no hay nada contra Sarah ni contra mí. ¿Por qué iba a oponerse la gente?

El pastor no añadió nada y, al día siguiente, leyó por primera vez las amonestaciones ante el claro rechazo de la congregación. Sarah estaba allí presente, contra lo que manda la tradición, y aunque se moría de vergüenza, disfrutaba de su triunfo sobre el resto de las chicas que todavía no habían anunciado sus amonestaciones.

Antes de que hubiese terminado la semana, Sarah empezó a hacerse el vestido de novia. Eric solía ir a verla coser y la sola visión de la joven le hacía estremecerse de emoción. Le decía toda clase de palabras bonitas, y aquellos momentos de galanteo fueron una delicia para ambos.

Las amonestaciones se leyeron por segunda vez el día 29, y las esperanzas de Eric se hacían cada vez mayores. A pesar de ello, tenía momentos de auténtica desesperación; se daba cuenta de que la copa de la felicidad podía apartarse de sus labios en cualquier momento, incluso cuando todo pareciera haber llegado a su fin. Era entonces cuando a Eric le invadía la ira, una ira encarnizada, una despiadada pasión; apretaba los dientes y los puños como si en sus venas quedara algo de la furia de los Berserker, sus antepasados. El jueves de aquella semana pasó por casa de Sarah y la encontró allí, iluminada por los rayos del sol, cosiéndole los últimos adornos a su blanco vestido de novia.

La alegría embargaba el corazón de Eric. Al ver a aquella mujer, que muy pronto sentiría la misma emoción que él, le invadió una felicidad inexpresable y un lánguido éxtasis. Se inclinó, besó a Sarah en la boca y le susurró estas palabras en su sonrosada oreja:

Era entonces cuando a Eric le invadía la ira, una ira encarnizada, una despiadada pasión; apretaba los dientes y los puños como si en sus venas quedara algo de la furia de los Berserker, sus antepasados. El jueves de aquella semana pasó por casa de Sarah y la encontró allí, iluminada por los rayos del sol, cosiéndole los últimos adornos a su blanco vestido de novia.

La alegría embargaba el corazón de Eric. Al ver a aquella mujer, que muy pronto sentiría la misma emoción que él, le invadió una felicidad inexpresable y un lánguido éxtasis. Se inclinó, besó a Sarah en la boca y le susurró estas palabras en su sonrosada oreja:

-¡Ese es tu vestido de novia, Sarah, y mío también!

Mientras retrocedía unos pasos para poder admirarla, ella le miró de forma insolente y le dijo:

-Quizá no sea para ti. ¡A Abel le queda todavía más de una semana! -y, a continuación, gritó espantada cuando Eric, con un gesto enérgico y pronunciando un violento juramento, salió corriendo de la casa y cerró la puerta de un golpe tras él.

Este incidente afectó a Sarah más de lo que ella nunca hubiera podido imaginar: todos sus temores se despertaron y se avivaron sus dudas y su indecisión.

Lloró durante un instante, guardó el vestido y, para tranquilizarse, salió a sentarse un rato en la cima del Flagstaff Rock. Cuando llegó allí, se encontró con un pequeño grupo de personas que discutían acaloradamente sobre el tiempo. El agua estaba en calma y el sol brillaba, pero unas extrañas franjas de luz y de sombra atravesaban el mar, y cerca de la orilla la espuma rodeaba las rocas, una espuma que se esparcía en grandes curvas y círculos blanquecinos a los que arrastraba la corriente. El viento había vuelto en frías y afiladas bocanadas. El respiradero que recorría el peñón de Flagstaff retumbaba a intervalos, y las gaviotas gritaban sin cesar al girar sobre la entrada del puerto.

-No me gusta nada -oyó Sarah que un viejo pescador le decía al guardacostas-. Sólo lo he visto así una vez, cuando el East Indiaman Coromandel se partió en dos en la bahía de Dizzard. Sarah no quiso saber más. Siempre tenía miedo cuando se hablaba de peligro y no podía escuchar hablar de naufragios ni desastres.

Volvió a casa y cogió el vestido para terminarlo; estaba decidida a apaciguar a Eric cuando lo que debería hacer era disculparse y hacer las paces con él.

La predicción sobre el tiempo del anciano pescador estaba más que justificada. Esa noche, cuando empezaba a oscurecer, se desató una enorme tormenta. El mar rugía y azotaba con fuerza la costa Oeste desde Skye hasta Scilly, e iba dejando a su paso un rastro de destrucción. Todos los marineros y pescadores de Pencastle se dirigieron hacia las rocas y los acantilados, y otearon el horizonte, impacientes. De repente, un destello de luz avisó de la presencia de una embarcación

que iba a la deriva, con una sola vela y a una milla del puerto. Todas las miradas y los catalejos se centraron en ella, en espera de ver el siguiente destello; cuando este llegó, un coro de voces se alzó diciendo que era el Lovely Alice, que comerciaba entre Bristol y Penzance y hacía escala en todos los pequeños puertos que había entre ambas localidades.

-¡Qué Dios se apiade de ellos! -dijo el capitán del puerto-. Nada ni nadie podrá salvarlos cuando estén entre Bude y Tintagel y el viento los arrastre hacia la orilla.

Los guardacostas hicieron grandes esfuerzos y, ayudados por bravos corazones y voluntariosas manos, llevaron los lanzabengalas hasta la cima del Flagstaff Rock. A continuación, encendieron unas bengalas azules para que la tripulación pudiera divisar la entrada al puerto, en caso de que pudieran acercarse hasta él. A bordo de la embarcación se esforzaron con gran valentía, pero no les habría servido de nada ni la mayor de las destrezas ni de las fuerzas. En pocos minutos el Lovely Alice se precipitó contra el gran saliente que custodiaba la entrada del puerto. Entre el rugido de la tempestad se oyeron los gritos de los que estaban a bordo y se arrojaban al mar en un último intento por salvar sus vidas. Las bengalas azules ardían en el cielo, y todos los ojos observaban con atención las profundas aguas por si divisaban algún rostro. Sostenían las cuerdas con las manos para lanzarlas en caso de que se pudiese salir en ayuda de alguien. Pero no vieron a nadie, y todos aquellos brazos deseosos de acción permanecieron quietos.

Eric estaba allí, entre sus compañeros. Su origen islandés no quedó nunca tan patente como en aquel terrible momento. Cogió una cuerda y le gritó al capitán del puerto:

-Voy a bajar a la roca que hay sobre la cueva. La marea está subiendo y puede que arrastre a alguien hasta allí.

-¡No vayas! -fue la respuesta-. ¿Tú estás loco? Un solo resbalón sobre esa roca y estás perdido. Nadie podría mantenerse en pie ahí en la oscuridad de la tempestad.

-No es cierto -contestó-. Recuerde cómo Abel Behenna me sacó de allí en una noche como esta cuando mi barco se precipitó sobre Gull Rock. Me sacó de las profundidades de la cueva. Ahora podemos salvar a alguien igual que hicieron conmigo.

Y desapareció en la oscuridad. El saliente tapaba la luz que las bengalas proyectaban sobre el Flagstaff Rock, pero Eric conocía demasiado bien el camino como para perderse. Sus valientes y seguros pasos le sirvieron de guía y en poco tiempo se encontró de pie en la gran roca horadada por la acción de las olas en la entrada de la cueva, donde el agua yacía impenetrable. Allí estaba relativamente a salvo, pues la forma cóncava de la roca repelía las olas y, aunque parecía como si el agua que crecía bajo sus pies hirviera como en un ardiente caldero, más allá había una zona en completa calma. También en aquel lugar la roca parecía ahogar el sonido del vendaval, y Eric podía oírlo y verlo todo perfectamente. Mientras permanecía allí, con el rollo de cuerda dispuesto para ser lanzado, creyó oír, justo tras el remolino de agua, un débil grito de desesperación. Le contestó con un chillido que atravesó la noche. Esperó a ver el destello de luz y, cuando lo divisó, lanzó la cuerda hacia la oscuridad donde había visto el rostro que emergía del remolino de espuma. Alguien cogió la cuerda. Sintió que tiraban de ella y volvió a gritar con su potente voz.

-¡Átesela alrededor de la cintura y le sacaré!

Cuando sintió que la habían amarrado, caminó por la roca hacia el otro lado de la cueva, donde el agua estaba algo más calmada y donde podría tener un lugar de apoyo más seguro para sacar al hombre por encima del saliente. Comenzó a tirar y enseguida se dio cuenta, por el trozo de cuerda que había usado, de que el hombre al que estaba rescatando estaría en unos instantes cerca de donde él se encontraba. Se tranquilizó y respiró hondo para poder completar el rescate. Se acababa de inclinar cuando un destello de luz reveló a cada hombre la identidad del otro, la del rescatador y la del rescatado.

Eric Sanson y Abel Behenna estaban cara a cara. Ninguno de los dos sabía que aquel encuentro y Dios iban a ser decisivos en sus vidas.

En ese momento, una ola de ira invadió el corazón de Eric. Todas sus esperanzas se habían hecho pedazos y sus ojos miraban con el odio de Caín. Comprendió lo que pasaba y vio la alegría reflejada en el rostro de Abel al darse cuenta de que la mano que le había salvado era la suya. Esto avivó aún más su odio. Mientras le devoraba la rabia, dio un paso hacia atrás y la cuerda se le resbaló de entre las manos. Al odio le siguió un sentimiento de compasión, pero ya era demasiado tarde.

Antes de que se pudiera reponer, Abel, atado a la cuerda que debería haberle servido de ayuda, cayó en la oscuridad del mar devorador con un grito de desesperación.

Entonces, con todo el peso de la locura y la maldición de Caín sobre él, Eric bajó corriendo por las rocas sin preocuparse del peligro y con un solo deseo: volver a estar entre la gente cuyos sonidos pudieran ahogar este último grito que parecía resonar aún en sus oídos.

Cuando alcanzó el Flagstaff Rock, los hombres se le acercaron y, entre la furia de la tormenta, escuchó al capitán del puerto que le decía:

-Escuchamos un grito y creímos que habías muerto. ¡Qué pálido estás! ¿Dónde está la cuerda?, ¿has conseguido salvar a alguien?

-A nadie -gritó mientras sentía que nunca podría llegar a explicar el haber permitido que su propio camarada cayera al mar en unas circunstancias parecidas y en el mismo lugar en el que éste un día le salvara la vida.

Deseó poder contar una mentira convincente que hiciera olvidar para siempre el suceso. No había ningún testigo de lo ocurrido. Si tenía que recordar aquel pálido rostro y llevar aquel grito de desesperación retumbándole en los oídos para siempre, al menos nadie debía saberlo.

-Nadie -gritó aún más fuerte-. Me resbalé sobre la roca y la cuerda cayó al mar.

Dicho esto, se marchó, bajó corriendo por el sendero y llegó a su casa, donde se encerró.

El resto de la noche la pasó tendido en la cama, vestido e inmóvil, mirando fijamente hacia arriba. A través de la oscuridad creyó distinguir un rostro lívido que brillaba húmedo a la luz; al verle, su alegría se convirtió en atroz desesperación. Una y otra vez escuchaba el eco de un grito en su alma.

Por la mañana, la tormenta había amainado y todo volvía a sonreír, salvo el mar, que seguía agitado en una furia interminable. Hasta el puerto habían llegado grandes restos del naufragio y otros flotaban en el mar que rodeaba la isla. Hasta el puerto habían sido arrastrados también dos cuerpos, uno el del capitán de la embarcación y el otro el de un marinero al que nadie conocía.

Sarah no supo nada de Eric hasta el atardecer y, entonces, él solo la vio un minuto. No entró en la casa, la vio por una ventana que estaba abierta.

-Bien, Sarah -gritó con una voz que a la joven le pareció de ultratumba-. ¿Está ya listo el traje de novia? ¡Es este domingo, recuerda, este domingo!

Sarah estaba contenta de que la reconciliación hubiera sido tan fácil, pero, como haría cualquier mujer, cuando vio que la tormenta había amainado y que sus temores no tenían fundamento, volvió al ataque.

-Será el domingo -dijo sin mirarle-, si Abel no está aquí para el sábado.

Entonces, alzó la mirada con descaro, aunque tenía miedo de que su impetuoso amante volviera a estallar de ira. Pero no había nadie en la ventana; Eric se había marchado. Sarah retomó su labor entristecida. No volvió a ver a Eric hasta el domingo por la tarde, después que las amonestaciones se leyeron por tercera vez; Eric se presentó ante ella delante de todo el mundo con un aire de posesión que en parte agradaba y en parte fastidiaba a Sarah.

-¡Todavía no, señor! -le dijo apartándole mientras se reían las otras chicas-. Debes esperar hasta el próximo domingo, el día después del sábado -añadió mirándole con insolencia-. Las chicas se rieron de nuevo y los jóvenes soltaron una carcajada. Creían que era el desaire con el que le trataba Sarah lo que le tenía molesto y que por eso se había puesto tan pálido como una sábana al marcharse. Pero Sarah, que sabía más que ellos, se rio cuando vio el triunfo reflejado en el espasmo de dolor que retorció el rostro de Eric.

La semana transcurrió sin novedad. Sin embargo, a medida que se acercaba el sábado, Sarah empezó a sentirse inquieta y Eric se pasaba las noches yendo de un sitio para otro como un poseso. Se encerraba cuando salían los demás, y una y otra vez bajaba a las rocas y a las cuevas, donde gritaba en voz muy alta. Parecía como si en cierto modo esto le calmara y, así, después era capaz de contenerse. Se pasó todo el sábado en casa, sin salir. Como se iba a casar al día siguiente, los vecinos pensaron que lo hacía por timidez y no se preocuparon ni le dijeron nada. Solo una cosa perturbó a Eric; el jefe de los barqueros entró en su casa, se sentó a su lado y, tras una pausa, le dijo:

-Eric, ayer tuve que ir a Bristol. Estuve en el cordelero comprando otro rollo de cuerda para reemplazar el que perdiste la noche de la tormenta, y allí hablé con Michael Heavens, uno de los vendedores. Me dijo que Abel Behenna había regresado a casa la semana pasada a bordo del Star of the Sea desde Cantón y que había depositado una importante suma de dinero en el Banco de Bristol a nombre de Sarah Behenna. Abel se lo contó a Michael y también le dijo que tenía un pasaje en el Lovely Alice para Pencastle.

-No sufras, hombre -le dijo cuando vio que Eric entre gemidos bajaba la cabeza hasta las rodillas y se tapaba el rostro con las manos-. Sé que era un gran amigo tuyo y que no pudiste hacer nada. Debió de hundirse con el resto aquella terrible noche. He pensado que era mejor decírtelo antes que la noticia te llegara por otro lado. No dejes que Sarah Trefusis se asuste. Eran buenos amigos, y sabes que las mujeres se toman estas cosas muy a pecho. No permitas que una cosa así la apene en el día de su boda.

A continuación, se levantó, se marchó y dejó a Eric allí, sentado con la cabeza sobre las rodillas.

-¡Pobre muchacho! -susurró el jefe de los barqueros-. Le ha llegado al alma. Claro, eran grandes amigos, y Abel le salvó la vida.

Ese día por la tarde, los niños salieron de la escuela y se fueron a correr por el muelle y por los senderos que atravesaban los acantilados. Algunos fueron corriendo al puerto muy nerviosos; allí, unos cuantos hombres descargaban una embarcación de carbón y otros muchos supervisaban la operación. Uno de los niños gritó:

-¡Hay una marsopa en la entrada del puerto! ¡La hemos visto atravesando el respiradero! ¡Tiene una cola muy larga y nadaba a mucha profundidad bajo el agua!

-No es una marsopa -dijo otro-. ¡Es una foca, pero tiene una cola muy larga! Salió de la cueva.

Cada niño tenía su propia versión, pero todos estaban de acuerdo en dos cosas; fuera lo que fuera aquello, había salido por el respiradero y tenía una cola larga y fina, tan larga que ninguno pudo ver dónde terminaba. Los niños exageraban, pero, como parecía evidente que habían visto algo, un gran número de personas, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, se encaminaron por los senderos que iban a cada lado de la boca del puerto para echar un vistazo a esa nueva especie de la fauna marina, ya fuera una marsopa de cola larga o una foca.

La marea estaba subiendo y había una suave brisa. Como la superficie del mar estaba rizada, solo se podía ver con claridad el fondo del mar en algunos momentos. Después de establecer un turno de vigilancia, una mujer dijo gritando que había visto algo moverse en el canal, justo debajo de donde ella se encontraba. Todos corrieron hacia allí, pero, cuando llegaron, la brisa había arreciado y era imposible distinguir lo que había bajo la superficie del agua. Le preguntaron y empezó a describir lo que había visto, pero todo era tan incoherente que pensaron que se lo había inventado.

Si no llega a ser por el relato de los niños, nadie habría dado crédito a sus palabras. Contó medio histérica que había visto “algo parecido a un cerdo con las entrañas fuera”, pero solo la escuchó un anciano guardacostas, que asentía con la cabeza sin hacer el más mínimo comentario. Durante el resto del día, vieron al guardacostas en la orilla mirando el mar con una expresión de enfado en su rostro.

A la mañana siguiente, Eric se levantó temprano; no había dormido en toda la noche, y moverse a la luz del día le proporcionaba un gran alivio. Al afeitarse, no le tembló la mano, y se vistió con el traje de la boda. Estaba demacrado y parecía como si hubiese envejecido en los últimos días. Sin embargo, en su mirada había un destello de triunfo, y una y otra vez se decía a sí mismo:

-¡Hoy es el día de mi boda! Abel no puede reclamar a Sarah, esté vivo o muerto, vio o muerto, vio o muerto.

Se sentó en su butaca a esperar con una misteriosa tranquilidad a que llegase el momento de ir a la iglesia. Cuando la campana comenzó a sonar, se levantó, salió de su casa y cerró la puerta tras de sí. Miró al río y vio que la marea había subido de nuevo. En la iglesia se sentó con Sarah y con su madre; durante todo el tiempo tuvo la mano de Sarah cogida fuertemente entre las suyas, como si temiera perderla. Cuando terminó la ceremonia, se pusieron en pie al mismo tiempo y contrajeron matrimonio en presencia de toda la congregación; nadie abandonó la iglesia. Ambos respondieron con voz clara y fuerte, y en las respuestas de Eric se adivinaba un tono desafiante. Cuando terminó la boda, Sarah cogió a su marido del brazo y salieron juntos. Algunos padres tuvieron que dar una bofetada a sus hijos para que se comportaran bien y desistieran de seguir a los recién casados.

El camino que salía de la iglesia llevaba a la parte de atrás de la casa de Eric, y allí había un estrecho pasillo que la separaba de la casa de su vecino.

Cuando la pareja de novios pasó por allí, el resto de la congregación, que los había seguido a corta distancia, se asustó al oír gritar a la novia. Corrieron por el pasillo y la encontraron en la pendiente con los ojos desorbitados; señalaba el cauce del río, justo al otro lado de la puerta de Eric Sansón.

La marea había depositado sobre las rocas el cuerpo desnudo de Abel Behenna. La corriente había enrollado la cuerda que colgaba de su cintura al poste de amarre y lo había mantenido oculto mientras la marea había estado baja. El codo derecho estaba encajado en la grieta de la roca y la mano quedaba extendida hacia Sarah, con la palma abierta hacia arriba, como si esperase estrechar la suya con aquellos dedos lánguidos y pálidos.

Sarah Sansón no supo nunca con exactitud lo que sucedió después. Siempre que intentaba recordarlo le zumbaban los oídos, se le nublaba la vista y todo se desvanecía. Lo único que recordaba de todo aquello y que jamás olvidaría era la respiración de Eric, su rostro, más pálido que el de aquel hombre muerto, y aquellas palabras que se escuchaban entrecortadas bajo su respiración:

-¡La ayuda del diablo, la fe en el diablo, el precio del diablo!

EL ENTIERRO DE LAS RATAS

Si abandona París por la carretera de Orleans, cruce la Enceinte y, si gira a la derecha, se encontrará en un distrito algo salvaje y en absoluto placentero. A derecha e izquierda, delante y detrás, por todos lados se alzan grandes montones de basura y otros residuos acumulados por los procesos del tiempo.

París tiene su vida nocturna además de la diurna, y el viajero que penetra en su hotel de la Rue de Rivoli o la Rue St. Honoré a última hora de la noche o lo abandona a primera hora de la mañana puede adivinar, al llegar cerca de Montrouge -si no lo ha hecho ya antes- la finalidad de esos grandes carros que parecen como calderas sobre ruedas y que puede hallar pase por donde pase.

Cada ciudad tiene sus instituciones peculiares creadas para sus propias necesidades, y una de las más notables instituciones de París es su población de traperos. A primera hora de la mañana -y la vida de París empieza a una hora muy temprana- pueden verse colocadas en la mayoría de las calles, al otro lado de cada Patio y callejón y entre tantos edificios, como todavía en algunas ciudades norteamericanas e incluso en partes de Nueva York, grandes cajas de madera en las que las criadas o los inquilinos de las casas vacían la basura acumulada del día anterior. Alrededor de estas cajas se reúnen y circulan, una vez llenas, escuálidos y macilentos hombres y mujeres cuyas herramientas del oficio consisten en un burdo saco o cesto colgado del hombro y un pequeño rastrillo con el cual remueven y sondean y examinan minuciosamente los cubos de basura. Recogen y depositan en sus cestos, con ayuda de sus rastrillos, todo lo que pueden encontrar, con la misma facilidad con la que un chino utiliza sus palillos para comer.

París es una ciudad de centralización, y centralización y clasificación están estrechamente aliadas. En los primeros tiempos, cuándo la centralización se está convirtiendo en un hecho, su precursora es la clasificación. Todas las cosas que son similares o análogas son agrupadas juntas, y del agrupamiento de esos grupos surge un punto total o central. Vemos radiar muchos largos, brazos con innumerables tentáculos, y en el centro surge una gigantesca cabeza con un amplio cerebro y ojos atentos que miran a todos lados y con oídos sensibles todos los sonidos... y una boca voraz para tragar.

Otras ciudades se parecen a todas las aves y animales y peces cuyos apetitos y digestiones son normales. Sólo París es la apoteosis analógica del pulpo. Producto de la centralización llevada a un ad absurdum, representa con justicia el pez diablo; y en ningún otro aspecto es más curioso el parecido que en la similitud con el aparato digestivo.

Los turistas inteligentes que, tras rendir su individualidad a las manos de los señores Cook o Gaze, hacen París en tres días, se sienten a menudo desconcertados al saber que la cena que en Londres cuesta unos seis chelines puede obtenerse por tres francos en un café en el Palais Royal. No necesitarán sorprenderse si consideran que la clasificación es una especialidad teórica de la vida parisina, que adopta a todo su alrededor el hecho que fue la génesis de los traperos.

El París de 1850 no era como el París de hoy, y aquellos que ven el París de Napoleón y del barón Hausseman difícilmente podrán comprender la existencia del estado de cosas hace cuarenta y cinco años.

Entre algunas cosas, sin embargo, que no han cambiado están esos distritos donde se recoge la basura. La basura es basura en todo el mundo, en todas las épocas, y el parecido familiar de los montones de basura es perfecto. En consecuencia, el viajero que visita los alrededores de Montrouge puede retroceder sin ninguna dificultad al año 1850.

En ese año yo estaba realizando una prolongada estancia en París. Estaba muy enamorado de una joven dama que, aunque correspondía a mi pasión, cedía de tal modo a los deseos de sus padres que había prometido no verme ni cartearse conmigo durante un año. Yo también me había visto obligado a acceder a estas condiciones bajo la vaga esperanza de la aprobación paterna. Durante el tiempo de prueba había prometido permanecer fuera del país y no escribirle a mi amor hasta que hubiera transcurrido el año.

Por supuesto, el tiempo me pesaba horriblemente. No había nadie de mi familia o círculo que pudiera hablarme de Alice, y nadie de su propia familia tenía, lamento decirlo, la suficiente generosidad como para enviarme siquiera alguna palabra de aliento ocasional relativa a su salud y bienestar. Pasé seis meses vagando por Europa, pero como no podía hallar una distracción satisfactoria en el viaje, decidí ir a París, donde al menos estaría al alcance de cualquier llamada de Londres en caso de que la buena suerte me reclamara antes de terminar el plazo. Ese «la esperanza diferida enferma el corazón» nunca estuvo mejor ejemplificado que en mi caso, porque, además del perpetuo anhelo de ver el rostro que amaba, siempre estaba conmigo la torturante ansiedad de que algún accidente pudiera impedirme mostrarle a Alice a su debido tiempo que, durante el largo período de prueba, había sido fiel a su confianza y a mi amor. Así, cualquier aventura que emprendí tenía en sí misma un intenso placer, porque estaba cargada de posibles consecuencias más de las que normalmente hubiera afrontado.

Como todos los viajeros, agoté los lugares de mayor interés al primer mes de mi estancia, y al segundo mes me sentí impulsado a buscar diversión allá donde pudiera. Tras efectuar diversas excursiones a los suburbios más conocidos, empecé a ver que existía una terra incognita, en lo que a las guías de viaje se refería, en las selvas sociales que se extendían entre esos puntos de atracción. En consecuencia, empecé a sistematizar mis investigaciones, y cada día tomaba el hilo de mi exploración en el lugar donde lo había dejado caer el día anterior.

A lo largo del tiempo, mi vagabundeo me llevó cerca de Montrouge, y vi que por allí se extendía la última Thule de la exploración social, un país tan poco conocido como el que rodea las fuentes del Nilo Blanco. Y así decidí investigar filosóficamente a los traperos: su hábitat, su vida y sus medios de vida.

El trabajo era desagradable, difícil de realizar y con pocas esperanzas de una recompensa adecuada. Sin, embargo, pese a la razón, prevaleció la obstinación, y entré en mi nueva investigación con más energía de la que hubiera podido apelar para que me ayudara en, cualquier otra investigación que me condujera a cualquier otro fin, valioso o digno de estima.

Un día, a última hora de una espléndida tarde de finales de setiembre, entré en el sanctasanctórum de la ciudad de la basura. El lugar era evidentemente la morada reconocida de un buen número de traperos, porque se manifestaba una especie de orden en la formación de los montículos de basura al lado de la carretera. Pasé entre esos montículos, que se erguían como ordenados centinelas, decidido a penetrar más profundamente y rastrear la basura hasta su última localización.

Mientras avanzaba, vi detrás de los montículos de basura algunas formas que iban de aquí para allá, vigilando evidentemente con interés la aparición de cualquier extraño a aquel lugar. El distrito era como una pequeña Suiza, y mientras avanzaba mi tortuoso camino se cerró a mis espaldas.

Finalmente, llegué a lo que parecía una pequeña ciudad o comunidad de traperos. Había un cierto número de chozas o chabolas, como las que pueden encontrarse en las remotas partes del pantano de Allan -toscos lugares con paredes de cañas recubiertas con mortero de barro y con techos de paja hechos de los residuos de los establos-, lugares a los que uno no desearía entrar bajo ningún concepto, y que incluso en las acuarelas sólo podían parecer pintorescos si eran tratados juiciosamente. En medio de esas cabañas había una de las más extrañas adaptaciones -no puedo decir habitaciones- que jamás haya visto. Un inmenso y viejo guardarropa, los colosales restos de algún boudoir de Carlos VII, o Enrique II, había sido convertido en una morada. Las dobles puertas estaban abiertas, de modo que todo su interior quedaba a la vista del público. La mitad abierta del guardarropa era una sala de estar de metro veinte por metro ochenta, donde se sentaban, fumando sus pipas alrededor de un brasero de carbón, no menos de seis viejos soldados de la Primera República, con sus uniformes arrugados y deshilachados. Evidentemente, eran de la clase de los mauvais sujets; sus turbios ojos y sus mandíbulas colgantes hablaban con claridad de un amor común a la absenta; y sus ojos tenían esa expresión perdida y consumida que es el sello del borracho en sus peores momentos, y ese semblante de adormecida ferocidad que sigue a la estela del copioso beber. El otro lado estaba como en sus viejos tiempos, con sus estantes intactos, excepto que habían sido cortados en profundidad por la mitad y en cada estante, de los que había seis, se había habilitado una cama hecha con trapos y paja. La media docena de respetables que vivían en aquella estructura me miraron con curiosidad cuando pasé, y cuando les devolví la mirada tras haberlos rebasado unos pasos vi que unían sus cabezas en una susurrada conferencia. No me gustó en absoluto el aspecto de todo aquello, porque el lugar era muy solitario y los hombres tenían un aspecto muy, muy villano. De todos modos, no vi ninguna causa para tener miedo, y seguí adelante, penetrando más y más en el Sahara. El camino era tortuoso hasta cierto grado y, tras avanzar en una serie de semicírculos, como cuando uno patina en una pista de patinaje, no tardé en sentirme confuso con respecto a los puntos cardinales.

Cuando hube penetrado un poco más vi, al doblar la esquina de un medio montículo, sentado sobre un montón de paja, a un viejo soldado con una deshilachada chaqueta.

«Vaya -me dije a mí mismo-; la Primera República está bien representada aquí en sus soldados.»

Cuando pasé por su lado, el viejo ni siquiera alzó la vista hacia mí, sino que miró al suelo con estólida persistencia. De nuevo observé para mí mismo: «¡Mira lo que puede hacer una vida de duras batallas! La curiosidad de este hombre es una cosa del pasado».

Cuando hube dado algunos pasos más, sin embargo, miré bruscamente hacia atrás y vi que la curiosidad no, estaba muerta, porque el veterano había alzado la cabeza y me estaba mirando con una expresión muy curiosa. Tuve la impresión de que su aspecto era muy parecido al de los seis respetables de antes. Cuando me vio mirarle, bajó la cabeza; y sin pensar más en él seguí mi camino, satisfecho de que hubiera un extraño parecido entre aquellos viejos guerreros.

Poco después hallé a otro viejo soldado en las mismas condiciones. Él tampoco reparó en mí cuando pasé por su lado.

Por aquel entonces era ya última hora de la tarde, y empecé a pensar en volver sobre mis pasos. Así que di la vuelta para regresar, pero pude ver un cierto número de caminos que iban entre los diferentes montículos y no pude decidir cuál de ellos debía tomar. En mi perplejidad, deseé ver a alguien a quien poder preguntarle el camino, pero no vi a nadie. Decidí avanzar más e intentar encontrar a alguien... no un veterano.

Conseguí mi objetivo, porque, después de recorrer un par de cientos de metros, vi delante de mí una choza como nunca había visto antes, con la diferencia sin embargo de que no era para vivir, sino simplemente un techo con tres paredes, abierta por delante. Por las evidencias que mostraba el vecindario, supuse que era un lugar de clasificación y distribución. Dentro había una vieja mujer arrugada y encorvada por la edad; me acerque a ella para preguntarle el camino.

Se levantó cuando me aproximé y le pregunté por dónde debía ir. Inmediatamente inició una conversación, y se me ocurrió que allá en el centro mismo del Reino de la Basura estaba el lugar donde reunir detalles sobre la historia de los traperos parisinos, en particular si podía obtenerlos de los labios de alguien que parecía como si fuera uno de sus más antiguos habitantes.

Empecé con mis preguntas, y la vieja me dio repuestas muy interesantes, había sido una de las mujeres que hacían calceta mientras se sentaban cada día ante la guillotina, y había tomado una parte activa entre las mujeres que se destacaron por su violencia en la revolución. Mientras hablábamos, dijo de pronto:

-Pero m'sieur tiene que estar cansado de estar de pie.

Y le quitó el polvo a un viejo y tambaleante taburete para que me sentara. No me gustó hacerlo por muchas razones, pero la pobre vieja era tan educada que no quise correr el riesgo de ofenderla rehusando, y, además, la conversación de alguien que había estado en la toma de la Bastilla era tan interesante que me senté, y así prosiguió nuestra conversación.

Mientras hablábamos, un hombre viejo -más viejo y más encorvado y lleno de arrugas incluso que la mujer apareció de detrás de la choza.

-Éste es Pierre -me dijo ella-. M'sieur puede oír ahora las historias que desee, pues Pierre estuvo en todas partes, desde la Bastilla hasta Waterloo.

El viejo tomó otro taburete a petición mía, y nos sumergimos en un mar de reminiscencias revolucionarias. Este viejo, aunque vestido como un espantapájaros, era como cualquiera de los seis veteranos.

Ahora estaba sentado en el centro de la baja choza con la mujer a mi izquierda y el hombre a mi derecha, los dos un poco frente a mí. El lugar estaba lleno de todo tipo de curiosos objetos de madera, y de muchas otras cosas que hubiera deseado que estuviesen muy lejos. En una esquina había un montón de trapos que parecían moverse por la cantidad de bichos que contenían y, en la otra, un montón de huesos cuyo olor estremecía un poco. De tanto en tanto, al mirar aquellos montones, podía ver los relucientes ojos de alguna de las ratas que infestaban el lugar. Aquellos asquerosos objetos eran ya bastante malos, pero lo que tenía peor aspecto todavía era una vieja hacha de carnicero con un mango de hierro manchado con coágulos de sangre apoyada contra la pared a la derecha. De todos modos, estas cosas no me preocupaban mucho. La charla de los dos viejos era tan fascinante que seguí y seguí, hasta que llegó la noche y los montículos de trapos arrojaron oscuras sombras sobre los valles que había entre ellos.

Al cabo de un tiempo, empecé a intranquilizarme, no podía decir cómo ni por qué, pero de alguna forma no me sentía satisfecho. La intranquilidad es un instinto y una advertencia. Las facultades psíquicas son a menudo los centinelas del intelecto, y cuando hacen sonar la alarma, la razón empieza a actuar, aunque quizá no conscientemente.

Así ocurrió conmigo. Empecé a tomar consciencia de dónde estaba y de lo que me rodeaba, y a preguntarme cómo actuaría en caso de ser atacado; y luego estalló bruscamente en mí el pensamiento, aunque sin ninguna causa definida, de que estaba en peligro. La prudencia susurró: «Quédate quieto y no hagas ningún signo», y así me quedé quieto y no hice ningún signo, porque sabía que cuatro ojos astutos estaban sobre mí. «Cuatro ojos... si no más.» ¡Dios mío, qué horrible pensamiento! ¡Toda la choza podía estar rodeada en tres de sus lados por villanos! Podía estar en medio de una pandilla de desesperados como sólo medio siglo de revoluciones periódicas puede producir.

Con la sensación de peligro, mi intelecto y mis facultades de observación se agudizaron, y me volví más cauteloso que de costumbre. Me di cuenta de que los ojos de la vieja estaban dirigiéndose constantemente hacia mis manos. Las miré también, y vi la causa: mis anillos. En el dedo meñique de mi izquierda llevaba un gran sello y en la derecha un buen diamante.

Pensé que, si había allí algún peligro, mi primera precaución era evitar las sospechas. En consecuencia, empecé a desviar la conversación hacia la recogida de la basura, hacia las alcantarillas, hacia las cosas que se encontraban allí; y así, poco a poco, hacia las joyas. Luego, aprovechando una ocasión favorable, le pregunté a la vieja si sabía algo de aquellas cosas. Ella respondió que sí, un poco. Alcé la mano derecha y, mostrándole el diamante, le pregunté qué pensaba de aquello. Ella respondió que tenía malos los ojos y se inclinó sobre mi mano. Tan indiferentemente como pude, dije:

-¡Perdón! ¡Así lo verá mejor!

Y me lo quité y se lo tendí. Una malvada luz iluminó su viejo y arrugado rostro cuando lo tocó. Me lanzó una furtiva mirada tan rápida como el destello de un rayo.

Se inclinó por un momento sobre el anillo, con el rostro completamente neutro mientras lo examinaba. El viejo miraba fijamente a la parte delantera de la choza ante él, mientras rebuscaba en sus bolsillos y extraía un poco de tabaco envuelto en un papel y una pipa y procedía a llenarla. Aproveché la pausa y el momentáneo descanso de los inquisitivos ojos sobre mi rostro para mirar cuidadosamente a mi alrededor, ahora sombrío a la escasa luz. Todavía estaban allí todos los montículos de variada y apestosa asquerosidad; la terrible hacha manchada de sangre estaba apoyada contra la esquina de la pared de la derecha, y por todas partes, pese a la escasa luz, destellaba el refulgir de los ojos de las ratas. Las pude ver incluso a través de algunos de los resquicios de las tablas de la parte de atrás, muy junto al suelo. ¡Pero cuidado! ¡Aquellos ojos parecían más grandes y brillantes y ominosos de lo normal!

Por un instante pareció como si se me parara el corazón, y me sentí presa de aquella vertiginosa condición mental en la que uno siente una especie de embriaguez espiritual, Y como si el cuerpo se mantuviera erguido tan sólo en el sentido de que no hay tiempo de caer antes de recuperarte. Luego, en otro segundo, la calma regresó a mí..., una fría calma, con todas las energías en pleno vigor, con un autocontrol que sentía perfecto con todas mis sensaciones e instintos alertas.

Ahora sabía toda la extensión del peligro: ¡era vigilado y estaba rodeado por gente desesperada! Ni siquiera podía calcular cuántos de ellos estaban tendidos allí en el suelo detrás de la choza, aguardando el momento para atacar. Yo me sabía grande y fuerte, y ellos lo sabían también. También sabían, como yo, que era inglés y que por lo tanto lucharía; y así aguardaban. Tenía la sensación de que en los últimos segundos había conseguido una ventaja, porque sabía el peligro y comprendía la situación. Ésta, pensé, es mi prueba de valor..., la prueba de resistencia: ¡la prueba de lucha vendría más tarde!

La vieja mujer levantó la cabeza y me dijo de forma un tanto satisfecha:

-Un espléndido anillo, ciertamente... ¡un hermoso anillo! ¡Oh, sí! Hubo un tiempo en que yo tuve anillos así, montones de ellos, y brazaletes y pendientes. ¡Oh, porque en aquellos espléndidos días yo era la reina del baile! ¡Pero ahora me han olvidado! ¡Me han olvidado! ¡En realidad nunca han oído hablar de mí! ¡Quizá sus abuelos sí me recuerden, a menos algunos de ellos! Y dejó escapar una seca y cacareante risa. Y debo decir que entonces me sorprendió, porque me tendió de vuelta el anillo con un cierto asomo de gracia pasada de modo que no dejaba de ser patética.

El viejo la miró con una especie de repentina ferocidad, medio levantado de su taburete, y me dijo de pronto, roncamente:

-¡Déjemelo ver!

Estaba a punto de tenderle el anillo cuando la vieja dijo:

-¡No, no se lo entregue a Pierre! Pierre es excéntrico. Pierde las cosas; ¡y es un anillo tan hermoso!

-¡Zorra! -dijo el viejo salvajemente.

De pronto la vieja dijo, un poco más fuerte de lo necesario:

-¡Espere! Tengo que contarle algo acerca de un anillo.

Había algo en el sonido de su voz que me impresionó. Quizá fuera mi hipersensibilidad, fomentada por mi excitación nerviosa, pero por un momento pensé que no se estaba dirigiendo a mí. Lancé una mirada furtiva por el lugar y vi los ojos de las ratas en los montículos de huesos, pero no vi los ojos a lo largo del fondo. Pero mientras miraba los vi aparecer de nuevo. El «¡Espere!» de la vieja me había proporcionado un respiro del ataque, y los hombres habían vuelto a hundirse en su postura tendida.

-Una vez perdí un anillo... un hermoso aro de diamantes que había pertenecido a una reina y que me fue entregado por un recaudador de impuestos, que después se cortó la garganta porque yo lo rechacé. Pensé que debía de haber sido robado, y entre todos lo buscamos; pero no pudimos hallar ningún rastro. Vino la policía y Sugirió que debía de haber ido a las alcantarillas. Bajamos... ¡yo con mis finas ropas, porque no les iba a confiar a ellos mi hermoso anillo! Desde entonces sé mucho más sobre las alcantarillas, ¡y sobre las ratas también! Pero nunca olvidaré el horror de aquel lugar, lleno de ojos llameantes, un muro de ellos justo más allá de la luz de nuestras antorchas. Bien, bajamos debajo de mi casa. Buscamos la salida de la alcantarilla y allá, en medio de las inmundicias, hallamos mi anillo, y salimos.

»¡Pero también hallamos algo más antes de salir! Cuando nos dirigíamos hacia la salida, un montón de ratas de alcantarilla -humanas esta vez- vino hacia nosotros. Dijeron a la policía que uno de ellos había ido a las alcantarillas, pero no había regresado. Había ido sólo un poco antes que nosotros y, si se había perdido, no podía estar muy lejos. Pidieron que les ayudaran, así que volvimos. Intentaron impedir que fuera con ellos, pero insistí. Era una nueva excitación, y ¿no había recuperado mi anillo? No habíamos ido muy lejos cuando tropezamos con algo. Había muy poca agua, y el fondo de la alcantarilla estaba lleno de ladrillos, residuos y materia de muy variada índole. Había luchado, incluso, cuando su antorcha se apagó. ¡Pero eran demasiadas para él! ¡No les había durado mucho! Los huesos todavía estaban calientes, pero completamente mondos. Incluso hablan devorado a sus propias muertas, y había huesos de ratas junto con los del hombre. Los otros -los humanos- se lo tomaron con tranquilidad, y bromearon sobre su camarada cuando lo hallaron muerto. Bah, ¿qué más da, vivo o muerto?

-¿Y no tuvo usted miedo? -le pregunté.

-¡Miedo! -dijo con una risa-. ¿Yo miedo? ¡Pregúntele a Pierre! Pero entonces era más joven y, mientras recorría aquella horrible alcantarilla con su pared de ansiosos ojos, siempre moviéndose más allá del círculo de la luz de las antorchas, no me sentí tranquila. ¡Sin embargo, avancé por delante de los hombres! ¡Así es como lo hago siempre! Nunca he dejado que los hombres vayan por delante de mí. ¡Todo lo que deseo es una oportunidad y un medio! Y ellas lo devoraron..., se lo llevaron todo excepto los huesos; ¡y nadie se enteró, nadie oyó ningún sonido! Entonces estalló en un cloqueo del más terrible regocijo que jamás haya oído y visto. Una gran poetisa describe a su heroína cantando: «¡Oh, verla u oírla cantar! Apenas puedo decir qué es lo más divino».

Y puedo aplicar la misma idea a la vieja bruja..., en todo menos en la divinidad, porque difícilmente puedo decir qué era lo más diabólico, si la dura, maliciosa, satisfecha, cruel risa, o la maliciosa sonrisa y la horrible abertura cuadrada de la boca, como una máscara trágica, y el amarillento brillo de los pocos dientes descoloridos en las informes encías. En esa risa y con esa sonrisa y la cloqueante satisfacción supe, tan bien como si me lo hubiera dicho con resonantes palabras, que mi muerte estaba sentenciada, y que los asesinos sólo aguardaban el momento apropiado para su realización. Pude leer entre las líneas de su espeluznante historia las órdenes a sus cómplices. «Esperad -parecía decirles-, concedeos vuestro tiempo. Yo daré el primer golpe. ¡Hallad las armas para mí, y yo hallaré la oportunidad! ¡No escapará! Mantenedlo tranquilo y todo irá bien. No habrá ningún grito, ¡y las ratas harán su trabajo!»

Cada vez se hacía más oscuro; la noche estaba llegando. Lancé una furtiva mirada por la choza a mi alrededor: todo seguía igual. La ensangrentada hacha en el rincón, los montones de porquería, y los ojos en los montones de huesos y en las rendijas junto al suelo.

Pierre había estado llenando ostensiblemente su pipa; ahora encendió una cerilla y empezó a dar profundas chupadas. La vieja mujer dijo:

-¡Vaya, qué oscuro es! ¡Pierre, enciende la lámpara como un buen chico!

Pierre se levantó y, con la cerilla encendida en la mano, tocó el pábilo de una lámpara que colgaba a un lado de la entrada de la choza y que tenía un reflector que arrojaba la luz por todo el lugar. Era evidente que la usaban para salir por la noche.

-¡Ésa no, estúpido! ¡Ésa no! ¡La linterna! -le gritó la mujer.

Él la apagó de inmediato y dijo:

-De acuerdo, madre, la buscaré.

Y se puso a revolver por la esquina izquierda de la estancia, mientras la vieja decía en la oscuridad:

-¡La linterna! ¡La linterna! ¡Oh! Ésa es la luz más útil para nosotros los pobres. ¡La linterna fue la amiga de la revolución! ¡Es la amiga del traperero! Nos ayuda cuando todo lo demás falla.

Apenas había acabado de pronunciar la última palabra cuando hubo una especie de crujido por todo el lugar, y algo se arrastró firmemente sobre el techo.

De nuevo creí leer entre líneas sus palabras. Conocía la lección de la linterna.

«Uno de vosotros subid al techo con un nudo corredizo y estranguladlo cuando pase si dentro fracasamos.»

Cuando miré por la abertura vi el lazo de una cuerda silueteado en negro contra el cielo. ¡Estaba realmente rodeado!

Pierre no tardó en hallar la linterna. Mantuve los ojos fijos en la vieja a través de la oscuridad. Pierre procedió a encender la luz, y al destello de la chispa vi a la vieja alzar del suelo a su lado, donde había aparecido misteriosamente, y luego ocultar en los pliegues de su ropa, un cuchillo largo y afilado o una daga. Parecía un cuchillo de carnicero al que se le había proporcionado una punta aguzada.

La linterna empezó a arder.

-Tráela aquí, Pierre -dijo la mujer-. Colócala en la entrada, donde pueda verla. ¡Qué hermosa es! Aleja de nosotros la oscuridad; ¡es perfecta!

¡Perfecta para ella y sus propósitos! Arrojava toda su luz sobre mi rostro, dejando en la penumbra los rostros de Pierre y de la mujer, que permanecían sentados más afuera de mí a cada lado.

Sentí que el momento de la acción se aproximaba, pero ahora sabía que la primera señal y movimiento procederla de la mujer, así que la vigilé a ella.

Estaba totalmente desarmado, pero ya había decidido qué hacer. Al primer movimiento, agarraría el hacha de carnicero del rincón de la derecha y me abriría paso hacia fuera. Al menos moriría luchando. Eché una mirada a mi alrededor para fijar su lugar exacto, a fin de no fallar al agarrarla al primer esfuerzo, porque el tiempo y la exactitud serían preciosos.

¡Buen Dios! ¡Había desaparecido! Todo el horror de la situación cayó sobre mí; pero el pensamiento más amargo de todos fue que si el resultado de aquella terrible situación era en mi contra, Alice sufriría infaliblemente. O bien me creerla un falso -y cualquier enamorado, o cualquiera que lo ha estado alguna vez, puede imaginar la amargura del pensamiento-, o seguiría amándome durante mucho tiempo después de que me hubiera perdido para ella y para el mundo, y así su vida se vería rota y amargada, destrozada por la decepción y la desesperación. La auténtica magnitud del dolor me aferró y me dio ánimos para soportar el terrible escrutinio de los conspiradores.

Creo que no me traicioné. La vieja mujer me estaba observando como un gato observa a un ratón; tenía su mano derecha oculta en los pliegues de su ropa, aferrando, como ya sabía, aquella larga daga de aspecto cruel. Tuve la sensación de que si hubiera visto alguna inquietud en mi rostro hubiera sabido que había llegado el momento, y hubiera saltado sobre mí como una tigresa, segura de atraparme descuidado.

Miré a la derecha, y vi allí una nueva causa de peligro. Delante y alrededor de la choza había a poca distancia algunas formas sombrías; estaban completamente inmóviles, pero sabía que todas estaban alertas y en guardia. Tenía pocas posibilidades en aquella dirección.

Eché de nuevo una mirada a mi alrededor. En momentos de gran excitación y gran peligro, que es también excitación, la mente trabaja muy rápido, y la agudeza de las facultades que dependen de la mente crece en proporción. Entonces lo sentí. En un instante abarqué toda la situación. Vi que el hacha había sido retirada a través de un pequeño agujero hecho en una de las podridas planchas. Tenía que estar muy podrida para permitir algo así sin siquiera un ruido.

La choza era una típica ratonera, y estaba guardada a todo su alrededor. Un verdugo aguardaba tendido en el techo, listo para ahorcarme con su cuerda si yo conseguía escapar de la daga de la vieja bruja. Delante, el camino estaba guardado por no sabía cuántos vigilantes. Y en la parte de atrás había una hilera de hombres desesperados -había visto de nuevo sus ojos a través de, las grietas en las tablas del suelo, cuando miré por última vez- mientras permanecían tendidos aguardando la señal de ponerse en pie. ¡Si tenía que ser alguna vez, que fuera ahora!

Tan fríamente como fui capaz me giré un poco en mi taburete a fin de meter bien mi pierna derecha debajo de mi cuerpo. Luego, con un repentino salto, girando la cabeza hacia un lado y protegiéndola con las manos, y con el instinto de lucha de los antiguos caballeros, pronuncié el nombre de mi dama y me lancé contra la pared de atrás de la choza.

Pese a lo muy atentos que estaban, lo repentino de mi movimiento sorprendió tanto a Pierre como a la vieja. Al tiempo que atravesaba las podridas planchas, vi a la mujer levantarse de un salto, como un tigre, y oí su grito ahogado de contenida rabia. Mis pies golpearon algo que se movía, y mientras saltaba alejándome de ello supe que había pisado la espalda de uno de la hilera de hombres que permanecían tendidos boca abajo fuera de la choza. Recibí rasguños de clavos y astillas, pero por otro lado salí incólume. Sin aliento, trepé por el montículo que tenía delante, al tiempo que oía el sordo ruido de la choza al desplomarse en una masa informe.

Fue una ascensión de pesadilla. El montículo, aunque bajo, era horriblemente empinado y, con cada paso que daba, la masa de tierra y cenizas cedía y se hundía bajo mis pies. El polvo se alzaba y me ahogaba; era mareante, fétido, horrible, pero sabía que era una carrera a vida o muerte, y seguí luchando. Los segundos parecieron horas, pero los breves momentos que había conseguido, combinados con mi juventud y mi fuerza, me proporcionaron una gran ventaja y, aunque varias formas echaron a correr tras de mí en un mortal silencio que era más terrible que cualquier sonido, alcancé fácilmente la cima.

Posteriormente he subido el cono del Vesubio y, mientras escalaba aquella desolada ladera entre los humos sulfurosos, el recuerdo de aquella horrible noche en Montrouge me vino a la memoria tan vívidamente que casi me desvanecí.

El montículo era uno de los más altos de la zona, y mientras trepaba hasta la cima, jadeando en busca de aliento y con el corazón latiendo como un martillo pilón, vi a lo lejos, a mi izquierda, el apagado resplandor rojizo del cielo, y más cerca aún el llamear de unas luces. ¡Gracias a Dios! ¡Ahora sabía dónde estaba y dónde hallar el camino hasta París!

Hice una pausa durante dos o tres segundos y miré atrás. Mis perseguidores estaban todavía muy retrasados, pero ascendían resueltamente y en un mortal silencio. Más allá, la choza era una ruina... una masa de maderos y formas que se movían. Podía verla bien, porque las llamas estaban empezando ya a apoderarse de ella; los trapos y la paja se habían incendiado, evidentemente, a causa de la linterna. ¡Y todavía el silencio! ¡Ni un sonido! Aquellos pobres desgraciados sabían aceptar al menos las cosas.

No tuve tiempo más que para una mirada de pasada, porque, cuando observé a mi alrededor en busca del mejor lugar para bajar, vi varias formas oscuras corriendo a ambos lados para cortarme el camino. Ahora era una carrera por mi vida. Estaban intentando adelantarme en mi camino hacia París y, con el instinto del momento, me lancé a descender por el lado de la derecha. Fue justo a tiempo porque, aunque bajé en lo que me parecieron unos pocos pasos, los viejos y cautelosos hombres que estaban observándome dieron la vuelta, y uno de ellos, mientras yo corría por la abertura entre los dos montículos de delante, casi me alcanzó con un golpe de aquella terrible hacha de carnicero. ¡Seguro que no podía haber allí dos de aquellas armas!

Entonces empezó una caza auténticamente horrible. Me adelanté fácilmente a los viejos, e incluso cuando algunos hombres más jóvenes y unas cuantas mujeres se unieron a la caza, los distancié con facilidad. Pero no conocía el camino, y ni siquiera podía guiarme por la luz en el cielo, porque estaba corriendo en sentido contrario a ella. Había oído que, a menos que tengan un propósito consciente, los hombres perseguidos siempre giran hacia la izquierda, y eso descubrí que estaba haciendo ahora; y supongo que eso lo

sabían también mis perseguidores, que eran más animales que hombres, y con astucia o instinto habían descubierto por sí mismos tales secretos: porque tras una rápida carrera, tras la cual esperaba tomarme un momento de respiro, vi de pronto delante de mí a dos o tres formas que pasaban velozmente por detrás de un montículo a la derecha.

¡Estaba metido en una tela de araña! Pero con el pensamiento de este nuevo peligro llegó la resolución del cazado, y así eché a correr por el siguiente giro a la derecha. Proseguí en esta dirección durante unos cien metros, y luego, girando de nuevo a la izquierda, me aseguré de que al menos había evitado el peligro de ser rodeado.

Pero no de la persecución, porque la turba seguía tras de mí, firme, resuelta, incansable, y todavía en un hosco silencio.

En la creciente oscuridad, los montículos parecían ahora ser un poco más pequeños que antes, aunque -cuando la noche se estaba cerrando aparentaban ser más grandes en proporción. Ahora estaba muy por delante de mis perseguidores, así que trepé rápidamente por el montículo que tenía delante.

¡Alegría de alegrías! Estaba cerca del borde de aquel infierno de montículos de basura. Detrás, lejos de mí, la luz roja de París en el cielo y, alzándose detrás, las alturas de Montmartre... una luminosidad débil, con algunos puntos brillantes como estrellas aquí y allá.

Con el vigor restablecido en un momento, corrí por los pocos montículos de tamaño decreciente que faltaban, y me hallé en el terreno llano más allá. Incluso entonces, sin embargo, la perspectiva no era invitadora. Todo delante de mí era oscuro y deprimente, y evidentemente había llegado a uno de esos lugares desiertos, húmedos y llanos que pueden hallarse aquí y allá en las inmediaciones de las grandes ciudades. Lugares yermos y desolados, donde el espacio es requerido para la aglomeración definitiva de todo lo que es nocivo, y el terreno es demasiado pobre para crear un deseo de ocupación incluso entre la gente más baja. Con los ojos acostumbrados a la semioscuridad del anochecer, y lejos ahora de las sombras de aquellos terribles montículos de

basura, podía ver mucho más fácilmente que hacía unos momentos. Era posible, por supuesto, que el resplandor en el cielo de las luces de París, aunque la ciudad estaba a algunos kilómetros de distancia, se reflejara aquí. Fuera lo que fuese, veía lo suficiente como para percibir todo lo que había a una cierta distancia a mi alrededor.

Delante había una lúgubre y plana extensión que parecía casi una llanura muerta, con el oscuro brillo de charcas de agua estancada aquí y allá. Aparentemente muy lejos a la derecha, entre un pequeño racimo de luces dispersas, se alzaba la oscura masa de Fort Montrouge, y lejos a la izquierda, en la oscura distancia, marcadas por el apagado brillo de las ventanas de algunas casas, las luces en el cielo mostraban la situación de Bicêtre. Un momento de reflexión me decidió a dirigirme hacia la derecha e intentar alcanzar Montrouge. Allí al menos habría algún tipo de seguridad, y posiblemente llegaría antes a alguno de los cruces de carreteras que conocía. En alguna parte, no muy lejos, tenía que estar la estratégica carretera que conectaba la cadena de fuertes que rodeaba la ciudad.

Entonces miré hacia atrás. Sobre los montículos, y silueteados en negro contra el resplandor del horizonte parisino, vi varias figuras que se movían, y más a la derecha otras varias que se desplegaban entre yo y mi destino. Evidentemente, tenían intención de cortarme el paso en aquella dirección, y así mis elecciones se vieron reducidas; ahora se limitaban a ir directamente al frente o girar a la izquierda. Me incliné hacia el suelo, a fin de conseguir la ventaja del horizonte como línea de visión, y miré con atención en aquella dirección, pero no pude detectar ningún signo de mis enemigos. Argumenté que, puesto que no habían protegido o no intentaban proteger aquel punto, eso significaba que había allí un evidente peligro para mí de todos modos. Así que decidí avanzar directamente al frente.

No era una perspectiva invitadora y, a medida que avanzaba, la realidad se hizo peor. El terreno se volvió blando y rezumante, y de tanto en tanto cedía bajo mis pies de una forma desagradable. De alguna forma, parecía descender, porque vi a mi alrededor lugares aparentemente más elevados que donde estaba, y esto en un lugar que desde un poco más atrás parecía llano por completo. Miré a mi alrededor, pero no pude ver a ninguno de mis perseguidores. Aquello era extraño, porque durante todo el tiempo aquellos pájaros nocturnos me habían seguido en la oscuridad con tanta facilidad como si fuera a plena luz del día. Cómo me reproché el haber salido con mi traje de turista de tweed de color claro. El silencio, al no ser capaz de ver a mis enemigos mientras tenía la sensación de que ellos me estaban observando, era cada vez más terrible; y en la esperanza de que alguien que no fueran ellos me oyera, alcé la voz y grité varias veces. No hubo ni la más ligera respuesta, ni siquiera el eco recompensó mis esfuerzos. Durante un tiempo me mantuve inmóvil y clavé los ojos en una dirección. En uno de los lugares elevados a mi alrededor vi algo oscuro que se movía, luego otro, y otro. Era a mi izquierda, y al parecer se movían para adelantarme.

Creí que con mi habilidad como corredor podría de nuevo eludir a mis enemigos en aquel juego, y así eché a correr a toda velocidad.

¡Chap!

Mis pies cayeron en una masa fangosa, y caí cuando largo era en un hediondo charco de agua estancada. El agua y el lodo en el cual mis brazos se hundieron hasta el codo eran sucios y nauseabundos más allá de toda descripción, y con lo repentino de mi caída llegué a tragar algo de aquella asquerosa materia, que casi estuvo a punto de ahogarme y me hizo jadear en busca de aliento. Nunca olvidaré los momentos durante los cuales me mantuve inmóvil tras ponerme en pie, intentando recuperarme, al borde del desvanecimiento, del fétido olor del asqueroso charco, cuyos blancuzcos vapores se alzaban como fantasmas a mi alrededor. Lo peor de todo fue que, con la aguda desesperación del animal cazado cuando ve a la jauría perseguidora lanzarse contra él, vi ante mis ojos, mientras permanecía de pie, impotente, las oscuras formas de mis perseguidores avanzando rápidamente para rodearme.

Resulta curioso cómo nuestras mentes elaboran extraños vericuetos incluso cuando las energías del pensamiento se hallan en apariencia concentrados en alguna terrible y apremiante necesidad. Mi vida estaba en momentáneo peligro, mi seguridad dependía de mi acción, y mi elección de alternativas tenía que actuar ahora casi a cada paso que diera, y sin embargo no podía pensar más que en la extraña y testaruda persistencia de aquellos viejos. Su silenciosa resolución, su firme y hosca persistencia, despertaban incluso en aquellas circunstancias en mí, además de miedo, una cierta medida de respeto. Me pregunté qué hubiera ocurrido de estar en el vigor de su juventud. ¡Ahora podía comprender aquel arranque de energía en el puente de Arcola, aquella burlona exclamación de la Vieja Guardia en Waterloo! El homenaje inconsciente tiene sus propios placeres, incluso en tales momentos; pero afortunadamente no choca de ninguna forma con el pensamiento del cual brota la acción.

Me di cuenta a primera vista de que, aunque me sentía derrotado en mi objetivo, mis enemigos todavía no habían vencido. Habían conseguido rodearme por tres lados y estaban intentando empujarme hacia la izquierda, donde había ya algún peligro para mí, pero no habían dejado guardia. Acepté la alternativa: era un caso de elección de Hobson y de correr. Tenía que mantenerme en terreno bajo, porque mis perseguidores estaban en los lugares más altos. Sin embargo, aunque el rezumante y quebrado suelo dificultaba mi marcha, mi juventud y mi entrenamiento me permitieron mantener la distancia y conservar una línea en diagonal que no sólo les impedía ganar terreno sobre mí, sino que incluso empezó a distanciarlos. Esto me dio nuevo valor y fuerza, y por aquel entonces mi entrenamiento habitual empezaba a tomar de nuevo el mando y había recuperado el aliento. Delante de mí, el terreno ascendía ligeramente. Me apresuré ladera arriba y descubrí delante de mí una extensión de chapoteante terreno, con un bajo dique o talud de aspecto oscuro y ominoso más allá. Tuve la sensación de que, si podía alcanzar con seguridad aquel dique, entonces, con terreno sólido bajo mis pies y algún tipo de sendero que me guiara, podría hallar con cierta facilidad una forma de salir de mis apuros. Tras una mirada a derecha e izquierda y sin ver a nadie cerca, mantuve los ojos durante unos breves minutos fijos en mis pies, para comprobar que trabajaban correctamente a la hora de cruzar aquel terreno pantanoso. Fue un trabajo duro y desagradable, pero había poco peligro, tan sólo esfuerzo; y al poco tiempo estaba en el dique. Subí exultante su ladera, pero allí me sacudió una nueva conmoción. A ambos lados de mí se alzaron un cierto número de figuras agazapadas. Se lanzaron contra mí desde la derecha y desde la izquierda. Entre todos, a cada lado, sujetaban una cuerda.

El cerco estaba casi completo. No podía ir a ningún lado, y el fin estaba cerca.

Sólo había una posibilidad, y la tomé. Me dejé resbalar por el dique y, para escapar de las garras de mis enemigos, me lancé a la corriente.

En cualquier otra circunstancia hubiera pensado que el agua estaba sucia y asquerosa, pero ahora le di la bienvenida como si fuera una corriente cristalina para un viajero sediento. ¡Era un camino a la seguridad!

Mis perseguidores se lanzaron tras de mí. Si tan sólo uno de ellos hubiera sujetado la cuerda, me hubieran cogido, porque me hubiera enredado con ella antes de tener tiempo de dar una brazada; pero las muchas manos que la sujetaban les dificultaron y retrasaron, y cuando la cuerda golpeó el agua oí el chapoteo muy detrás de mí. Unos minutos de fuertes brazadas me llevaron al otro lado de la corriente. Refrescado por la inmersión y alentado por la escapatoria, subí al dique del otro lado con un espíritu relativamente alegre.

Miré hacia atrás desde arriba. Por entre la oscuridad vi a mis asaltantes dispersarse a lo largo del dique hacia arriba y hacia abajo. Evidentemente, la persecución no había terminado, y de nuevo tuve que elegir mi camino. Más allá del dique donde me hallaba había un terreno salvaje y pantanoso muy similar al que había cruzado. Decidí evitar aquel lugar, y por un momento dudé en ir dique arriba o dique abajo. Creí oír un sonido, el apagado rumor de unos remos, así que escuché y luego grité.

Ninguna respuesta, pero el sonido cesó. De alguna forma, mis enemigos habían conseguido un bote de algún tipo. Puesto que estaban más arriba de mí, tomé el camino descendente y empecé a correr. Cuando pasé a la izquierda de donde había entrado en el agua oí varios chapoteos, blandos y furtivos, como el sonido que hace una rata al sumergirse en una corriente, pero mucho mayor; y cuando miré, vi el oscuro brillo del agua roto por las ondulaciones de varias cabezas que avanzaban. Algunos enemigos estaban cruzando también a nado la corriente.

Y ahora detrás de mí, corriente arriba, el silencio se vio roto por el rápido crujir y resonar de remos; mis enemigos aceleraban su persecución. Empleé todas mis energías y seguí corriendo. Al cabo de un par de minutos, miré hacia atrás y, a la luz que se filtraba a través de las nubes, vi varias formas oscuras trepar al terraplén tras de mí. Había empezado a alzarse viento, y el agua a mi lado se estaba agitando y empezando a romperse en pequeñas olas contra la orilla. Tenía que mantener los ojos muy atentos al terreno delante de mí para evitar tropezar, porque sabía que tropezar era la muerte. Al cabo de otros pocos minutos miré de nuevo hacia atrás. En el dique sólo había unas pocas figuras oscuras, pero cruzando el terreno pantanoso había muchas más. Ignoraba qué nuevo peligro significaba esto, sólo podía suponerlo. Luego, mientras corría, tuve la sensación de que mi camino seguía desviándose hacia la derecha. Miré al frente y vi que el río era mucho más ancho que antes, y que el dique sobre el que estaba desaparecía allí delante, y que más allá había otra corriente en cuya orilla más cercana vi algunas de las formas oscuras ahora al otro lado del pantano. Me hallaba en una isla de algún tipo.

Mi situación era entonces realmente terrible, porque mis enemigos me habían atrapado entre ambos lados. Detrás de mí llegaba el acelerado rumor de los remos, como si mis perseguidores supieran que el fin estaba cerca. A mi alrededor, a cada lado, sólo había desolación; no había ningún techo, ninguna luz, hasta tan lejos como podía ver. Muy lejos a la derecha se alzaba una masa oscura, pero no sabía lo que era. Me detuve un momento para pensar en qué debía hacer, no mucho tiempo, porque mis perseguidores se estaban acercando. Entonces me decidí. Me deslicé orilla abajo y me lancé al agua. Lo hice de cabeza, a fin de aprovechar la corriente para rebasar el remolino de la isla. Aguardé hasta que una nube cruzó por delante de la luna y lo sumió todo en la oscuridad. Entonces me quité el sombrero y lo deposité suavemente en el agua, dejando que flotara con la corriente, y un segundo más tarde me zambullí hacia la derecha y me mantuve bajo el agua con todas mis fuerzas. Supongo que estuve medio minuto bajo el agua, y cuando salí lo hice tan suavemente como pude; me volví y miré hacia atrás. Allá iba mi sombrero de color pardo claro flotando alegremente corriente abajo. Muy cerca detrás apareció un viejo bote desvencijado, impulsado furiosamente por un par de remeros. La luna estaba todavía parcialmente oscurecida por las derivantes nubes, pero a la media luz pude ver a un hombre en la proa sujetando, lista para golpear, lo que me pareció que era la misma terrible hacha de la que antes habla escapado. Mientras miraba, el bote se acercó, se acercó, y el hombre golpeó salvajemente. El sombrero desapareció. El hombre cayó hacia adelante, casi fuera del bote. Sus camaradas lo sujetaron, pero sin el hacha, y luego, mientras me volvía con todas mis energías para alcanzar la otra orilla, oí el feroz retumbar de la palabra «Sacré!» que indicaba la ira de mis frustrados perseguidores.

Ése fue el primer sonido que oí de unos labios humanos durante toda aquella terrible caza, y por muchas amenazas y peligros que me acechaban, fue un sonido bienvenido porque rompió aquel terrible silencio que me envolvía y abrumaba. Era como un signo claro de que mis oponentes eran hombres y no fantasmas, y que ante ellos tenía al menos las posibilidades de un hombre, aunque uno contra muchos.

Pero ahora que el conjuro del silencio se había roto, los sonidos llegaron numerosos y rápidos. Del bote a la orilla y de vuelta de la orilla al bote llegaron una rápida pregunta y una rápida respuesta, todo ello en feroces susurros. Miré hacia atrás, un movimiento fatal, puesto que en aquel instante alguien vio mi rostro, que se reflejó blanco en la oscura agua, y gritó. Varias manos me señalaron, y en uno o dos momentos el bote estuvo en marcha de nuevo tras de mí. Me quedaba poco trecho que recorrer, pero el bote se acercaba más y más. Unas brazadas más y estaría en la orilla, pero sentía que el bote se aproximaba, y esperé a cada segundo el golpear de un remo o cualquier otra arma contra mi cabeza. De no haber visto aquella terrible hacha desaparecer en el agua creo que no hubiera alcanzado la orilla. Oí las murmuradas maldiciones de aquellos que no remaban y la afanosa respiración de los remeros. Con un supremo esfuerzo por la vida o la libertad alcancé la orilla y salté a ella. No había un solo segundo que perder, porque detrás de mí el bote varó y varias formas saltaron en mi persecución. Alcancé la parte superior del dique y, manteniéndome a la izquierda, corrí de nuevo. El bote se separó de la orilla y siguió corriente abajo. Al ver aquello temí el peligro en aquella dirección y, volviéndome rápidamente, corrí dique abajo por el otro lado, y tras pasar un corto trecho de terreno pantanoso alcancé una llanura abierta y seguí corriendo.

Mis incansables perseguidores seguían detrás de mí. Muy lejos, más abajo, vi la misma masa oscura de antes, pero ahora estaba más cerca y era más grande. Mi corazón se estremeció de deleite, porque supe que debía de ser la fortaleza de Bicêtre, y seguí corriendo con nuevas energías. Había oído que entre cada uno y todos los fuertes que protegían París había caminos estratégicos, carreteras profundamente hundidas donde los soldados que avanzaban por ellas quedaban protegidos del enemigo. Sabía que si podía alcanzar esa carretera estaría a salvo, pero en la oscuridad no podía ver ningún signo de ella, así que seguí corriendo con la ciega esperanza de alcanzarla.

De pronto, llegué al borde de un profundo corte, Y descubrí que allá abajo avanzaba una carretera protegida a cada lado por una zanja de agua con una alta pared vertical a cada lado.

Cada vez más débil y aturdido, seguí corriendo; el terreno se volvió quebrado, cada vez más y más, hasta que me tambaleé y caí, y me levanté de nuevo, y corrí con la ciega angustia de los perseguidos. De nuevo el pensamiento de Alice me dio nervio. No destrozada su vida; lucharía y me debatida hasta el final. Con un gran esfuerzo llegué a la muralla del fuerte. Mientras me izaba trepando como un gato montés, sentí realmente una mano que intentaba agarrar la suela de mi zapato. Me hallaba ahora en una especie de calzada elevada, y delante de mí vi una débil luz. Ciego y aturdido, seguí corriendo, me tambaleé, caí, me levanté de nuevo, cubierto de polvo y sangre.

-Halt là!

Las palabras sonaron como una voz celestial. Un chorro de luz pareció envolverme, y grité de alegría.

-Qui va lá?

El sonido de unos mosquetes, el destello del acero ante mis ojos. Me agaché instintivamente, pensando que muy cerca detrás de mí venían mis perseguidores.

Otra palabra o dos, y de una puerta brotó, o eso me pareció, una marea de rojo y azul cuando salió la guardia. Todo a mi alrededor parecía arder con luz, y el destello del acero, el resonar de las armas y las fuertes y secas voces de mando me aturdieron. Cuando caí hacia adelante, totalmente agotado, un soldado me sujetó. Miré hacia atrás con temida expectación, y vi la masa de formas oscuras desaparecer en la noche. Luego debí desvanecerme. Cuando recobré mis sentidos estaba en la sala de guardia. Me dieron brandy, y tras unos momentos fui capaz de contarles algo de lo que había pasado. Luego apareció un comisario de policía, al parecer surgido del aire, como suelen hacer los agentes de policía parisinos. Escuchó atentamente, y luego consultó durante unos momentos con el oficial al mando. Al parecer estuvieron de acuerdo, porque me preguntaron si estaba con fuerzas para ir con ellos.

-¿Adónde? -pregunté, mientras me levantaba para partir.

-De vuelta a los montículos de basura. ¡Puede que quizá todavía los atrapemos!

-¡Lo intentaré! -dije.

Me miró fijamente por un momento, y de pronto dijo:

-¿No preferiría aguardar un poco o hasta mañana, joven inglés?

Aquello despertó en mí la fibra sensible que sin duda esperaba y salté en pie.

-¡Vamos ahora! -dijo-. ¡Ahora, ahora! ¡Un inglés siempre está dispuesto a cumplir con su deber!

El comisario era un buen tipo, además de astuto; me dio una amable palmada en el hombro.

-¡Brave garçon! -dijo-. Discúlpeme, pero sabía que esto le haría bien. La guardia está preparada. ¡Vamos!

Y así, cruzando directamente la sala de guardia y un largo pasadizo abovedado, salimos a la noche. Algunos de los hombres que iban delante llevaban poderosas linternas. A través de patios y por un camino descendente salimos a través de un bajo arco hasta una carretera hundida, la misma que había visto en mi huida. Se dio orden de marcha, y con un rápido y elástico paso, medio correr, medio caminar, los soldados avanzaron. Sentí renovadas mis fuerzas... ésta es la diferencia entre cazador y cazado. Una breve distancia nos llevó a un bajo puente de pontones que cruzaba la corriente. Evidentemente, se habían hecho algunos esfuerzos para dañarlo, porque las cuerdas habían sido cortadas y una de las cadenas estaba rota. Oí al oficial decir al comisario:

-¡Hemos llegado justo a tiempo! Unos minutos más, y hubieran destruido el puente. ¡Adelante, más aprisa todavía!

Y seguimos. De nuevo alcanzamos un pontón sobre la corriente; cuando llegamos a él oímos el hueco retumbar de los tambores metálicos mientras los esfuerzos por destruir el puente se renovaban. Una orden de mando, y varios hombres alzaron sus rifles.

-¡Fuego!

Sonó una descarga. Hubo un grito ahogado, y las formas oscuras se dispersaron. Pero el mal ya estaba hecho, y vimos el otro extremo del pontón derivar en la corriente. Aquello significó un retraso importante, y había transcurrido casi una hora antes de que hubiéramos renovado las cuerdas y restablecido lo suficiente el puente como para cruzarlo.

Reanudamos la persecución. Avanzamos más y más rápidamente hacia los montículos de basura.

Al cabo de un tiempo llegamos a un lugar que conocía. Había los restos de un fuego... unas pocas cenizas de madera quemada aún dejaban escapar un resplandor rojizo, pero la mayor parte estaban frías. Reconocí el emplazamiento de la choza y el montículo detrás de ella por el que había escapado y, en el parpadeante resplandor, los ojos de las ratas todavía brillaban con una especie de fosforescencia. El comisario dijo una palabra al oficial, y éste gritó:

-¡Alto!

Se ordenó a los soldados que se desplegaran y vigilaran, y luego empezamos a examinar las ruinas. El propio comisario empezó a levantar las carbonizadas tablas y la porquería, que los soldados fueron retirando y apilando a un lado. De pronto se echó hacia atrás, luego se inclinó y, alzándose, me hizo una seña.

-¡Mire! -dijo.

Era una horrible visión. Había allí un esqueleto boca abajo, una mujer por la forma, una mujer vieja por la tosca fibra de los huesos. Entre las costillas asomaba una larga daga como una púa hecha con un cuchillo de carnicero afilado, con la punta enterrada en la espina dorsal.

-Observará -dijo el comisario al oficial y a mi mientras sacaba su bloc de notas que la mujer debió de caer sobre su daga. Las ratas son muchas aquí, vea sus ojos brillar entre ese montón de huesos. Observará también -me estremecí cuando colocó su mano sobre el esqueleto- que esperaron poco tiempo, ¡porque los huesos apenas están fríos!

No había signos de nadie más cerca, ni vivo ni muerto; y así, desplegados de nuevo en línea, los soldados siguieron avanzando. Finalmente llegamos a la choza hecha con el viejo guardarropa. Nos acercamos. En cinco de los seis compartimentos había un viejo durmiendo... durmiendo tan profundamente que ni siquiera el resplandor de las linternas los despertó. Parecían viejos y hoscos y canosos, con sus rostros hundidos, arrugados y curtidos y sus bigotes blancos.

El oficial dio seca y fuertemente una voz de mando, y todos estuvieron de pie delante de nosotros en posición de firmes

-¿Que hacéis aquí?

-Estábamos durmiendo -fue la respuesta.

-¿Dónde están los otros chiffoniers? -preguntó el comisario.

-Han ido a trabajar. ¿Y vosotros?

-¡Estamos de guardia!

-¡Peste! -rio el oficial hoscamente, mientras miraba a los viejos a la cara uno tras otro y añadía con fría y deliberada crueldad:- ¡Dormidos en servicio! ¿Así es como se comporta la Vieja Guardia? ¡No me extraña lo que ocurrió en Waterloo!

A la luz de la linterna vi los hoscos y viejos rostros ponerse mortalmente pálidos, y casi me estremecí ante la expresión de los ojos del viejo cuando las risas de los soldados hicieron eco a la burla del oficial.

En aquel momento tuve la sensación de que en cierta medida había sido vengado.

Por un momento pareció como si fueran a arrojarse contra su atormentador, pero años de vida en el ejército les habían enseñado y permanecieron inmóviles.

-Sólo sois cinco -dijo el comisario-; ¿dónde está el sexto?

La respuesta llegó con una lúgubre risita.

-¡Está aquí! -y el que hablaba señaló al fondo del guardarropa-. Murió la otra noche. No va a hallar mucho de él. ¡El entierro de las ratas es rápido!

El comisario se inclinó y miró. Luego se volvió al oficial y dijo tranquilamente.

-Será mejor que nos marchemos. Ya no hay ninguna huella ahora; nada que pruebe que este hombre fue el herido por las balas de sus soldados. Probablemente lo asesinaron para cubrir sus huellas. ¡Mire! -Se inclinó de nuevo y apoyó sus manos sobre el esqueleto-. Las ratas trabajan rápido y son muchas. ¡Estos huesos todavía están calientes!

Me estremecí, y lo mismo hicieron varios de los que estaban a mi alrededor.

-¡Formen! -dijo el oficial; y así, en orden de marcha, con las linternas oscilando al frente y los veteranos acosados en medio, avanzamos con paso firme fuera de los montículos de basura y regresamos a la fortaleza de Bicétre.

Mi año de prueba terminó hace mucho tiempo, y ahora Alice es mi esposa. Pero cuando miro en retrospectiva el lapso de aquellos doce meses de mi vida, uno de los más vívidos incidentes que recuerda mi memoria es el asociado con mi visita a la Ciudad de la Basura.

EL SUEÑO DE LAS MANOS ROJAS

Lo primero que oí acerca de Jacob Settle fue una sencilla afirmación que describía su carácter: “Es un tipo triste.” Sin embargo, más tarde me di cuenta de que esa opinión solo expresaba lo que sus compañeros de trabajo pensaban de él. En aquellas palabras había cierto grado de intolerancia; les faltaba el lado positivo que toda opinión que se precie debe tener y que sitúa a la persona en la justa medida de la estima social. Pero había algo que no encajaba con el aspecto del personaje. Esto me dio que pensar y, poco a poco, y a medida que fui conociendo cada vez más el lugar y a sus compañeros de trabajo, fue creciendo mi interés por él. Supe que siempre estaba haciendo favores que podía cumplir y que en todo momento se dejaba guiar por la previsión, la paciencia y el autocontrol, verdaderos valores de la vida. Las mujeres y los niños confiaban ciegamente en él, pero, por extraño que parezca, él los evitaba, salvo cuando alguien estaba enfermo; entonces, aparecía tímido y desgarrado para ofrecer su ayuda.

Llevaba una vida muy solitaria. Él mismo se hacía las cosas de casa. Vivía en una pequeña casa de campo, lo más parecida a una cabaña, de una sola habitación y alejada del mundo, en los límites del páramo. Su existencia parecía tan triste y solitaria que me entraron ganas de animarla. Me decidí a ello un día que nos encontramos ayudando a incorporarse a un chico herido, con el que choqué accidentalmente. Fue entonces cuando me ofrecí a prestarle unos libros. Él aceptó de buen grado y, al separarnos, ya al amanecer, sentí que entre nosotros había surgido cierto grado de confianza.

Los libros me los devolvía siempre en perfecto estado y en la fecha convenida y, con el tiempo, Jacob Settle y yo llegamos a ser buenos amigos. Una o dos veces que me decidí a cruzar el páramo en domingo, me reuní con él, pero noté que no se encontraba a gusto, ni relajado, por lo que no supe si debía volver a verle o no. Lo que sí sabía es que él nunca vendría a visitarme a mí bajo ninguna circunstancia. Una tarde de domingo, regresaba yo de dar un largo paseo por el páramo y, al pasar por la cabaña de Settle, me detuve en la puerta y pregunté: “¿Qué tal está?” Como la puerta estaba cerrada, pensé que había salido. Aun así, y para guardar las formas o por simple costumbre, llamé sin esperar respuesta. Para mi sorpresa, oí una débil voz que provenía de dentro, aunque no pude descifrar lo que decía. Entré y me encontré a Jacob medio desnudo y tendido en la cama. Estaba pálido como la muerte. Las gotas de sudor le caían por el rostro. Sus manos se aferraban inconscientemente a las sábanas, del mismo modo que un hombre que se está ahogando se agarra a lo primero que encuentra. Al verme entrar, trató de incorporarse con una expresión salvaje en los ojos; los tenía muy abiertos y miraban como si algo horrible hubiese sucedido. Cuando me reconoció, volvió a tumbarse con un contenido sollozo de alivio y cerró los ojos. Permanecí de pie junto a él apenas un instante mientras jadeaba.

Entonces, abrió los ojos y me miró con una expresión de desesperación tal que, tan cierto como que estoy vivo, mejor habría sido no ver aquella mirada de terror. Me senté a su lado y le pregunté cómo se encontraba. Al principio, solo decía que no estaba enfermo, pero, entonces, después de examinarme, se incorporó apoyándose en el codo y dijo:

-Se lo agradezco, señor, le estoy diciendo la verdad. No estoy enfermo, lo que entendemos comúnmente por enfermedad, aunque solo Dios sabe si hay peor enfermedad que la que conocen los médicos. Le contaré lo que me ocurre porque usted ha sido muy amable conmigo. Confío en que nunca se lo mencionará a nadie pues, de hacerlo, sería terrible para mí. Estoy viviendo una auténtica pesadilla.

-¿Una pesadilla? -dijo con intención de animarle-. Los sueños desaparecen con la luz, incluso cuando uno despierta.

Entonces, dejé de hablar porque, antes de que pudiera decir nada más, vi la respuesta en su mirada.

-¡No, no! Eso es lo que le sucede a la gente que vive en paz y rodeada de sus seres queridos, pero es mil veces peor para los que tenemos que vivir solos. ¿Qué alegría puedo encontrar aquí cuando me despierto en medio del silencio de la noche, rodeado por este vasto páramo, lleno de voces y rostros que hacen de mi despertar una pesadilla peor que la de mis propios sueños? Usted, no tiene un pasado que le envía sus legiones en la oscuridad y en el vacío. Le ruego a Dios que nunca le ocurra.

A medida que hablaba, me di cuenta de que estaba tan seguro de sus palabras que decidí olvidarme de mi crítica. Sentí que me encontraba en presencia de una influencia que yo mismo era incapaz de comprender. No sabía qué más decirle, pero, para alivio mío, continuó hablando:

-He soñado con ello las dos últimas noches. La primera noche fue bastante intenso, pero logré superarlo. Sin embargo, en la última, el temor fue casi peor que el propio sueño porque, cuando este llegó, acabó con el recuerdo de otros momentos de dolor. Permanecí despierto justo hasta antes de que empezara a amanecer. Después, la pesadilla volvió y, desde entonces, he sentido tal angustia que he creído morir y con ella he sido presa de todos los temores que me acechan esta noche. Antes de que hubiese terminado la frase, mi mente se había repuesto lo suficiente como para darle algunas palabras de aliento:

-Intente irse a dormir esta noche un poco más temprano, antes de que anochezca. Le aseguro que descansar le vendrá bien. A partir de hoy ya no volverá a tener más pesadillas.

Movió la cabeza, resignado. Estuve un poco más a su lado y, después, le dejé solo. Cuando llegué a casa, preparé mis cosas. Había decidido pasar con Jacob Settle su vigilia en la cabaña del páramo. Pensé que, si conseguía dormirse antes de la puesta de sol, se despertaría antes de medianoche y, entonces, justo cuando las campanas de la ciudad diesen las once, yo estaría apostado justo a su puerta con una bolsa con la cena, un termo grande, un par de velas y un libro. La luna brillaba e inundaba todo el páramo con una luz tan intensa que parecía de día. De repente, cruzaron el cielo unas nubes negras, que crearon una oscuridad casi tangible. Abrí la puerta con cuidado y entré sin despertar a Jacob. Dormía boca arriba y pude ver su rostro lívido. Estaba bañado en sudor. Intenté imaginar qué visiones estarían pasando por aquellos ojos cerrados, visiones capaces de llevar consigo el sufrimiento y el dolor que se plasmaban en aquel rostro. No pude hacerme a la idea, y esperé a que se despertara. Fue algo repentino y extraño que me estremecí. Mientras se incorporaba y volvía a echarse hacia atrás, de sus labios blanquecinos salió un gemido cavernoso que no debía de ser sino el final de una serie de pensamientos que le habían invadido con anterioridad.

-Si está soñando, debe de ser con algo terrible. ¿Cuál puede ser ese suceso desgraciado del que me habló? -pensé para mis adentros.

Mientras me detenía en este pensamiento, Jacob se dio cuenta de mi presencia. Me sorprendió que no dudase si se encontraba dormido o despierto, tal y como suele sucedernos recién despertados. Con un grito de alegría, me agarró la mano entre las suyas, húmedas y temblorosas, como un chiquillo atemorizado agarra a alguien a quien ama. Intenté tranquilizarle:

-Ya está, ya está, no pasa nada. He venido para estar con usted, juntos intentaremos luchar contra ese maldito sueño.

De repente, me soltó la mano. Se dejó caer en la cama y se cubrió los ojos con las manos.

-¿Enfrentarnos a ese maldito sueño? ¡No, señor, no! Ninguna fuerza mortal puede enfrentarse a este sueño que proviene de Dios y arde aquí -dijo mientras se golpeaba la frente. A continuación, siguió hablando:

-Es el mismo sueño, siempre el mismo, cada vez más fuerte. Me tortura una y otra vez.

-¿Con qué sueña? -le pregunté creyendo que hablar de ello podría aliviarle.

Se apartó de mí y, tras una larga pausa, dijo:

-No, creo que es mejor no contárselo. Puede que no vuelva a soñar.

Estaba claro que ocultaba algo, algo que se escondía en el sueño.

-Está bien. Espero que no sueñe más, pero, si vuelve de nuevo, prometa contármelo, ¿de acuerdo? No se lo pregunto por curiosidad, sino porque creo que hablar de ello puede servirle de ayuda. Me contestó con solemnidad:

-No se preocupe. Si vuelvo a soñar, le prometo que se lo contaré todo.

Intenté distraerle con cosas más mundanas. Preparé la cena y la compartí con él, incluido el contenido del termo. Después de un rato, se tranquilizó. Me encendí un puro, le di otro a él, y fumamos durante una hora y hablamos de muchos temas. Poco a poco la placidez que sentía su cuerpo se adueñó de su mente, y pude ver cómo las dulces manos del sueño le acariciaban los párpados. También él las sintió. Me dijo que se sentía mejor y que podía dejarle e irme tranquilo, pero le dije que iba a esperar a que amaneciera. Encendí la otra vela y empecé a leer, mientras él se quedaba dormido. Poco a poco me fui ensimismando de tal forma en la lectura que casi se me caía el libro de las manos. Miré y comprobé que Jacob seguía dormido. Me agradó ver en su rostro una expresión de felicidad poco habitual, mientras parecía que sus labios pronunciaban palabras mudas. Regresé de nuevo a la lectura, y me volví a despertar aterrado por una voz que procedía de la cama que estaba junto a mí.

-¡Con esas manos ensangrentadas no, nunca, nunca!

Le miré y me di cuenta de que seguía dormido. Sin embargo, se despertó al instante y no pareció sorprenderse de verme. De nuevo había en él esa extraña indiferencia. Entonces, le dije:

-Settle, cuénteme su sueño. Puede hablar sin miedo. No contaré nada. Mientras vivamos los dos, jamás contaré lo que va a decirme.

-Prometí que se lo contaría, pero es mejor que conozca antes la historia. Así podrá comprenderlo mejor. En mi juventud, fui profesor. Trabajaba en una escuela en una pequeña ciudad de suroeste de Inglaterra. No hace falta mencionar su nombre. Es mejor que no. Me prometí en matrimonio con una joven a la que amaba y casi adoraba.

Pero ocurrió lo de siempre. Mientras esperábamos el momento en que pudiésemos tener una casa donde vivir juntos, apareció otro hombre. Tenía casi los mismos años que yo. Era elegante y amable. Tenía todos los atractivos que adoran las mujeres de nuestra clase. Mientras yo estaba trabajando en la escuela, él iba a pescar y ella se encontraba con él. Intenté convencerla, incluso llegué a implorarle que le dejase. Le prometí casarme con ella enseguida y marcharnos de allí, comenzar una nueva vida en un lugar diferente. Pero jamás habría escuchado nada de lo que yo le hubiera dicho. Estaba perdidamente enamorada de él.

A continuación, decidí hablar con aquel hombre para que la tratara bien. Pensé que la quería y que no habría posibilidad alguna de convencerle. Me dirigí a donde sabía que podría encontrarme con él a solas, y mis temores se confirmaron.

Jacob Settle tuvo que hacer una pausa; parecía como si tuviera algo que le molestara en la garganta. Casi jadeaba al respirar. Después continuó:

-Señor, pongo a Dios por testigo, juro por Dios que no me movía ningún pensamiento egoísta. Amaba tanto a mi querida Mabel que me conformaba con solo una parte de su amor. Había pensado demasiado en mi desgracia como para no darme cuenta de que no tenía nada que hacer. Aquel hombre se comportó de forma insolente conmigo. Usted, señor, que es un caballero, tal vez no sepa lo humillante que puede llegar a ser la insolencia de alguien que se cree superior a ti. Pero conseguí soportarlo. Le supliqué que tratase bien a la joven. Le advertí que si lo que buscaba era simplemente diversión, no iba a conseguir sino romperle el corazón.

No me preocupaba que ella no le quisiera ni que sufriera. No quería que fuese desgraciada. Pero cuando le pregunté cuándo pensaba casarse con ella, su risa me hizo perder los nervios. Le dije que no me iba a cruzar de brazos para ver cómo mi amada era infeliz. Él también se enfureció y, en su furia, dijo tales crueldades de ella que juré que no iba permitir que siguiera vivo para hacerle daño a mi amada. Solo Dios sabe cómo ocurrió. En esos momentos de ofuscación es difícil recordar cómo se pasa de las palabras a las manos. De repente, me encontré de pie junto a su cadáver. Tenía las manos manchadas del color carmesí de la sangre que le brotaba del cuello roto. Estábamos solos. Él era forastero, ningún familiar le buscaría. Sus huesos deben de estar aún en la represa del río donde lo arrojé. Su ausencia no levantó sospechas. Nadie preguntó por él, excepto mi pobre Mabel, pero no se atrevió a hablar. Mis esfuerzos no valieron de nada. Tras ausentarme

durante unos meses, no podía seguir viviendo en aquel lugar, comprendí que la vergüenza había sido la causa de su muerte. Hasta la fecha pensaba que con aquel acto terrible había conseguido salvar su futuro, pero, cuando supe que había llegado demasiado tarde y que mi pobre amada estaba manchada con el pecado de aquel hombre, me invadió un sentimiento de culpabilidad tal que no pude sobrellevarlo.

Señor, usted, que nunca ha cometido un pecado como aquel, no sabe lo que es cargar con ello. Quizá piense que la rutina puede hacerlo más llevadero, pero no es así. Crece y crece con cada hora que pasa, hasta que se hace insoportable.

Y con él crece también la seguridad de que ya no hay sitio para mí en el cielo. Usted no sabe lo que es sentir eso, y le pido a Dios que nunca llegue a sentirlo. Los hombres normales, para los que todo es posible, no suelen pensar en el cielo. Para ellos el cielo no es más que una palabra, nada más. Se sienten satisfechos con esperar y dejar que las cosas sigan su curso. Pero para los que estamos condenados a quedarnos fuera para siempre, no puede imaginarse lo que significa, no puede adivinar el eterno deseo de ver las puertas abiertas y de acompañar a las figuras blancas que hay dentro. Ese es mi sueño. Veo la entrada delante de mí. Tiene unas enormes puertas de acero, con unos barrotes del grosor de un mástil, que se alzan hasta las mismísimas nubes. Los barrotes están tan juntos unos de otros que entre ellos solo se alcanza a ver una gruta de cristal, en cuyos brillantes muros están talladas muchas figuras con vestiduras blancas cuyos rostros irradian alegría. Cuando estoy frente a la puerta, mi corazón y mi alma se encuentran tan extasiados y tan llenos de deseo que me olvido de todo. Y allí, junto a la puerta, hay dos poderosos ángeles que agitan sus alas con una mirada terriblemente grave. Cada uno de ellos sostiene en una mano una espada llameante y en la otra lleva un manojito de llaves que mueve suavemente de un lado a otro. Más cerca hay unas figuras cubiertas de negro, con la cabeza tapada por completo, solo se les ven los ojos. A todo aquel que llega le dan unas vestiduras blancas como las que llevan los ángeles. Un suave murmullo anuncia que todos deben ponerse la túnica, que no deben mancharla o, de lo contrario, los ángeles no les dejarán pasar y les golpearán con las espadas. Yo estoy ansioso por ponerme mi túnica; rápidamente me la echo por encima y voy corriendo hacia la puerta. No se mueve. Los ángeles abren la cerradura y señalan mi túnica. Yo miro hacia abajo y me horrorizo al verla toda ella manchada de sangre.

Mis manos están rojas, brillan con la sangre que gotea de ellas, igual que ocurrió aquel día en la ribera del río. Y, entonces, los ángeles alzan sus ardientes espadas para acabar conmigo. Me invade un terror enorme y me despierto. Una y otra vez, este sueño regresa una y otra vez. Nunca aprendo del sueño anterior, nunca lo recuerdo. Al empezar a soñar, la esperanza siempre está ahí presente para hacer que el final sea cada vez más cruel. Sé que este sueño no viene de la oscuridad de la que provienen el resto de los sueños, Dios me lo envía como castigo. Nunca, nunca seré capaz de atravesar la puerta. La mancha de mi túnica siempre vendrá de estas manos asesinas.

Escuché medio hechizado las palabras de Jacob Settle. Había algo extraño en el tono de su voz, algo tan místico y ensoñador en sus ojos que me atravesaban como un espíritu del más allá, algo tan solemne en su acento y en tan marcado contraste con su ropa raída y la pobreza que le rodeaba que llegué a pensar que todo aquello no era más que un sueño.

Permanecimos en silencio durante mucho tiempo. Con creciente asombro, continué observando a aquel hombre que tenía frente a mí. Ahora que me había confesado su secreto, su alma, que había vuelto a la realidad, parecía erigirse de nuevo con renovada fuerza. Cualquiera se hubiera horrorizado con su historia, pero, aunque resulte extraño decirlo, yo no lo estaba. No es agradable en absoluto escuchar la confesión de un asesino, pero este pobre hombre parecía no solo haberse visto llevado a ello, sino tan arrepentido que yo no me sentía capaz de juzgarle. Quería tranquilizarle, así que le hablé con toda la calma de que fui capaz, aunque mi corazón latía con fuerza.

-No desespere, Jacob Settle. Dios es bueno y misericordioso. Viva con la esperanza de que algún día se sentirá liberado del pasado.

A continuación, me callé porque me di cuenta de que el sueño, un sueño natural esta vez, se aproximaba sigilosamente hacia él.

-Váyase a dormir -le dije-. Me quedaré aquí con usted y no tendrá más pesadillas esta noche.

Hizo un esfuerzo por calmarse y me contestó:

-No sé cómo agradecerle lo bueno que es conmigo, pero creo que es mejor que me deje a solas. Intentaré dormir. Es como si el habérselo contado todo me hubiera quitado un peso de encima. Debo luchar yo solo por mi vida.

-Me iré, si es lo que desea -le contesté-, pero deje que le dé un consejo: no viva tan solo. Vaya a donde haya otros hombres y mujeres. Viva entre ellos. Comparta sus alegrías y tristezas, eso le ayudará a olvidar. Esta soledad le hará enloquecer.

-Le haré caso -contestó ya medio inconsciente mientras el sueño se adueñaba de él.

Me volví para marcharme y él me siguió con la mirada. Toqué el cerrojo de la puerta, lo solté y me dirigí de nuevo a la cama. Le tendí la mano; él la estrechó entre las suyas mientras se incorporaba. Entonces, le di las buenas noches e, intentando animarle, le dije:

-Valor, hombre, valor. Quedan muchas cosas por hacer en este mundo, Jacob Settle. Algún día podrá vestir esa túnica blanca y atravesará la puerta de acero.

A continuación, le dejé solo. Una semana después me encontré su cabaña vacía. Pregunté en la fábrica y me dijeron que se había marchado al norte, aunque nadie supo decirme exactamente adonde.

Dos años más tarde, disfrutaba yo de unos días en Glasgow en compañía de mi amigo el doctor Munro. El doctor era un hombre muy ocupado y no disponía de mucho tiempo libre para estar conmigo, así que yo me pasaba el día haciendo excursiones a los Trossachs, a Loch Katrine y a El Clyde.

El segundo día de estar allí, regresé un poco más tarde de lo habitual, pero mi anfitrión tampoco estaba en casa. La criada me dijo que le habían llamado del hospital por un accidente ocurrido en las obras de la conducción del gas y que la cena se posponía una hora. Le dije que daría un paseo y que iba a buscar a su señor. Ambos regresaríamos juntos. Me encontré con él en el hospital lavándose las manos para regresar a casa.

Le pregunté cuál había sido el motivo del accidente.

-¡Lo de siempre! Una cuerda podrida y, sin más explicación, unos hombres pierden la vida. Dos hombres estaban trabajando en el gasómetro, cuando la cuerda que sostenía el andamiaje se partió. Debió de ocurrir justo antes de la hora de la cena, porque nadie se dio cuenta de que faltaban hasta que volvieron al trabajo. En el gasómetro había más de siete pies de agua. Tuvo que ser muy duro, pobre gente. Uno de ellos estaba vivo, pero nos costó mucho sacarlo. Parecía como si le debiera la vida a su compañero, nunca he visto nada tan heroico. Nadaron juntos mientras les quedaban fuerzas, pero, al final, estaban tan agotados que, a pesar de las luces que tenían por encima y de los hombres que bajaron con cuerdas, no pudieron salvarse. Uno de ellos se puso de pie sobre el fondo y alzó a su compañero por encima de su cabeza. Ese esfuerzo le llevó a la muerte. Fue horrible cuando los sacaron. El agua, mezclada con el gas y el alquitrán, tenía el aspecto de un tinte de color morado. Parecía como si el hombre que estaba más arriba estuviera bañado en sangre. ¡Puuag!

-¿Y el otro?

-Ese estaba aún peor, pero debió de ser un gran compañero. La lucha bajo el agua tuvo que ser espantosa. No había más que ver cómo le chorreaba la sangre por las extremidades. Al mirarle, parecía como si tuviera estigmas. Estoy seguro de que el valor de ese hombre podría haber cambiado el mundo por completo. Con él se abrirían las puertas del cielo. Mira esto. No es que sea muy agradable, sobre todo antes de cenar, pero eres escritor y se trata de un caso extraño. Hay algo que no puedes perderte, casi seguro que nunca vas a ver algo parecido.

Mientras hablaba, me llevó hacia el depósito de cadáveres del hospital. En el ataúd había un cuerpo cubierto con una sábana blanca, que lo envolvía.

-Parece una crisálida, ¿verdad? Jack, si alguna vez el alma del ser humano se ha representado como una mariposa, la que ha salido de esta crisálida debe de ser muy hermosa y sus alas deben de tener todos los colores del arco iris. ¡Mira!

Y descubrió el rostro del cadáver. Era horrible, parecía como si estuviera teñido de sangre. Pero le reconocí enseguida. ¡Era Jacob Settle!

Mi amigo tiró de la sábana hacia atrás. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho púrpura, como si alguien de buen corazón se hubiera preocupado en colocárselas así. Cuando las vi, mi corazón empezó a latir con fuerza y se me vino a la mente aquel sueño suyo tan terrible. Aquellas valientes manos estaban inmaculadas, no tenían ni el más mínimo rastro de tinte.

De alguna manera, mientras le miraba, supe que el maldito sueño había terminado para siempre. Aquella alma noble había encontrado la forma de cruzar la puerta. Las manos, apoyadas en la túnica blanca que le cubría, estaban limpias de culpa.

Editorial Digital de la Imprenta Nacional

Consejo Editorial

Prof. Alfonse Chase Brenes, Miembro Director, Presidente

M. Lit. Óscar Montanaro Meza, Miembro Director

M.Sc. Yesenia Morales Sibaja, Miembro Directora

Sr. Vinicio Piedra Quesada, Encargado de la Editorial Digital

La publicación de este libro fue aprobada mediante acuerdo N° 02.02.01-2017, de la sesión ordinaria N° 02.01-2017, celebrada el 27 de setiembre de 2017.





Editorial Digital ↓ Imprenta Nacional

www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA